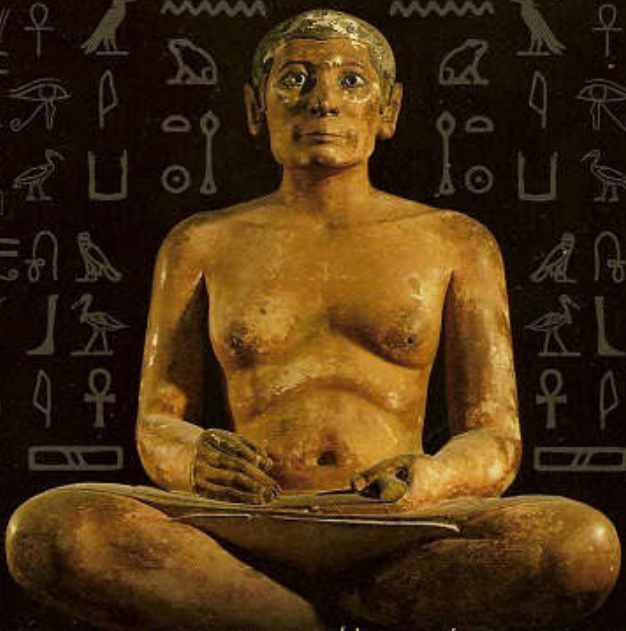


CHRISTIAN

JACQ

LOS

SABIOS DEL ANTIGUO EGIPTO

De Imhotep a Hermes Trimegisto
faraones, sacerdotes, arquitectos y escribas
que forjaron una civilización

¿Por qué los egipcios no escribieron su historia como los griegos, los romanos o nosotros mismos?

No lo hicieron porque su visión del mundo, de la civilización y del hombre se basaba en un principio fundamental: la búsqueda de la sabiduría. Según podemos ver en los textos y los monumentos, esta noción se convierte en el hilo conductor para comprender la duración y la grandeza del Antiguo Egipto.

Desde Imhotep, creador de la arquitectura en piedra, hasta Hermes Trimegisto, última expresión de Tot —dios de la sabiduría y el conocimiento—, se descubren veintiocho protagonistas excepcionales, unos ilustres y otros poco conocidos, que encarnaron la civilización egipcia. Faraones, reinas, maestros de obra, escribas, sacerdotes y sacerdotisas nos harán viajar por los siglos y las dinastías del Egipto faraónico. Personajes como Sesostris, Hatshepsut, Akenatón o Seti, pero también un iniciado del tiempo de las pirámides, un sabio de provincias, un príncipe arqueólogo, un escriba rural y un filósofo injustamente encarcelado.

Con esta sorprendente galería Christian Jacq propone una lectura nueva, original y muy personal del Egipto faraónico a través de figuras que los egipcios consideraron grandes sabios.

Christian Jacq

LOS SABIOS DEL ANTIGUO EGIPTO

de Imhotep a Hermes Trimegisto

faraones, sacerdotes, arquitectos y escribas que forjaron una civilización

ePub r1.2
Rusli 03.09.14

Título original: *Les grands sages de l'Égypte Ancienne*
Christian Jacq, 2007
Traducción: Carlo A. Caranci
Editor digital: Rusli
ePub base r1.1

Introducción
Otra historia del Antiguo Egipto

Una vez descifrados los jeroglíficos por Champollion, en 1822, los estudiosos han tenido acceso a un inmenso tesoro: los textos egipcios grabados en piedra, preservados en papiros y otros soportes. A partir de esta abundante documentación fue posible escribir la historia del Antiguo Egipto, centrada en la cronología y en acontecimientos más o menos confirmados.

Esta visión no era la de los antiguos egipcios, que basaban su civilización en un valor fundamental: la sabiduría.

Aun cuando este término ya no significa nada para la mayor parte de los filósofos contemporáneos,[1] resulta ser una clave básica para apreciar la epopeya de los constructores de pirámides, de templos y de moradas de eternidad cuya belleza fascina todavía al mundo entero.

Durante más de tres milenios el ideal de sabiduría de los antiguos egipcios no ha variado. De Imhotep, el creador de la pirámide escalonada de Saqqara, a Hermes Trimegisto, el último maestro del pensamiento esotérico, los sabios sucedieron a los sabios y transmitieron sus enseñanzas de generación en generación.[2]

Algunos eran faraones, otros no; todos poseían la cualidad de «halcón»,[3] es decir, una visión profunda de lo real, una

percepción intuitiva de los secretos de la creación y la capacidad de acceder al conocimiento. ¿El sabio no es, acaso, «aquél que encuentra la palabra que falta»,[4] esa palabra perdida sin la cual el mundo se hace incomprensible y el destino del hombre, absurdo?

En compañía del faraón, símbolo del gran templo,[5] varios consejos de sabios dirigían los asuntos del reino;[6] y el propio faraón, lejos de restringirse a una simple actividad de hombre de poder o de personaje político, debía consolidarse como sabio, ejerciendo una inteligencia ligada a la armonía del cosmos. Servidor de los dioses y de su pueblo, era también su guía espiritual. El alma de los dioses declarados «veraces de voz» residía en el cielo en compañía de las estrellas, trazando un camino hacia la eternidad.

La sabiduría es indisociable del respeto y de la práctica de Maat, la Regla creada por la luz divina. Maat[7] es la rectitud, la verdad, la justicia y la armonía, fuera de las cuales la existencia terrenal se convierte en un infierno. Y Maat está ligada a la función real que, al transmitir la luz del origen, permite a los dioses residir en este mundo.

La Regla de Maat excluye el fanatismo, el dogma y los libros llamados «sagrados» que imponen una verdad absoluta y definitiva. Sin cesar, los sabios de Egipto remodelan y reformulan el pensamiento y los rituales con el fin de mantener un nexo vivo con las potencias creadoras.

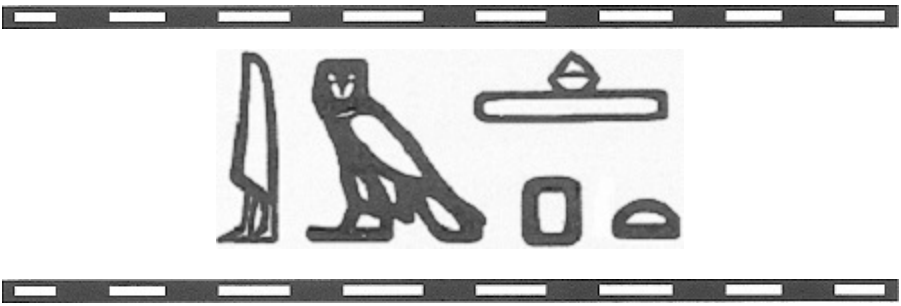
Pierre Nora constataba que la memoria, es decir, la Historia, había sustituido a lo sagrado. Ahora bien, el Egipto faraónico había abolido la Historia, los acontecimientos y lo anecdótico, para vivir el mito y lo sagrado. «La vida de todos los días, incluso la más humilde y la más necesaria —escribía François Daumas—, reviste un sentido profundo, cósmico,

que nuestras civilizaciones modernas, urbanas, que se han convertido en muy artificiales, ya no pueden ni siquiera sospechar»[8] Gracias a una visión ritual que se extendía del interior del templo hasta las actividades económicas, el tiempo profano era sustituido por la veneración de los antepasados, el respeto de Maat y la celebración de las fiestas. «Nos hallamos en presencia de una concepción de la creación que trata de encontrar de nuevo el primer día en cada salida del sol, en cada nuevo año, en cada acontecimiento real e incluso en cada aparición del rey en el trono o en el campo de batalla».[9]

Cuando es coronado un faraón, es de nuevo el año 1 de la creación. No hay referencia a un dato histórico como antes o después de Cristo, pues sólo cuenta el mito de creación que da un sentido al conjunto de las realidades, de la más espiritual a la más material. No hay ningún texto egipcio estrictamente histórico) pues la dimensión mítica está siempre presente. Así, faraones de la época tardía copian la narración de batallas compuesta varios siglos atrás. Lo que cuenta es el modelo simbólico, la victoria de la luz sobre las tinieblas.

«Ved las palabras divinas, y seréis sabios según los planes de los dioses»,[10] se recomienda. La documentación nos ofrece el testimonio de numerosos sabios, desde los orígenes de la civilización faraónica hasta sus últimos rescoldos, y nos ha parecido útil reí su historia recordando a poderosas personalidades y enumerando sus enseñanzas más importantes. Así, quizá, nos acercaremos a la conciencia que tenían los antiguos egipcios de su prodigiosa trayectoria espiritual.

I
IMHOTEP



Maestro de obras, escriba, mago y sanador

Hacia el año 2670 a. C., un extraordinario faraón, Zóser, cuyo nombre significa «el sagrado» y «aquel cuya encarnación es más divina que la de los dioses», funda la III Dinastía, que marca el final de una larga evolución que lleva a la emergencia de un Egipto fundado sobre la unión de las Dos Tierras, la del norte (el Delta) y la del sur (el valle del Nilo).

Este faraón, de apariencia severa y autoritaria, eligió como jefe del ejecutivo a un personaje excepcional, Imhotep, «aquél que viene en plenitud».[11] El emperador le otorgó un honor fabuloso permitiéndole grabar su nombre y sus títulos en el pedestal de la estatua que lo representa, probablemente como escriba, depositada en el interior del recinto real de Saqqara, donde el alma del faraón renacía eternamente. Dicho

de otro modo, Imhotep se hallaba asociado, así, a la eternidad real.

Situada en una de las capillas que bordeaban la columnata de entrada de este inmenso templo del más allá, esta estatua evocaba la amistad profunda que unía al faraón con su primer ministro, considerado como hermano suyo y su álter ego.[12]

¿Qué nos enseñan las inscripciones de este sorprendente monumento[13] sobre la carrera de Imhotep? En un principio fue artesano, especialista en la difícil fabricación de jarrones de piedra, y carpintero al servicio de una vieja institución[14] que le permitió dirigir equipos de técnicos y gestionar expediciones de productos destinados al palacio real. Responsable de los constructores y de su material, el soberano se fijó en Imhotep, al que elevó a la dignidad de maestro y director de las obras. Convertido en «primero por debajo del rey» y administrador del palacio, Imhotep fue iniciado en los misterios revelados en Heliópolis, la ciudad santa más antigua del país, y accedió a la función de gran vidente.

Una carrera notable, que indicaba un rasgo de genio: la invención del arte de construir con piedras talladas. Sin duda, antes de Imhotep conocemos construcciones o edificios de piedra, pero estas obras son modestas ante el vasto conjunto de Saqqara. Debido al impulso que dio a la arquitectura egipcia, Imhotep se convertirá en maestro de obras por excelencia y será considerado el creador del plano de todos los templos. Al frente de un «clero de iniciados», según la expresión de Lauer, este genio redactó el «libro de la planificación del trabajo del templo», proporcionando el conjunto de reglas de construcción, simbólicas y técnicas al mismo tiempo.

Si este libro se ha perdido, la gran obra de Imhotep ha traspasado los siglos, y la pirámide escalonada,[15] madre de todas las otras, continúa dominando en el sitio de Saqqara, la necrópolis de Menfis, capital del Egipto del Imperio Antiguo, no lejos de El Cairo.

Saqqara fue el libro de piedra de Imhotep, destinado a traducir de manera concreta el pensamiento del Rey-Dios, Zóser. «El cielo vive en este lugar —afirma el texto—, la luz divina se eleva de él».

Saqqara: lugar totalmente formado por la mano de los constructores, como más tarde lo será la meseta de Gizeh. Saqqara, quince hectáreas, en forma de cuadrado doble, el «cuadrado largo» (227 metros de este a oeste, 544 metros de norte a sur), símbolos por excelencia del espacio de creación. Ya desde la entrada del lugar sagrado, una sorpresa: una sola puerta de piedra, ¡abierta para siempre! He aquí el único acceso de un gigantesco recinto que comprende 211 bastiones. Un muro de 10 metros de altura impedía que las miradas profanas manchasen los misterios que se llevaban a cabo en estos lugares.

Sólo el ser espiritual del faraón, el *ka*, su potencia creadora, podía pasar por esta abertura. Utilizaba un camino estrecho, bordeado de capillas, antes de alcanzar el vasto patio, símbolo del pantano original del que nacían todas las formas de vida. Identificado con el sol, el rey recorría el espacio a grandes pasos, y tomaba posesión del cielo y de la tierra. Uniendo el norte y el sur, reuniendo a la totalidad de las divinidades con ocasión de su fiesta de regeneración, el soberano contemplaba la luz creadora bajo forma de una escalera de piedra, la pirámide escalonada que le permitía subir hacia

el más allá y volver a bajar hacia el bajo mundo con el fin de sacralizarlo.

Contrariamente a lo que incansablemente se repite en numerosas obras, Imhotep no acumuló bancos de piedra unos sobre otros a ciegas, sin saber adonde iba. Como afirma Rainer Stadelmann, la pirámide de seis escalones fue concebida así ya desde el comienzo de las obras.

¿Una tumba, en el sentido moderno del término? Sin duda, no. Los apartamentos subterráneos de Saqqara son el palacio del *ka* real y no el sepulcro destinado a un cadáver. Allí vivía eternamente el cuerpo de luz de Zóser, al que se ve realizar el recorrido de la regeneración, testimonio de su imperecedero vigor. En contacto permanente con lo invisible, el rey renace de este rito, en medio de azulejos azules ritmados por los pilares que simbolizan la resurrección de Osiris, vencedor de la muerte.

En las galerías de este palacio subterráneo, miles de ánforas, platos y cuencos de piedra, indispensables para celebrar el perpetuo banquete. El aspecto sutil de los alimentos se ofrecía al alma del monarca, que bogaba más allá del tiempo y del espacio. No había frontera, ni obstáculo, sino una fiesta en la que se afirmaba la alegría de vivir para la eternidad.

Saqqara fue el «acontecimiento» de la vida de Imhotep. No poseemos ningún documento referente a su gestión de un Egipto sereno y poderoso, a excepción de una curiosa estela en la punta meridional de la isla de Sehel, al sur de Asuán, sin duda de la época tolemaica, mucho después de la desaparición física del sabio. Según este texto, tras siete años de crecidas insuficientes, una hambruna habría amenazado al país en el año XVIII del reinado de Zóser. Preocupado por

el bienestar de la población, el rey recurrió al único sabio capaz de resolver este angustioso problema: Imhotep.[16]

Cuestión fundamental: ¿dónde nace el Nilo? Para obtener la respuesta hubo que consultar los archivos de la Casa de la Vida. Y la respuesta fue clara: el río nutricio surgía en una caverna de Elefantina donde residía el dios Jnum, el alfarero con cabeza de carnero que el monarca vio en sueños. Allí se hallaba «el comienzo del comienzo, la sede de la luz divina. Dulzura de vivir es el nombre de su morada». Única solución: hacer ofrendas a Jnum para que levantase sus sandalias y liberase una buena crecida. Así, gracias a la intervención de Imhotep, Egipto gozó de una perfecta inundación.

Durante el milenio que siguió a la muerte de Imhotep, su genio no fue olvidado, y se conocen testimonios de veneración. En la época de Amenhotep III (1386-1349 a. C.) la situación evoluciona. Un texto nos dice que cada escriba, antes de ponerse a trabajar, hace una especie de libación en honor de Imhotep. Esta consistía en verter un poco de agua proveniente de su cangilón para celebrar el *ka* de Imhotep, santo patrono de los letrados. Y he ahí, pues, el arquitecto de Zóser elevado al rango de maestro espiritual de los escribas y de los ritualistas, guardián de los libros utilizados en los templos.

A partir de la XXVI Dinastía (672-525 a. C.), numerosas estatuillas de bronce representan al sabio Imhotep sentado, leyendo un papiro, que tiene desenrollado sobre sus rodillas. Se toca con el casquete del dios Ptah, creador por medio del verbo, y patrono de los artesanos, pues su pensamiento ya no es el de un ser humano, sino el del hijo de esta divinidad.

Conociendo el «libro de Dios» llegado del cielo y los secretos del palacio, Imhotep se hizo muy popular en la época

tolemaica. Tenía la facultad de restaurar lo que había sido destruido y de proporcionar a sus discípulos la inteligencia de los textos esotéricos. Dotado de una habilidad análoga a la de Tot, regeneraba alquímicamente a los servidores del dios de la sabiduría.

Guardián del orden y de la armonía, Imhotep fue considerado el mago por excelencia, capaz, según las inscripciones del templo nubio de Debod, de transfigurar los miembros del faraón y de recrear así al ser cósmico en la fuente de toda vida. En Saqqara existía una escuela de magos bajo la égida del viejo sabio, que era también astrónomo y astrólogo. «Arquitecto del cosmos», según la expresión de Wildung, enseñaba el movimiento de las estrellas y el significado de los decanatos.

Durante la XXVI Dinastía, Imhotep fue elevado al rango de dios —otros dicen de «santo»— venerado en todo Egipto. Puesto que podía dar la vida, al modo de la luz divina, Ra, se celebraba la ascensión al cielo de su alma-pájaro (el (*ba*) y la transformación de su individuo mortal en ser de luz. En Menfis, en el sudoeste del templo de Ptah, se hallaba una «ciudad de Imhotep» y en Saqqara, no lejos de la pirámide escalonada, se había edificado un templo de Imhotep, cuyo emplazamiento exacto es desconocido. Varios sacerdotes estaban encargados de conservar viva la memoria del sabio celebrando un culto cotidiano por su *ka*.

Desde la época de Ramsés, Khaemwaset, uno de los hijos de Ramsés II, ruega a los dioses del sur y del oeste que se reúnan y vengan a rendir homenaje a Imhotep el Grande, hijo de Ptah, pues se sentirán satisfechos por los actos excelentes que éste realizó en su favor.

Un enigma de importancia: la localización de la tumba de Imhotep. Algunos han creído reconocerla en la gran mastaba nº 3517 (56 metros x 25 metros) que muestra la misma orientación que la pirámide escalonada. Pero este monumento, muy degradado, no tiene ninguna inscripción y sigue acarreando dudas. El descubrimiento de la morada de eternidad de Imhotep, quizá intacta bajo la arena, ¿no continúa siendo, acaso, una de las misiones de la egiptología?

Menfis y Saqqara no eran los únicos yacimientos que podían acoger a Imhotep, puesto que también está presente en Karnak, donde forma una tríada con Hator y Horus-que-une-las-Dos-Tierras y se afirma como una «manifestación maravillosa» de los dioses guardianes; en Deir el-Medina,[17] en el templo de los constructores; en Edfu, cuyo templo creó; en Elefantina, cuya Casa de la Vida está puesta bajo su protección; en Filé, el último santuario egipcio en activo en el que se lo asocia al dios creador Jnum-Ra. Se ofrecía incienso a Imhotep, que volaba hacia el cielo al modo de un halcón. Alma venerable, se mezclaba con los planetas, ignorando la fatiga, y bogaba en la barca solar, en compañía de las estrellas imperecederas.

Desde la XIII Dinastía, en el siglo XVIII a. C., la tradición atribuyó a Imhotep poderes curativos. Ya que ofrecía salud a todos los seres, incluso a la gente modesta, se convirtió en patrono de los médicos. Intermediario entre la humanidad y las divinidades, era venerado en la puerta de los templos, frontera entre lo profano y lo sagrado. Capaz de aliviar los sufrimientos, Imhotep se aparecía ciertos enfermos, con un libro en la mano, y les revelaba el remedio adecuado. «Dueño de la vida, otorgador de vida, soberano de la salud, que reanimaba a los muertos, causando el desarrollo del huevo,

yendo hacia aquéllos que lo imploran, aliviando sus dolores», Imhotep transmitía la verdad de los dioses y curaba por orden de éstos. Renovando así el acto creador de su padre, Ptah, restablecía la armonía del origen, mantenía la Regla de Maat y prolongaba el plan divino.

En Deir el-Bahari, en el último santuario creado por la reina-faraón Hatshepsut, Imhotep el sanador fue consultado en compañía de otro sabio del que volveremos a hablar.[18] «Sin dormir de día ni de noche con el fin de animar el cuerpo de sus fieles», Imhotep actuaba de modo que los cuerpos prosperasen, y «se vivía de verlo». Escuchando la voz de Egipto, continuaba velando sobre éste.

La longevidad del Imhotep sanador fue notable, pues los griegos lo convirtieron en su Asclepios (Esculapio), dueño de la vida y de la salud, al que se atribuían curaciones milagrosas. Esta figura de taumaturgo, de mago y de médico aparece en los textos herméticos y perdura incluso en los tratados de alquimia árabes. El Renacimiento sigue citando a un Imhotep alquimista, que de este modo habrá conseguido atravesar los siglos oscuros que van del fin del Egipto faraónico al descubrimiento de la clave de lectura de los jeroglíficos.

Ni siquiera la Revolución francesa fue capaz de destruir a Imhotep. Una de las estatuas que lo representaban y que llevaba la inscripción «Imhotep da la vida» formaba parte del tesoro de la abadía de Saint-Denis y debía haber sido fundida. Milagrosamente, pudo escapar a los revolucionarios y Alexandre Lenoir erudito interesado por los misterios de la Antigüedad, la conservó en el Museo de los Monumentos Franceses; después la compró un coleccionista húngaro, que la donaría al museo de Budapest.[19]

A través de los tiempos, Imhotep siguió siendo el modelo de sabio egipcio. Arquitecto, escritor, hombre de Estado, mago, astrólogo, sanador, alquimista, practicaba todas las ciencias sagradas con igual maestría y encarnaba, en el grado más alto, la ley de la armonía que hizo de la era de las pirámides una edad de oro sin igual. Constructor de una civilización sin historias y situándose resueltamente más allá de la Historia, se convirtió, por sí mismo, en un mito cuyos aspectos más importantes eran creación y transmisión.

Bibliografía

Aufrère, S. H., «Imhotep et Djoser dans la région de la cataracte. De Memphis à Éléphantine», *Bulletin de l'institut Français d'Archéologie Orientale*, 104, 2004, pp. 1-20.

Barguet, P., *La Stèle de la famine à Séhel*, El Cairo, 1953.

Baud, M., *Djéseret la III^e^ dynastie*, Paris, 2002, pp. 119-122 y 125-128.

Hurry, J. B., *Imhotep. The Vizier and Physician of King Zoser and afterwards the Egyptian God of Medicine*, Oxford, 1926.

Jacq, C., *Le Voyage aux pyramides*, Paris, 1989, pp. 9-28.

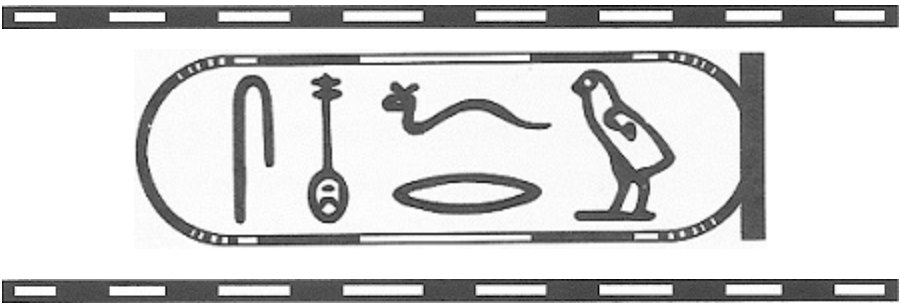
Laskowska-Kusztal, E., *Le Sanctuaire ptolémaique de Deir el-Bahari*, Varsovia, 1984.

Lauer, J.-P., «A propos de l'invention de la pierre de taille par Imhotep pour la demeure d'éternité du roi Djoser», *Mélanges Mokhtar II*, El Cairo, 6,1985, pp. 1-67.

Wildung, D., *«Imhotep», Lexikon der Ägyptologie III*, 1977, pp. 145-148.

—, *Egyptian Saints. Déification in Pharaonic Egypt*, Nueva York, 1977 pp. 31-81.

II
SNEFRU



El constructor bienhechor

Entre los faraones que merecen ser considerados como sabios, podrían citarse los nombres de soberanos predinásticos y de reyes de las tres primeras dinastías, entre ellos el de Zóser, inseparable del de su maestro de obras Imhotep. Juntos, como hemos visto, crearon la arquitectura monumental en piedra.

Las primeras pirámides lisas se deben a un faraón que no es suficientemente conocido. Fundador de la IV Dinastía, hacia 2613 a. C., Snefru[20] nació quizá en Menat-Snefru, «la nodriza de Snefru», localidad de la provincia XVI del Alto Egipto. La duración de su reinado sigue discutiéndose: de veinticuatro a cuarenta y ocho años. Al subir al trono, colocó su nombre en un óvalo, el cartucho, que simboliza «lo que rodea a Ra», el circuito del universo.

El nombre de Snefru puede traducirse de diferentes maneras: «el que hace perfecto», «el hombre de la perfección», «el hermano de la perfección», o bien «el que lleva a cabo la perfección».[21] Representado como un halcón, especialmente en las inscripciones del Sinaí, Snefru encarna todas las cualidades del dios Horus: visión penetrante, conocimiento de las leyes celestes, facultad de elevarse por encima de las contingencias.

Al garantizar la paz, dominando a los nubios en el sur y a los libios en el oeste, Snefru construye fortalezas con el fin de proteger las Dos Tierras, realiza censos de población y de ganado, y vigila los cálculos del nivel de las crecidas, hace construir numerosos barcos de transporte y pide a sus escultores que «traigan al mundo en el palacio» gran cantidad de estelas y de estatuas.

A su lado, una gran esposa real excepcional: Hetepheres, que dará a luz a Keops. Su sepultura, descubierta en 1925 en Gizeh, contenía un soberbio mobiliario, que ilustraba la riqueza y el refinamiento de esta época: sarcófago de alabastro, cofre con canopes, silla de palanquín, sillones de madera recubiertos de oro, jarrones de alabastro que contienen perfumes y ungüentos, aguamaniles y copas, barreño de cobre, brazaletes de plata.

El poder y la prosperidad de su país son puestos por Snefru al servicio de un fenomenal programa de construcción: ¡por lo menos dos pirámides gigantes, probablemente tres, y varios templos en el Alto y Bajo Egipto! Por eso le hicieron falta un centenar de barcos destinados a transportar los materiales necesarios. Las «ciudades de pirámides», que acogían a los constructores, fueron exoneradas, para la eternidad, de impuestos y tasas.

En Seila, en la región de Fayum, una pirámide escalonada, carente de corredores interiores, fue, quizá, la primera obra de Snefru.[22] En el lado oriental, estelas; por el lado norte, un altar de alabastro. Así, pues, se celebraban ceremonias en este lugar, y se considera a este monumento un signo del poderío real.

Con la pirámide de Meidum, a 80 kilómetros al sur de El Cairo, comienza la más extraordinaria aventura arquitectónica de la historia egipcia. Primera pirámide lisa, morada de Atum y encarnación de la Unidad, esta obra de arte simboliza el recorrido espiritual ofrecido al alma del faraón. Templo del valle, calzada que desemboca en el templo alto, en el que figura un pequeño laberinto, camino interior que conduce a la cámara de resurrección: Snefru crea el modelo del «conjunto piramidal» que volverá a ilustrar en Dahshur, al sur de Menfis, haciendo construir dos pirámides gigantes, de 105 metros de altura, «la que parece radiante» (cuyo sobrenombre es «la roja») y «la que aparece radiante en el sur», de doble declive (llamada «romboidal»).

Dos pirámides, una de dos declives, dos entradas, dos cámaras de resurrección: todo, en Dahshur, es ilustración monumental de la dualidad creadora que Snefru lleva en su nombre.[23]

Contrariamente a una teoría inexacta, ¡el maestro de obras de Snefru no cometió ningún error de cálculo respecto al ángulo de pendiente! Más bien al contrario, el edificio fue concebido y realizado de manera rigurosa con el fin de encarnar el instante de creación en el que el Uno se convierte en Dos para permitir el nacimiento del conjunto de las formas de vida.

Con sus tres pirámides, Snefru revela las tres formas de la piedra primordial, surgida del océano de los orígenes, en el alba de la creación. La amplitud de esta obra, su precisión, su potencia son asombrosas. El simple hecho de contemplar estos rayos de luz petrificados y recorrer estos lugares permite oír el mensaje espiritual de Snefru cuya intensidad no ha sido alterada por el tiempo.

Por las *Enseñanzas* del visir Kagemni, Snefru era considerado «un rey bienhechor en todo el país». Este Kagemni, que dice ser visir de Snefru, vivió en realidad al menos dos siglos y medio después. Elevado al rango de protector de la necrópolis de Menfis, redactó un texto del que conservamos sólo algunos fragmentos. Esperar la sabiduría, indica Kagemni, exige evitar la presunción, la glotonería y la ebriedad, y respetar lo que ha sido prescrito.

A Snefru le gustaba reunirse con los sabios y los magos, especialmente con Neferty, que podía revelar los secretos del pasado y predecir el porvenir. Con humildad, el soberano tomó un papiro y algo con que escribir para anotar las revelaciones del vidente. Revelaciones realmente terroríficas: cuatro siglos después de la desaparición de Snefru se producirá un desastre, la invasión de Egipto por asiáticos. Entonces serán profanados los templos y la población, martirizada, pero surgirá un salvador, es decir, un nuevo faraón que, adecuándose a la Regla de Maat, armonía celeste y terrenal al mismo tiempo, expulsará a los invasores y restablecerá la libertad y la prosperidad.

Por consejo de otro mago, Cabeza-en-Vida, Snefru dio un paseo en barca acompañado de bellas sacerdotisas de Hator, de cabellos trenzados y pechos firmes, a imagen de las diosas del amor. Ahora bien, la superiora de estas remeras de ex-

cepción dejó caer al agua un colgante de turquesa en forma de pez. La superiora era la encarnación de la diosa de oro que podía situarse en la proa de la barca de luz y dirigir una navegación feliz hacia los paraísos del más allá; y el rey juega el papel de Ra, que viaja eternamente con Hator. ¡Pero el gozo celeste corre el riesgo de desaparecer si no se encuentra de nuevo la joya ritual, símbolo de resurrección! Así, pues, se impone un milagro, y el mago lo realiza pronunciando palabras eficaces, capaces de levantar una mitad del lago y de posarla sobre la otra mitad. Se encuentra la joya y se restituye a la superiora de las remeras, el mago vuelve a colocar las aguas en su lugar y la feliz navegación de la luz puede proseguir.

Debido a la popularidad del monarca, más de una veintena de localidades se refirieron a Snefru, considerado glorioso antepasado al que se debían honores divinos. Durante la XII Dinastía (hacia 1991-1785 a. C.), mucho después de la desaparición física de este soberano sabio y bienhechor, se le rindió culto y se restauró el templo de su *ka*, su inalterable potencia creadora. Tras la grave crisis que había marcado el fin del Imperio Antiguo, los soberanos del Imperio Medio veían en Snefru al faraón ejemplar de la edad de oro, al garante de la Regla de Maat, de la justicia y de la armonía.

En la región menfita y en el Sinaí, el culto de Snefru permaneció en vigor hasta épocas tardías. Y en el siglo VII de nuestra era, el obispo Juan de Nikiu evocó los cuarenta y ocho años de reinado de un sabio y virtuoso monarca, dotado de una energía inagotable y de una vigilancia a toda prueba. Este Snefru, cuyo nombre significa «buena nueva», reconstruyó las ciudades y las aldeas de Egipto, restauró todo el país y le garantizó la felicidad. Así, con este transpa-

rente nombre prestado, el faraón Snefru había encontrado el favor de un dignatario cristiano.

Bibliografía

Derchain, R, «Snéfrou et les rameuses», *Revue d'Égyptologie* 21 1969, pp. 19-25.

Dobrev, V., «Snéfrou, le roi bienfaisant», *Egypte* nº 15 1998 pp. 6-13.

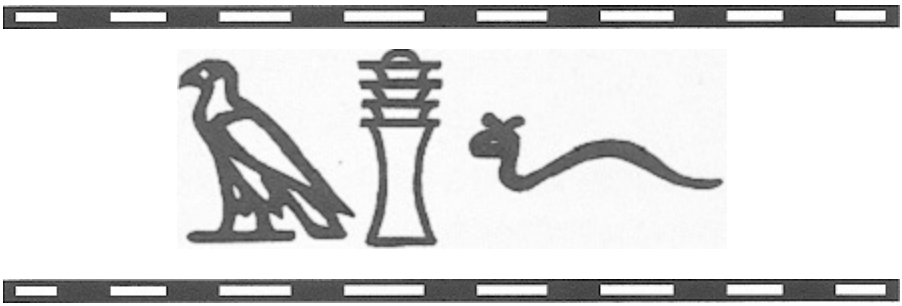
Graefe, E., «Die gute Reputation des Königs 'Snofru'», *Stud' Lichtheim* I, Jerusalén 1990, pp. 257-263.

Jacq, C., *Le voyage aux pyramides, París, 1989, pp. 30-59.*

Lupo de Ferriol, S., «Snefru en la tradición egipcia», *Revista de Estudios de Egiptología*, Buenos Aires 4, 1995, pp. 67-93.

Stadelmann, R., «Snofru», *Lexikon der Ägyptologie*, V, 1984 pp. 992-994.

III
HORDYEDEF



Hijo de Keops, descubridor de textos antiguos y escritor

Algunos privilegiados vieron la terminación de la gran pirámide que el faraón Keops[24] hizo edificar en la meseta de Gizeh. Entre ellos, el hijo del monarca, Hordyedef, cuyo nombre significa «Horus, él permanece», o, dicho de otra manera, la afirmación de la realeza celeste encarnada en la persona simbólica del dueño de las Dos Tierras.

Servidor de Maat, diosa de la justicia, director de 1os escribas, venerado junto al Dios grande, Jefe de los secretos, profeta de Ra. Hordyedef fue, para los egipcios, uno de los personajes más importantes de la época de las pirámides. Encargado de inspeccionar los lugares sagrados de la necrópolis de Menfis, se lo consideró como un sabio tan célebre y amado que su nombre fue tomado por numerosos dignatarios de la región, asociándose así, mágicamente, a él.[25]

Según una leyenda, Hordyedef jugó un papel esencial con ocasión de la edificación de la gran pirámide. Su padre, Keops, buscaba el número de cámaras secretas del santuario de Tot, es decir, el dispositivo arquitectural de su futura obra maestra. Hordyedef le indicó la existencia de un mago, Dyedi, de ciento diez años de edad y dotado de un sólido apetito, pues comía cada día medio buey y quinientos panes, y bebía un centenar de cántaros de cerveza. De todos modos, ¡había que convencerle de que abandonase su tranquilo retiro, a sus servidores y a su masajista, y que fuese a la corte! Fino diplomático, Hordyedef tuvo éxito en esta delicada misión.

Dyedi reveló a Keops el lugar donde se hallaba un cofre de sílex, oculto en Heliópolis, la antiquísima ciudad santa en la que se veneraba la luz. En su interior estaba el documento que ofrecía a Keops el indispensable secreto. El mago le anunció el nacimiento de tres niños de un sacerdote de Ra, destinados a convertirse en faraones. El mayor, futuro «grande de los videntes», aportaría el valioso texto al constructor de la gran pirámide. Como recompensa, Hordyedef acogió a Dyedi en su palacio y le ofreció mil panes, cien cántaros de cerveza, un buey y cien cajas de legumbres.

Hordyedef hizo construir su morada de eternidad al este de la gran pirámide,[26] y los sacerdotes veneraron la memoria de este infatigable investigador que, al recorrer los templos, descubrió varios textos sagrados, preservados en el *Libro para salir al día.*[27] Así, en Hermópolis, cuando viajaba para inspeccionar los santuarios, las ciudades, los campos y las lomas de los dioses, exhumó un cofre secreto que contenía «el misterio del imperio de los muertos»,[28] el de las cuatro antorchas de glorificación que iluminan a los bienaventurados. A través de la llama viene el ojo de Horas que salva-

guarda al justo y derriba a sus enemigos. Desde este momento, dispondrá del control de las estrellas imperecederas.

En el mismo sitio, dedicado a Tot, dueño del conocimiento, Hordyedef observó un bloque de cuarcita incrustado de lapislázuli verdadero, bajo el pie del dios.[29] «Una fuerza lo acompañaba para que llegase», se afirma; el texto de este bloque daba al iniciado la posibilidad de caminar en paz sobre las aguas tras haber sido reconstituido y regenerado al obtener el ojo sagrado. Y los aciertos de Hordyedef no se limitaron a esto. Ofreció, asimismo, a la posteridad el «libro de la transfiguración del bienaventurado en el corazón de la luz divina (Ra), hacer que fuese poderoso junto al Creador (Atum) y magnificado junto a Osiris»;[30] este texto permite atravesar las montañas, abrir los valles y viajar eternamente beneficiándose de la libertad de movimiento garantizada por la luz. Y el hijo de Keops descubrió otro texto fundamental, la «fórmula para impedir que el corazón de un ser no se oponga a él en el imperio de los muertos».[31] En efecto, con ocasión del juicio del más allá, el corazón debe ser puro, no testimoniar contra su poseedor y no mostrarle hostilidad en presencia de la balanza. No se trata de un simple órgano de carne, sino del receptáculo de la conciencia no sometida a la muerte. Y esta fórmula estaba inscrita en un escarabajo de electro, colgado del cuello del difunto.

Hordyedet fue, un escritor célebre, autor de una *Enseñanza* que se seguía estudiando bajo los Ramesidas y que fue popular hasta la época romana. Los aspirantes a la sabiduría escuchaban las palabras de Hordyedef, comparado a Imhotep. Por desgracia, no subsiste más que un pequeño número de fragmentos de esta obra tan apreciada.

¿La felicidad? Una parcela de tierra inundable y cultivable, poder pescar, alimentarse gracias al trabajo de sus brazos, fundar una familia. Estos elementos materiales no bastan; es necesario, asimismo, saber juzgarse a sí mismo y corregirse antes de que lo hagan los demás. De este modo el corazón se purgara, y se actuará de forma que nadie pueda acusar al actuante ante la divinidad.

Y el sabio Hordyedef recomienda construir una morada de eternidad en la necrópolis haciendo que este lugar sea perfecto en el corazón del occidente, la tierra de la resurrección, pues, escribe de manera, sorprendente, «la casa de la muerte pertenece a la vida».

Bibliografía

Lefebvre, G., Romans et contes égyptiens de l'époque pharaonique, Paris, 1976, p. 80 y ss.

Ritter, V., «Hordjédef ou le glorieux destin d'un prince oublié», *Egypte*, nº 15, 1999, pp. 41-50.

Vernus, P., *Sagesses de 1'Egypte pharaonique*, Paris, 2001, pp. 47-54.

Van de Walle, B., «Deux monuments memphites au nom de Hordjedef *Iteti», Jornal of Near Eastern Studies*, 36/1, 1977, pp. 17-24.

IV
MERESANJ

Reina, ritualista, iniciada

La célebre meseta de Gizeh esconde muchas riquezas mal conocidas. Así, la necrópolis del este acoge una admirable morada de eternidad, la de la reina Meresanj[32], esposa del faraón Kefrén, cuya pirámide es casi tan alta como la de Keops.

El nombre de la reina significa «Ella ama la vida o La Viviente ama», y su tumba, casi intacta, es de una belleza asombrosa. Textos, relieves y esculturas ensalzan a esta mujer excepcional, iniciada en los misterios de Hator y deTot.

Atum, el príncipe creador, es al mismo tiempo masculino y femenino y, ya en las primeras dinastías, una mujer podía convertirse en faraón, que es una pareja formada por el rey y la gran esposa real. Madre y esposa de la pirámide, esta última es Isis, el trono del que nace el soberano.

Al penetrar en la «tumba» de Meresanj, descubrimos un lugar de vida. No hay anécdotas sobre la existencia temporal de la soberana, pero sí la revelación de sus funciones rituales y de su recorrido inicia tico. Capaz de ver a los hermanos enemigos, Horus y Set, en el seno del mismo ser, el faraón, la reina los reconcilia y recrea la unidad haciendo amar a Horus, el halcón de vista aguda, portador de la luz divina.

Meresanj fue iniciada en los misterios de la morada de la acacia en la que la muerte era transformada en resurrección. Y nosotros tenemos el privilegio de asistir a los episodios que vivió la reina durante su viaje hacia el conocimiento.

Etapa capital: respirar el loto. La madre de Meresanj le revela el secreto, el de la creación, simbolizada por esta flor que emerge del océano original. Al gozar de su perfume, la reina adquiere la energía de la primera aurora.

Luego, siempre acompañada por su madre, Meresanj se aventura en el corazón del pantano primordial, fuente de múltiples formas de vida, y sacude el papiro en honor de la diosa Hator.

Los sonidos producidos se parecen a los que emitía el sistro, que podían disipar las ondas negativas y rechazar las fuerzas del mal. Entonces son aniquiladas las tinieblas, y la reina ve «todas las cosas buenas que se encuentran en el pantano». El zumbido de los papiros encantaba a Hator, la cual hacía alegrar a la tierra. Surgiendo de la vegetación, la diosa ofrecía a sus fieles una eterna juventud.

Hator es *Hut-hor*, «el templo de Horus». Matriz celeste, expande a través del universo esmeraldas, malaquita y turquesa con el fin de formar las estrellas. Al convertirse en una Hator, Meresanj reactualiza la creación del mundo.

Protegida de Anubis, que le abre los caminos del más allá, la reina somete a dos animales inquietantes, la hiena y el órix.

Habiendo salido del desierto, detentan una fuerza peligrosa que el iniciado consigue dominar para disponer de una potencia vital purificada de todo mal. «Transfigurada por el embalsamador», Meresanj preside la siembra de los cultivos: puesto en el suelo, el grano osiriano parece morir antes de renacer. Y ricas moradas, simbolizadas por mujeres y hombres, llevan hasta la reina inextinguibles ofrendas.

Un conjunto de esculturas convierte a la tumba de la reina en algo aún más excepcional: una cofradía de diez mujeres parece salir de la pared. No se trata de formas fijas, sino la evocación de los grados que franquea la reina, desde el aprendizaje hasta la maestría. En primer lugar, tres personajes adolescentes y de tamaño creciente; luego seis adultos; finalmente, la Venerable, con un tocado diferente del de sus Hermanas.

En nuestra opinión, se trata, al mismo tiempo, de una comunidad de sacerdotisas y de etapas de la iniciación de Meresanj que, al término de su recorrido, accede al conocimiento luminoso.[33]

«Que ella pueda caminar en paz por los caminos que recorre una Venerable cuando se hace mayor, se le desea, cuando el cumplimiento perfecto se ha producido para ella a la vista del gran dios».

Obra maestra del Imperio Antiguo, la tumba de la reina Meresanj revela una personalidad de primer plano y la amplitud de la espiritualidad femenina que se vivía en esta época.

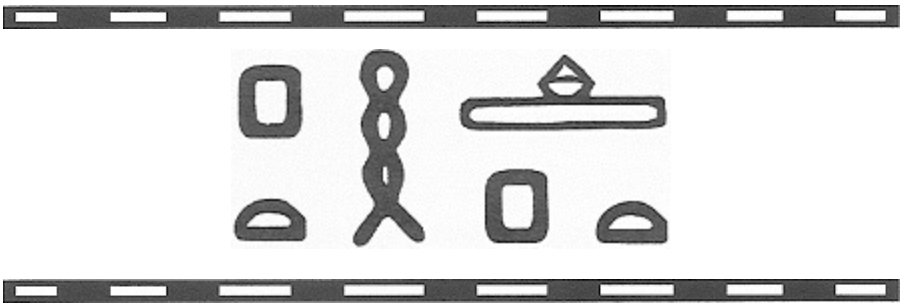
Bibliografía

Dunham. D. y W. K. Simpson, *The Mastaba of Queen Mersyankh III*, G 7530-7540, Boston, 1974.

Jacq. C., *Les Egyptiennes, portraits de femmes de l'Egypte pharaonique*, Paris, 1996, pp. 34-37.

Johnson, G. B., «Queen Meresankh III, Her Tomb and Times», *KMT* 7/4, 1996, pp. 34-37.

V
PTAH-HOTEP



Visir, sabio y autor de éxito

La era de las grandes pirámides se acaba. La V Dinastía ya no ve levantarse gigantescos edificios, pero los valores de la edad de oro perduran, y bajo el reinado del faraón Dyedkare-Izezi[34] la función de visir es ocupada por un sabio llamado Pyah-Hotep, cuyo nombre significa «Ptah está en su plenitud». Ptah, señor de la antigua ciudad de Menfis, es el dios de los artesanos y da forma a la creación utilizando el Verbo. Asimismo, inspiraba a este alto dignatario, principal colaborador del rey.

A los ciento diez años, el visir juzgó necesario redactar las *Máximas de la palabra cumplida*, fruto de su larga experiencia. Este texto conocerá un enorme éxito, ya que será leído por numerosas generaciones de estudiantes y de buscadores de sabiduría. Incluso el Egipto cristiano consultó al viejo pensador, apreciado todavía por los hermetistas y resucitado

en el siglo XIX cuando se halló un papiro que contenía su obra.[35]

Ésta nos permite conocer la visión del mundo de un sabio dedicado al servicio de Maat, diosa de la justicia y de la armonía, sobre las que reposa el Estado faraónico. Levantándose pronto por la mañana, Ptah-Hotep evita la agitación y venera a Dios pues sólo lo que El ordena se cumple, y no las maniobras del género humano. Al que Él guía no puede perderse, pero aquél al que priva de barca no atravesará de manera satisfactoria el río de la vida.

Felicidad notable, que el sabio sabe apreciar: haberse casado con una mujer alegre. Al amarla con ardor, se ha preocupado de hacerla feliz a lo largo de su existencia, de alimentarla, de vestirla, y de no provocar su cólera. Tierra fértil y luminosa, una buena esposa es un tesoro inestimable.

Incapaces de fundar una morada, los individuos fútiles no podrían conocer esa felicidad. Preservarla implica no mostrarse egoísta y satisfacer a sus íntimos gracias a los favores que asigna el destino. En caso de infelicidad, sólo los íntimos, y no los extraños, proporcionan ayuda.

Y Ptah-Hotep se muestra de una sorprendente modernidad al recomendar que no se critique a los que no tienen hijos. ¿Felicitarse por tenerlos? ¡Vanidad! Hay muchos padres y madres infelices, mientras que una mujer sin hijos es más serena que aquéllos. Dios puede favorecer la evolución espiritual de un solitario, mientras que el jefe de un clan familiar reza de manera ansiosa para encontrar un sucesor. Esperar a la sabiduría no exige en absoluto una descendencia carnal.

Si se quiere vivir en paz, hay que contentarse con lo que se posee. Así, los dioses se muestran generosos y los dones

provienen de ellos mismos en favor de un ser desprovisto del espíritu de posesión. Sobre todo, no nos llenemos la boca con sus eventuales riquezas, no gemir sobre su pasado cuando nos convertimos en acomodados tras haber conocido incomodidades y no entrar en competición con alguien que haya seguido un recorrido idéntico. Y no confiar en la acumulación de bienes materiales.

¿La fuente de todos los males? La avidez. Esta enfermedad es incurable, no hay médico que pueda erradicarla. Siembra la desgracia por sí misma y a su alrededor. Sólo la coherencia del corazón permite evitarla, no desperdiciar la acción justa y desarrollar la potencia creadora. Es necesario, pues, hacer caso al corazón y no escuchar al vientre.

Cuando el visir Ptah-Hotep se presenta en el consejo del faraón, controla sus opiniones. La mayor virtud: el silencio. El pecado capital: ser parlanchín. No habla más que cuando es capaz de aportar una solución. Hablar, en efecto, es más difícil que cualquier otro trabajo.

Al ser un dirigente y un guía, Ptah-Hotep debe llevar a cabo acciones elevadas preocupándose de sus consecuencias y sin prestar oído a las alabanzas. Así, busca toda ocasión de mostrarse eficaz e irreprochable. La primera de sus preocupaciones es la cohesión social basada en la justicia. Se impone satisfacerlas necesidades vitales de la población, pues los individuos sin medios se vuelven violentos y agresivos.

Al presidir el tribunal de justicia, Ptah-Hotep tiene conciencia del carácter básico de esta institución. La conducta de un magistrado ha de ser semejante a la rectitud de la plomada y privilegiar el escuchar. Cuando se escucha bien, la palabra es buena Dios ama a aquél que escucha.

Asimismo, el visir y juez Ptah-Hotep presta atención a las demandas. El querellante puede «vaciar el saco» y no sentirse por ello rechazado. En cuanto al ignorante que no escucha, no se hará nada en su favor. Éste vive de lo que hace morir, su alimento es el discurso retorcido, criminal y malhechor.

Ptah-Hotep tiende a la imparcialidad; al evaluar el pro y el contra, no interpreta los hechos según su humor o sus preferencias. Su meta consiste en impedir que el mal triunfe y hacer que se consolide la justicia. «Castiga principalmente, enseña completamente», decreta, pues detener al mal permite el establecimiento duradero de la rectitud. Y todo castigo debe adaptarse al delito cometido. ¿Indulgencia? Sí, a condición de que un culpable manifieste su rectitud, en particular no reincidiendo.

La exigencia básica de un gobernante: no poner una palabra en el lugar de otra y no volverse incoherente. El arte del debate se resume con frecuencia en una máxima simple: dejar que se expresen los pretenciosos y los incompetentes, que se desvalorizarán por sí mismos. El sabio no presta atención alguna al rumor maldiciente y no se hace eco de él. Es una pesadilla que hay que apartar de sí y de la que hay que protegerse.

Una vez acabado el trabajo, llega el momento del banquete. En él se efectúa la circulación del *ka*, la energía creadora. Las palabras pronunciadas en esta ocasión privilegiada alegran el corazón, a condición de evitar las trampas de la seducción y de no tener un carácter ligero. La felicidad real es reunirse con los amigos. Si hay zonas de sombra, es conveniente disiparlas sin tardanza, y no tolerar la hipocresía ni

las evasivas, dirigiéndose directamente al amigo del que se sospecha.

En el atardecer de su existencia terrenal, Ptah-Hotep hace una constatación: el recuerdo que se conserva de un buen gobernante, mucho tiempo después de haber ejercitado el poder, es la bondad. Y él trata de transmitir su experiencia a un hijo espiritual, su «bastón para la vejez», capaz de escuchar las directivas de los antepasados. Si camina por una mala dirección y se porta de manera vil hay que expulsarlo. Por el contrario, si escucha las enseñanzas y actúa de manera eficaz, gozará de múltiples beneficios.

«Que tu corazón no sea vanidoso a causa de tu saber —recomienda Ptah-Hotep a su hijo espiritual—; toma consejo del ignorante lo mismo que del sabio, pues nadie alcanza los límites del arte, y no existe artesano que haya adquirido un brillo perfecto. Una palabra perfecta está más oculta que la piedra verde, pero podemos encontrarla incluso entre los siervos que trabajan en la muela».

El deseo de Ptah-Hotep se vio satisfecho: su libro de sabiduría fue transmitido de generación en generación y, más de cuatro milenios después de su redacción, sigue siendo leído y estudiado. La prodigiosa civilización del tiempo de las pirámides ha desaparecido, las palabras de rectitud han desafiado al tiempo y a la barbarie. «Grande es la Regla —afirma Ptah-Hotep—, duraderas son su eficacia y su precisión. Radiante, útil es la Regla. No ha sido perturbada desde los tiempos de Osiris».

Bibliografía

Jacq, C., *Les maximes de Ptah-Hotep. L'enseignement d'un sage au temps des pyramides*, Paris, 2004.

Junge, F., *Die Lehre Ptahhoteps und die Tugenden der ägyptischen Welt*, Friburgo/Göttingen, 2003.

Kurth, D., *Altägyptische Maximen für Manager. Die Lehre des Ptah-hotep*, Darmstadt, 1999.

Vernus, P., *Sagesses de l'Egypte pharaonique*, Paris, 2001, pp. 63-134.

Zaba, Z., *Les Maximes de Ptahhotep*, Praga, 1956.

VI
UNAS

Creador de la pirámide parlante

Último faraón de la V Dinastía, Unas reinó en torno a treinta años.[36] Encargado, según uno de sus nombres, de «que las Dos Tierras fuesen verdes», tras su muerte fue divinizado y venerado durante largo tiempo. En el siglo VIII antes de nuestra era, los faraones negros ordenaban a sus escultores que se inspirasen en las escenas grabadas en los monumentos a Unas.[37]

No hay ningún logro «histórico» en el origen de esta notoriedad, sino un conjunto arquitectónico excepcional, algunos de cuyos elementos son todavía visibles hoy en día, en Saqqara. Cerca del acceso actual al lugar, los vestigios del templo del valle, del que parte una impresionante calzada, antaño cubierta, de 666 metros de longitud y 6,70 metros de anchura. Los muros de caliza, de más de tres metros de altura, estaban cubiertos de bajorrelieves que han desaparecido

casi totalmente. No subsisten más que algunas escenas, que representan la fabricación de ánforas, el trabajo de los orfebres, el trueque que se practicaba en el mercado o el transporte por barco de columnas de granito rojo, provenientes de Asuán y destinadas al santuario real. El techo de la calzada, que desembocaba en el templo alto, estaba adornado con estrellas.

Coronaba el conjunto la pirámide[38] más pequeña del Antiguo Imperio, situada en el ángulo sudoeste de la pirámide escalonada de Zóser. La obra de Unas fue considerada tan importante que uno de los hijos de Ramsés II la restauró.

La entrada de esta pirámide no se sitúa en una de sus caras, sino en el embaldosado. Da acceso a un pasillo descendente que se hace horizontal y nos conduce al corazón del edificio, formado por tres piezas, entre ellas la cámara de resurrección, que contiene el sarcófago.

Este último es el verdadero punto de partida del viaje celeste del rey. Asimilado a una barca, le permite pasar de la muerte a la vida cósmica.

Por primera vez desde que los egipcios edificaban pirámides, un faraón tomó una decisión notable: inscribir en la piedra la tradición oral, revelar el ritual que se celebraba en el interior de estas matrices de resurrección. Gracias al rey Unas, la pirámide hablaba. Largas columnas de jeroglíficos recubiertos de una capa de verdiazul ofrecen el texto fundador de la espiritualidad faraónica.

La mayor enseñanza: la pirámide es Osiris, el cuerpo de piedra del dios asesinado y resucitado con el que se identifica el faraón. Y es asimismo el montículo principal, surgido del océano de energía en el alba de la creación.

Las primeras palabras de este libro excepcional, cuyo estudio detallado necesitará todavía prolongadas investigaciones, afirman: «El faraón no ha partido muerto, ha partido vivo». Tras haber partido, volverá; tras haber dormido, se despertará. El rey «vive la vida y no muere la muerte». Nacida en el tiempo, la muerte morirá; al no haber nacido nunca, la vida no podría morir. Ahora bien, el faraón no tiene padre ni madre entre los humanos, y no muere en la tierra entre ellos.

El medio decisivo para consolidar los lazos del rey con el universo de las fuerzas creadoras es la ofrenda, asimilada al ojo de Horus que permite ver la acción divina. En el faraón, ni un solo miembro está vacío de Dios; su cuerpo está hecho por los dioses, él construye sus moradas, los templos.

Según los textos de la pirámide de Unas, el secreto de la vida reside en la luz. Así, el faraón se convierte en un ser luminoso, y por lo tanto útil,[39] y brilla hacia el oriente, semejante a un nuevo sol. Destinado al cielo, va y viene con la luz, sube por ella, y toma la forma de un destello fulgurante.

«En la tierra, se existe —se afirma—; en el cielo, se vive». Gracias al poder de los jeroglíficos que componen este ritual de una potencia inigualable, el rey accede a los paraísos del más allá y recorre el universo por medio de incesantes mutaciones. Barcas, escalera, llama, humo de incienso, aves, insectos… Utiliza múltiples medios para tener éxito en su ascenso y permanecer en perpetuo movimiento.

Viviendo en compañía de las estrellas imperecederas e indestructibles, el faraón se convierte él mismo en estrella única y compañero del Verbo. Sus huesos son ya de metal celeste, sus miembros, de oro. Realización de la Gran Obra alquímica, conseguida la transmutación, expresa el brillo de la creación.

«La abominación de Dios es la falsedad de la palabra», por lo que el rey debe mostrarse «veraz de voz» en función de sus actos. A él le corresponde colocar la Regla en el lugar del desorden, la justicia en el de la injusticia, la armonía en el del caos, la luz en el de las tinieblas. Entonces, el faraón se afirma como la «gran palabra», en el origen de toda vida.

De esta visión espiritual emana una realidad sorprendente para nosotros, individualistas furibundos: sólo el faraón, luz y estrella, está en contacto con las divinidades. La plegaria personal no lleva a ningún sitio, pues el faraón es el único canal[40] por el que pasa el amor celeste.

Asociarse al ser real resulta, pues, esencial. Y existen verdaderas ciudades construidas alrededor de la pirámide y que agrupan a sus fieles, a los que lleva hacia el más allá. La generosidad del faraón no se limita a los miembros de su corte: él es responsable de todo su pueblo. Pero, además, es necesario, para subir a la barca real, haber sido reconocido como «veraz de voz» ante el tribunal de Osiris.

La iniciativa de Unas tuvo consecuencias duraderas, ya que los *Textos de las Pirámides* sobrevivieron hasta los últimos instantes de la civilización egipcia. En primer lugar, reyes y reinas de la VI Dinastía los hicieron grabar en el interior de sus propias pirámides, añadiendo variantes o nuevos versículos; con posterioridad, algunos dignatarios fueron autorizados a que figurasen en sus tumbas y, cuando ya no se construían pirámides, extractos del gran libro original fueron reinterpretados e inscritos en los sarcófagos. El célebre *Libro de los Muertos*, nacido en el Imperio Nuevo, retoma elementos de los *Textos de las Pirámides* que los faraones de la época saíta, en los siglos VII y VI antes de nuestra era, recupe-

rarán. Y siguen presentes, reinterpretados o reformulados, en las amplias composiciones de los templos tolemaicos.

De acuerdo con el grande de los videntes, el superior de los iniciados de Heliópolis, Unas decidió revelar por medio de los jeroglíficos las «palabras de los dioses», lo que, hasta entonces, quedaba limitado al campo de la arquitectura. En efecto, las pirámides anteriores tenían el mismo lenguaje, pero por medio de la geometría, de los números y de las formas.

Nos parece imposible percibir los valores de la espiritualidad faraónica y las bases de su civilización si ignoramos el contenido de los *Textos de las Pirámides*. Gracias a la morada de eternidad de Unas, podemos acceder al pensamiento de los sabios fundadores, entre los que está Imhotep, y participamos del impulso creador de una edad de oro, vencedora de la muerte.

Bibliografía

Allen,J. P., *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Atlanta, 2005.

Beckerath, R., *Les textes de la pyramide d'Ounas*, París, 2004.

Faulkner, R. O., *The Ancient Egyptian Pyramid Texts*, Oxford, 1969.

Jacq, C., *Le voyage au pyramides*, París, 1989, pp. 116-121.

—, *La tradition primordiale de l'Egypte ancienne selon les Textes des Pyramides*, Paris, 1998.

Labrousse, A., *L'architecture des pyramides à textes*, 3 vols., El Cairo, 1996.

Mathieu, B., «La signification du serdab dans la pyramide d'Ounas. L'architecture des appartements funéraires royaux à la lumière des *Textes des Pyramides*», *Etudes sur l'Ancien Empire et la nécropole de Saqqara dédiées à J-P. Lauer*, Montpellier, 1997, tomo II, pp. 289-304.

Piankoff, A., *The Pyramid of Unas*, Nueva York 1968.

VII
ISI DE EDFU

Un sabio de provincias

Y así hemos llegado al reinado de Teti,[41] sucesor de Unas y primer faraón de la VI Dinastía. Éste continuó la obra iniciada por su predecesor al decorar la cámara de resurrección de su pirámide con columnas de jeroglíficos. Fue un reinado tranquilo, sin acontecimientos notables, en un país feliz y con un primer ministro riguroso, el visir Isi. Era el jefe del ejecutivo, encargado de llevar a la práctica el pensamiento del rey, que residía en Menfis, y aun así Isi estuvo muy unido a Edfu, ciudad del Alto Egipto consagrada al dios Horus, protector e inspirador de la monarquía faraónica. Admirando la sublime estatua de Kefrén, en el museo de El Cairo, se ve que el halcón Horus se ha posado sobre la nuca del rey y le transmite la visión celeste, más allá del tiempo y del espacio.

El término, ya consagrado de visir no da una idea adecuada del egipcio *chati* «el de la cortina», es decir, el que conoce los secretos del palacio real y del arte del gobierno, «amargo como la hiel». En jeroglíficos, el término se escribe con una cría de pájaro que pide comida. Personaje clave del Estado, el visir debe exigir sin cesar a sus subordinados informes exactos y completos sobre la economía, la agricultura, la seguridad y todos los demás campos de los que el monarca le ha hecho responsable.

¡Difícil tarea, realmente! Isi la desempeñó tan perfectamente y obtuvo tantas alabanzas, como visir, juez, amigo único y jefe de provincia, que su muerte dio comienzo a una reputación gloriosa. Fue en Edfu, lejos de la capital, donde este alto dignatario decidió pasar su eternidad reposando en una gran tumba, que pronto se rodeó de estelas, de pequeñas naos y de mesas de ofrendas dedicadas a él por los habitantes de la ciudad. Considerado «santo visir» y «dios viviente», Isi será venerado durante cinco siglos.

¿Por qué tanto respeto? Porque Isi hizo el bien. Deseoso de ver su nombre alabado junto al Dios grande, pronunció opiniones equitativas, sin disgustar a nadie. No contento con decir el bien, lo repitió, lo propagó y no profirió ninguna mala palabra contra nadie. Y nadie ha podido acusarlo de haber mentido o robado. Cuando dirigió las sesiones del tribunal, ante la puerta del templo, Isi respetó rigurosamente la Regla de Maat, cumpliendo la voluntad de Dios, es decir, privilegiando la rectitud en toda ocasión.

Gobernador de su provincia, Isi siguió escrupulosamente las directivas del faraón. Ejecutó los trabajos que exigía el soberano y cuidó los templos, morada de las divinidades cu-

ya presencia en la tierra garantizaba la armonía espiritual y la cohesión social.

Nombrado superior de los sacerdotes puros y de los servidores del *ka* de la pirámide de Unas, Isi era un escriba real que conocía el conjunto de los ritos. En Edfu, capital de su provincia dio muestra de las mismas competencias. Servidor de Horus, conocía los secretos del cielo; fiel de Osiris, percibía los de la resurrección.

Isi no escribió máximas como su ilustre predecesor Ptahhotep. De todos modos, fue el perfecto ejemplo de un sabio plenamente consciente de sus deberes y de la calidad de la época en la que vivía. Esta sabiduría y el sentido de la responsabilidad se los transmitió a su hijo Qar, también él gobernador de la provincia de Edfu. Convertido en amigo único, responsable de los secretos y superior del Alto Egipto, Qar se mostró vigilante y eficaz. Como su padre, cumplió todos los trabajos del rey, controló la circulación de los barcos por el Nilo, organizó expediciones comerciales a través del desierto y garantizó la prosperidad de los artesanos y trabajadores.

Educado en Menfis, como su padre Isi, Qar volvió a Edfu, a la que imprimió un gran desarrollo sin olvidarse de dar pan al hambriento, ropa a los desheredados, de reembolsar los préstamos a los endeudados, y de proporcionar una buena sepultura a quien no tenía hijos. Todos los habitantes de la provincia de Edfu se beneficiaban, como mínimo, con el pan y la leche.

Tarea prioritaria: salvar al débil protegiéndolo del poderoso. El Egipto del Imperio Antiguo no reconoce la ley del más fuerte y combate resueltamente la injusticia y lo arbitrario. Un detalle sorprendente que, en nuestros días, pondría fin a

numerosas ambiciones: Qar era un gobernante acomodado que daba asistencia a sus administrados víctimas de dificultades materiales, utilizando su fortuna personal y no recurriendo al Estado. Si la riqueza era un don del cielo, implicaba, según la Regla de Maat, generosidad y lucidez.

Isi de Edfu y su hijo Qar fueron considerados sabios porque asumieron sus responsabilidades con un sentido del deber y una atención constante a los habitantes de su provincia. Un comportamiento semejante permite comprender mejor la coherencia de la sociedad del Impero Antiguo y, más allá de su incontestable felicidad material, su aspiración a una sabiduría vivida, visible y útil.

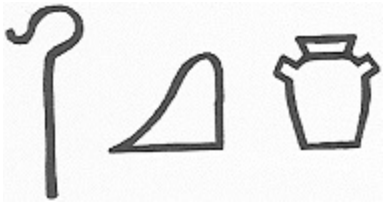
Bibliografía

Alliot, M., «Un nouvel exemple de vizir divinise dans l'Egypte ancienne», *Bulletin de l'Institut Français d'Archóloguie Orientale*, XXXVII, 1937, pp. 93-160.

Garcia, J. C. M., «De l'Ancien Empire à la Première Période Intermédiarie: l'autobiographie de Qar d'Edfou, entre tradition et innovation». *Revue d'Ägyptologie*, 49, 1998, pp. 151-160.

Roccati, A., *La littératrure historique sous l'Ancien Empire égyptien*, París, 1982, pp. 177-179.

VIII
HEKA-IB



El sabio de Elefantina

Cuando Pepi sube al trono, hacia 2278 a. C., sólo tiene seis años. Al elegirlo como faraón, los sabios no se equivocaron, pues reinará noventa y cuatro años, ¡sin duda un récord de longevidad para un soberano!

El rey continuó la tradición de los *Textos de las Pirámides* y gobernó un país rico y tranquilo que, sin embargo, comenzaba a verse amenazado por fuerzas exteriores. Los libios, eternos enemigos; los palestinos, a quienes se hizo entrar en razón rudamente; v en el sur, los nubios. Las tribus negras, formadas por feroces guerreros, podían atacar la capital de la primera provincia del Alto Egipto, la actual Asuán.

Pepi II hallará a los hombres competentes para explorar el Gran Sur, someterlo y explotar sus riquezas. Paulatinamente, Nubia se convertirá en un protectorado penetrado por la civilización egipcia.

Entre los dignatarios, que eran al mismo tiempo aventureros, diplomáticos y gestores, Heka-ib, «aquél que controla su corazón», fue un personaje notable. Nacido probablemente en Elefantina, se convirtió en jefe de los intérpretes, escribas que podían hablar los dialectos nubios. Ascendido a la dignidad de general, supo medir la amenaza: se corría el peligro de que las tribus rebeldes se creciesen y lanzasen incursiones mortíferas incluso en el propio Egipto.

Le tocó a Heka-ib difundir el temor hacia Horus, es decir, al faraón, en los países extranjeros, e impedirles hacer daño. En tres misiones en Nubia y en Asia, eliminará a los disidentes, restablecerá la paz y traerá de vuelta a Egipto prisioneros y animales.

Al igual que otros sabios, el rudo Heka-ib dice el bien, no propaga nada malo, y desea que su nombre sea reconocido ante Dios grande. Además, hay que dar pan al hambriento y ropa a quien no la tiene. Asimismo, Heka-ib se preocupó de respetar la Regla de Maat y accedió a la función de sacerdote funerario de la pirámide del rey Pepi II. Amigo único, tesorero, director de la ciudad que agrupaba a los artesanos encargados de construir el edificio, jugó un papel decisivo con ocasión de la creación de la morada de eternidad del faraón.

Al final de una existencia muy activa, Heka-ib, jefe de la provincia de Elefantina, se retiró a su villa preferida, donde deseaba reposar para siempre. En efecto, este sitio mágico estaba situado en la frontera meridional de las Dos Tierras; esta ciudad comercial se desarrollaba alrededor de un templo del dios Jnum, el alfarero que forma a los seres y que sujeta los flujos de la crecida bajo sus sandalias y que sólo los libera a condición de recibir las ofrendas adecuadas.

Casi inmediatamente después de su muerte, Heka-ib fue elevado al rango de protector divino. Numerosos habitantes de la región tomaron su nombre, y se le dedicaron estatuas, estelas y mesas de ofrendas. Se edificó incluso un templo en su honor y su reputación póstuma superó el marco de la provincia y subsistió más allá del final del Antiguo Imperio.

El nombre de Heka-ib es, por sí solo, una enseñanza: controlar el corazón, es decir, dominar la propia conciencia, lo que le confiere su plena eficacia. Con este buen genio de Elefantina, nos hallamos ante un sabio que no disocia la acción —incluida la militar— del respeto de una espiritualidad ancestral. Próxima ya la grave crisis que amenazaba a Egipto, da uno de los últimos ejemplos de estos dignatarios indestructibles que, sirviendo al faraón, saben que contribuyen al mantenimiento de la armonía entre el cielo y la tierra.

En efecto, para Heka-ib el Horus dueño de las Dos Tierras es sobre todo un hombre político. Encarnación del Dios grande, templo construido por las divinidades, el faraón aumenta la presencia de Maat entre los humanos, tan dispuestos a destruir y difundir la injusticia. Servir al rey es prolongar la obra del creador y garantizar la prosperidad del país manteniendo los nexos que unen lo material a lo espiritual, fuera de toda doctrina esterilizante.

¿Cómo imaginar, bajo el sol y el cielo azul de Elefantina, que las tinieblas iban a invadir Egipto?

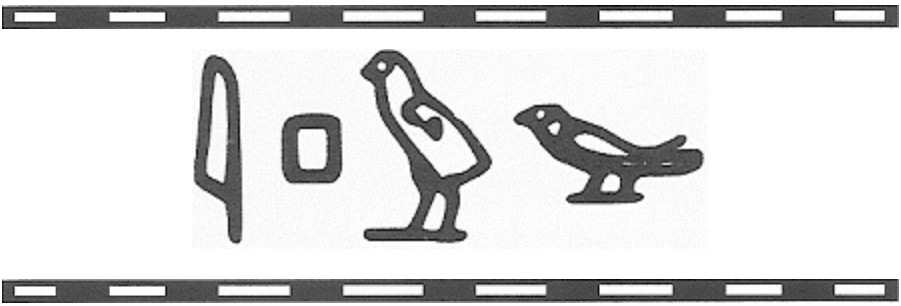
Bibliografía

Franke, D., *Das Heiligtum des Hekaib auf Elephantine*, Heidelberg, 1994.

Habachi, L., «Heqaib», *Lexikon der Ágyptologie* II, 1977, pp. 1120-1122.

Koccati, A., *La littérature historique sous l'Ancien Empire égyptien*, París, 1982, pp. 208-211.

IX
IPU-UR



El profeta

Las *Profecías* de Ipu-Ur[42] plantean un delicado problema a los egiptólogos, y los debates eruditos continúan. Objeto de las controversias es un papiro que data de la XIX Dinastía, la de Ramsés. Por el contrario, la lengua utilizada se remonta a una época anterior, al menos al Imperio Medio. Y se admite que el texto fue copiado y vuelto a copiar. Pero ¿cuándo fue escrito? Al haberse perdido el comienzo, no se sabe bajo qué monarca vivió el sabio Ipu-Ur, cuyo nombre significa «es un gran formulador», o bien «grande es el que pronuncia [importantes] palabras»; resumiendo, un ser ilustrado cuyo mensaje es esencial. Pero hay que hacer una salvedad: Ipu-Ur califica al monarca reinante de «rostro asustado», por lo tanto incapaz de luchar contra el mal y de hacer frente a la adversidad. Pobre soberano, en

realidad. Y todos los males derivan de la incapacidad de este faraón para cumplir sus funciones.

La mayoría de los eruditos estiman que las desgracias mencionadas por Ipu-Ur se produjeron durante el Primer Período Intermedio, llamado así porque constituye una época de perturbaciones entre el final del Imperio Antiguo, hacia 2180 a. C., y el nacimiento del Imperio Medio, hacia 2060 a. C. Las Dinastías VII y VIII se conocen particularmente mal: gran número de soberanos dudosos, así como orden de sucesión y duración de los reinos imposibles de concretar. Se tiene la impresión de que varios príncipes locales reinan al mismo tiempo y que la clara jerarquía del Imperio Antiguo, basada en un faraón que había unido las Dos Tierras, se ha hundido.

¿Por qué la edad de oro de las pirámides ha terminado? Se han barajado varias hipótesis: cambio climático, crisis económica, excesivo poder asignado a los jefes de provincia, pérdida de autoridad de un poder central debilitado. En realidad, no hay certezas.

El profeta Ipu-Ur ve llegar estos tiempos difíciles y describe una sociedad egipcia presa de los peores desórdenes cuando se vea privada de la sabiduría y de un auténtico faraón. ¿Qué es lo que prevé? A causa de la presencia de los bárbaros, el sol no saldrá más y no iluminará la tierra con sus rayos. En pleno día habrá tinieblas.

Catástrofe absoluta: la pirámide, morada de eternidad del faraón, será violada, y el país se verá privado de la realeza por un pequeño número de humanos que ignoran los planes de la creación y extienden el mal. Profanarán la momia real, divulgarán los secretos de los momificadores y saquearán las tumbas. Se rebelarán contra la luz divina, y no dudarán en

robar los escritos de la cámara sagrada. Las fórmulas mágicas circularán por todas partes y, memorizadas por los profanos, perderán su eficacia. Ya no se celebrarán los rituales de ofrendas.

La esfera de lo sagrado será destruida, la sociedad entera se descompondrá. En las calles, la gente pisoteará las leyes emanadas de la sala de juicios. Ya no se llevarán a cabo correctamente las tareas políticas y administrativas, y los grandes, estimados antaño, ya no podrán fraternizar con el pueblo, que se regocijaba antes por estas buenas relaciones. Ninguna función ocupará su lugar adecuado: los individuos se parecerán a un rebaño que vaga sin pastor.

Los sabios serán condenados a trabajos mediocres, y sus palabras serán ignoradas. La única obsesión: acumular el máximo de bienes materiales. Faltarán los productos valiosos, los artesanos ya no tendrán los materiales necesarios.

La fuerza y el terror se impondrán a todos, las bandas se apoderarán del país y de sus riquezas, los que no poseían nada se convertirán en bandidos y ladrones, y nadie los castigará. Será imposible desplazarse con seguridad. Olvidada la Regla de Maat, los saqueadores serán los amos. El mal y el crimen serán omnipresentes; el hombre virtuoso vivirá tristemente y el individuo innoble triunfará.

Todo padre acabará considerando a su hijo como un enemigo, y se darán pruebas de una constante crueldad al no socorrer a los desgraciados agredidos o muertos a nuestro lado. La risa se apagará, la voz sonará falsa. Sobrevendrán años de tumultos: el ruido y la suciedad dominarán. Se olvidarán las necesarias purificaciones y los ritos funerarios, y los cadáveres serán lanzados al río. Los árboles serán talados, el corazón de los animales llorará y las mujeres serán estériles.

«Hay un fuego malo en el corazón de los humanos —estima el profeta Ipu-Ur—. Dios creador no se ha apercibido y la desgracia ha llegado al venir al mundo. Si esto pudiera ser el fin de la humanidad, si ya no fuese a haber concepción ni nacimiento, entonces la tierra dejaría de gritar de dolor, ya no habría más tumultos».

Esta siniestra constatación no desespera al sabio. Ante la adversidad, una única solución: eliminar a los enemigos de la venerable residencia real y favorecer el advenimiento de un auténtico faraón, decidido a luchar contra las tinieblas. Deberá poner en acción las cualidades de un Horus, es decir, el verbo y la intuición creadora. Deberá restablecer a Maat en un país que ya no es más que malas hierbas, violencia y conflictos. Y él expulsará a los bárbaros, a los criminales y a los saqueadores.

Reencontrar la esperanza implica recordar los verdaderos valores, en especial el de la justa disposición de los ritos. Entonces será posible conocer de nuevo la felicidad. Y el sabio Ipu-Ur escribe una de las más bellas páginas de la literatura egipcia:

> ¡Qué felicidad, con todo, cuando los barcos remontan el río… y que ya no haya ladrones!
>
> ¡Qué felicidad, pues, cuando se cuidan las tumbas, cuando las momias reposan en ellas, cuando los caminos están libres para pasear por ellos!
>
> ¡Y qué felicidad cuando las manos de los hombres construyen pirámides, cuando se excavan estanques, cuando las plantaciones de sicomoros se hacen para los dioses!

¡Qué felicidad, así, cuando las bocas expresan la alegría, cuando los jefes de las provincias contemplan el regocijo después de sus estancias, vestidos de lino fino, la frente pura, sólidamente estableados en su fuero interno!

¡Qué felicidad, con todo, cuando las camas están hechas, cuando las cabeceras de los grandes están protegidas y en buen estado, cuando una [simple] estera [colocada] a la sombra colma las necesidades de cada uno!

El profeta Ipu-Ur no se había equivocado. Pese a la gravedad de la crisis, Egipto la superará. Y, gracias a un texto conocido por el nombre de *Enseñanza a Merikare*, sabemos de qué modo un faraón consciente de sus deberes puso fin a la desgracia y al desorden.

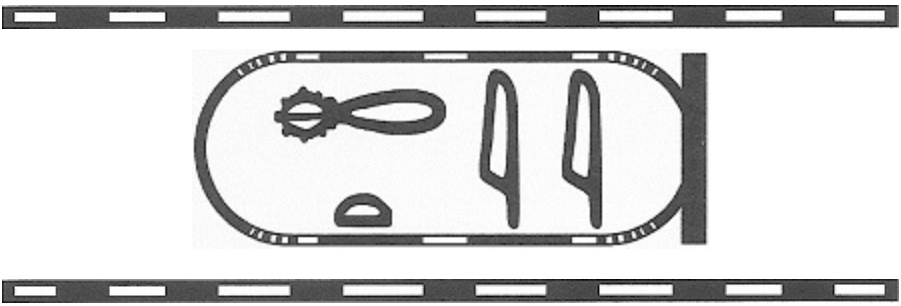
Bibliografía

Fermat, A. y Lapidus, M., *Les prophéties de l'Egypte ancienne*, París, 1999, pp. 11-55.

Gardiner, A. H., *The Admonitions of an Egyptian Sage*, Hildesheim, 1969.

Helck, W., *Die «Admonitions». Pap. Leiden I 344, recto*, Wiesbaden, 1995.

X
JETI



Un faraón da a su hijo el sentido de la realeza

En pleno Primer Período Intermedio, la ciudad de Heracleópolis, en el Alto Egipto, se consolida como un centro de poder. Los príncipes locales son elevados a la dignidad de faraones, y uno de ellos, Jeti, consigue restablecer la Regla de Maat, después de que se produjeran violencias incluso en la necrópolis, causando la destrucción de los monumentos.[43] El rey sometió a los rebeldes, pacificó todo el oeste del país hasta la costa, controló el Bajo Egipto y rechazó a los asiáticos. Se reanudaron las entregas de varias clases de maderas y abundantes tributos enriquecieron a la corte real, Jeti restableció las provincias y erigió una sana administración de las grandes ciudades, obligando a los funcionarios a trabajar. Incluso en caso de mala crecida, la gestión de las reservas alimentarias evitó que la población padeciese hambre.

El éxito se basaba en una buena práctica de la realeza, y Jeti quiso transmitírsela a su hijo Merikare redactando una *Enseñanza* notable, verdadero tratado de la monarquía faraónica.

Aquél que es fiel al faraón es un seguidor de Dios y debe llevar a cabo cierto número de deberes con un rigor sin fallos, bajo riesgo de fracasar. Precaución elemental: defender las fronteras del país edificando fortalezas y manteniendo un ejército eficaz, gracias al reclutamiento obligatorio. Bien pagada y con tiempo, la tropa amará a su rey.

Precisamente, un buen faraón debe otorgar su amor al pueblo, pues de este modo es como quedará presente en su memoria y pondrá fin al infortunio. Mientras que la maldad nos hace estériles, el amor permite construir monumentos duraderos. Durar, en la tierra, implica la práctica de Maat, coherencia, armonía y justicia. Confiere al pensamiento de un rey una indispensable rectitud. Asimismo, su voz es veraz ante Dios. Sus súbditos constatan que posee una voz aguda y que discierne lo que está lejano. Una conducta impecable, ¿no forma, acaso, el cielo de un ser?

Los humanos son el rebaño de Dios, buen pastor que les ha concedido numerosos favores. Así, ha creado el cielo y la tierra, destinados a ellos; ha hecho nacer el aire para que respiren, pues fueron formados a su imagen. Bajo forma de sol les da la luz, y los nutre gracias a la vegetación, el ganado, las aves y los peces. Dios escucha a los que sufren, y la institución faraónica protege al débil de la injusticia. En cuanto a la magia, ésta permite evitar los golpes del destino.

Por desgracia, los humanos ignoran las buenas obras de la divinidad y, en vez de venerarla, se rebelan. El mal no está

inscrito en el proceso de creación, sino sólo en la pervertida cabeza de los rebeldes, condenados a ser aniquilados.

¿Cómo evitar el desastre? Coronando a un faraón digno de este nombre, un predestinado que Dios ha elegido entre millones. Y este ser es único, no tiene hijo ni hermano, pero ha de organizar una corte formada por servidores conscientes de la importancia de la función faraónica, y no por aduladores. Grande es el grande cuyos grandes son grandes. Sin dignatarios de calidad a su alrededor, un rey no podrá construir. Y deberá enriquecerlos de manera que no tengan ninguna necesidad material y se preocupen solamente del bien común. Un notable así evitará mostrarse parcial y traicionar la Regla de Maat, a condición de ser gobernado por un rey justo y no buscar su interés personal.

Jeti recomienda a su sucesor que escuche el mensaje de los antepasados, que lea sus escritos y que se convierta él mismo en sabio utilizando la ciencia que le han transmitido. Que aprenda el arte fundamental de la palabra, pues la formulación será su brazo y será más eficaz que cualquier arma.

Un faraón debe cumplir lo que sea útil al *ba*, el alma-pájaro que se envía hacia el sol con el fin de alimentarse de luz y vuelve a la tierra para animar a toda forma, en especial los templos y las estarnas. Calzado con sandalias blancas, celebra los ritos en el seno del templo cubierto, abre la naos de modo que sea perceptible la presencia divina y adorna con innumerables alimentos celestes y terrestres la mesa de ofrendas.

Dada la mediocridad de la naturaleza humana, Dios se ha ocultado. Es el rey quien debe revelar su presencia construyendo receptáculos dignos de acogerlo. El faraón es, en primer lugar, un maestro de obras, preocupado por hacer per-

fecta su morada de eternidad en el occidente, donde tendrá lugar el proceso de resurrección.

Que el faraón no haga diferencias entre un dignatario y un hombre modesto, y que los juzgue según un único criterio: la calidad de sus acciones. Que se preocupe de las viudas proporcionándoles medios para subsistir, que devuelva la serenidad a los infortunados y que no prive a ningún hijo de la herencia legada por su padre. Y, sobre todo, que no se haga culpable de laxismo alguno ante una mala acción y condene la avidez, resultado de la ignorancia.

¿Castigar? Sí, pero sólo cuando sea útil y nunca sin una razón. Hay que impedir que el agitador haga daño, el rebelde de verbo alto, pues éste lleva al desorden y a la decadencia.

La práctica de la violencia sólo se justifica en un caso: cuando se impone la necesidad de luchar contra bárbaros que destruyen los templos y los altares de los dioses. En este caso, no hay compromiso ni diálogo posibles, pues está en juego la calidad espiritual del país.

A su hijo Merikare el rey Jeti le pide que piense en el tribunal del más allá. No manifestará la más mínima indulgencia hacia los opresores, los culpables y los injustos. Es inútil contar con el número de años, pues para los jueces divinos una existencia humana es comparable a una sola hora. En el momento de la muerte, las acciones de un ser se amontonarán junto a él y serán examinadas severamente. Aquél que se mofe de este tribunal es un insensato, carente del sentido de la eternidad. Con todo, llegar al otro mundo sin haber cometido el mal permite vivir a imagen de las divinidades y bogar como le plazca en el seno del paraíso.

¡Sorprendente y admirable enseñanza de un monarca a su sucesor! Estamos lejos de la imagen de un déspota oriental que actúa según le place y que no se ocupa en absoluto de su pueblo. Por el contrario, el faraón aparece como el corazón del país, el eje de una jerarquía que se basa en la responsabilidad y no en la arbitrariedad.

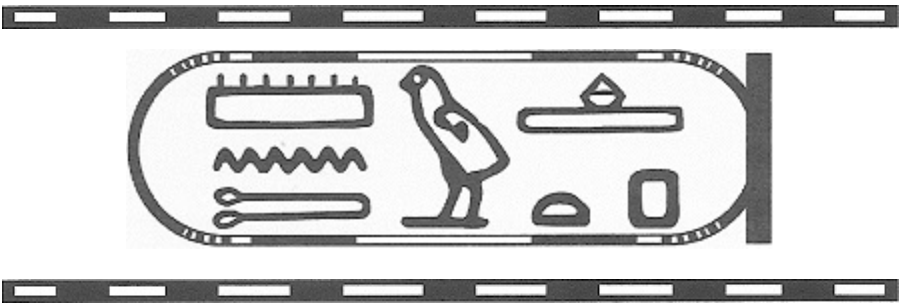
Bibliografía

Blumenthal, E., «Die Lehre für König Merikare», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache*, 107, 1980, pp. 5-41.

Helck, W., Die Lehre für König Merikare, Wiesbaden, 1977.

Vernus, P., *Sagesses de l'Egypte ancienne*, Paris, 2001, pp. 135-160.

XI
MENTUHOTEP II



El reunificador alquimista

El británico Howard Cárter será para siempre el más célebre de los egiptólogos por haber descubierto en 1922 la tumba de Tutankamón, cuyos tesoros están lejos de haber desvelado todos sus secretos. En cambio, se conoce menos que Cárter, antes de ese instante excepcional, estuvo muchos años en Egipto e hizo otro descubrimiento notable, en 1898. Esta vez no hubo largas investigaciones, sino un simple paseo a caballo en Deir el-Bahari y un agujero muy arqueológico en el que se hunden las patas del corcel... El arqueólogo acababa de hallar un acceso a la morada de eternidad de Mentuhotep II,[44] a quien los egipcios consideraron uno de sus faraones más grandes.

Fundador de una nueva era, llamada «Imperio Medio» por los egiptólogos, Mentuhotep II gozó de un renombre comparable al de Zóser pues, al igual que éste, unificó las Dos Tie-

rras, el Alto y Bajo Egipto y, tras un período de disturbios y debilitamiento del poder faraónico, restituirá al país cohesión e influencia.

La tarea, probablemente, no fue fácil, pues ciertos potentados locales, satisfechos con su pequeño principado, no estaban dispuestos a inclinar la cabeza ante un faraón dominador. Una vez sometido el norte y los últimos príncipes de Heracleópolis, Mentuhotep II extendió su supremacía lejos hacia el sur, hasta la Baja Nubia. Y se desarrolló un reinado pacífico, de unos cincuenta años que vio cómo Tebas[45] se convertía en la capital de un Estado digno de su pasado esplendor.

Los nombres del rey describen su programa de gobierno y marcan sus principales etapas: «Dios de corona blanca», debido a su origen meridional y a su punto de partida como soberano del sur, Mentuhotep II fue, con ocasión de la coronación, «el que vivifica el corazón de las Dos Tierras», y luego «el que unifica las Dos Tierras».

Protegido por Montu, temible dios-halcón que incitaba al combate y a la guerra, el rey añade la noción de *hotep*, «paz, plenitud». *Montu-hotep* podría traducirse como «guerra y paz», o bien «la paz después de la guerra». Timón de su pueblo, dominando el recorrido de la luz divina, Mentuhotep II fue el modelo de faraón capaz de garantizar la felicidad y el equilibrio en Egipto.

Todavía en vida, se rindió culto a sus estatuas, receptáculos de su *ka*, su poder creador. Y ochocientos años después de su muerte, seguirá siendo un antepasado venerado. Hatshepsut lo consideró su padre espiritual, la XVIII Dinastía le consagró monumentos, y estará presente en el Rameseo, el templo de los millones de años de Ramsés II.

Su obra, ciertamente, fue considerable. Al dar nuevo vigor a función de visir, jefe del ejecutivo, refundo una administración sólida, otorgó cierta autonomía a las provincias, sin dejar de estar conectadas con el poder central. De sur a norte cubrió Egipto de templos, de los que, por desgracia, sólo subsisten vestigios. En Elefantina restauró edificios antiguos, especialmente el santuario del sabio Heka-ib, del que hemos hablado antes.[46]

En Gebelein, yacimiento mal conocido a unos 30 kilómetros al sur Tebas, Mentuhotep II reafirmó su soberanía, haciendo grabar bajorrelieves que lo representan vencedor de los nubios, de los asiáticos, de los libios y de los rebeldes egipcios (estos cuatro pueblos representaban la totalidad de los enemigos que podían amenazar la armonía de Maat). Gracias a esta victoria y al restablecimiento de las provincias, según el plan de los antepasados, Egipto volvió a ser uno e indivisible. Y el faraón pedirá a Hator, la soberana de las estrellas y diosa del amor, protección divina. Y ésta le ofrece la posibilidad de hacer que su país sea próspero y fecundo, a condición de consagrar regularmente las ofrendas y cumplir con los ritos de purificación. Al alimentar al rey con la leche celeste, Hator confirma y consolida la institución real, sin la cual ninguna armonía terrenal es posible.

El santuario hatoriano de Gebelein, cuyos bloques fueron utilizados de nuevo para un templo edificado en la época tolemaica, fue una especie de programa fundador. Siendo al mismo tiempo su propio padre y su propio hijo, Osiris y Horus, Mentuhotep II saca a la luz las buenas acciones divinas.

Fue en Deir el-Bahari, en la orilla al oeste de Tebas, donde Mentuhotep II creó su obra maestra, en este lugar donde, en

el Imperio Nuevo, la reina-faraón Hatshepsut construirá un templo extraordinario.

En el Imperio Medio el lugar estaba todavía virgen. Sin embargo, el grandioso anfiteatro rocoso exigía un monumento digno de él. El rey concibió un conjunto arquitectónico comparable al del Imperio Antiguo: templo del valle, calzada bordeada de estatuas del monarca vestido con la túnica de la fiesta de regeneración y templo llamado «funerario». ¿A qué se parecía este último, hoy reducido al estado de ruinas? Tras pacientes investigaciones, se sabe que se trataba de una vasta plataforma, precedida por un pórtico de pilares cuadrados, sobre la que se hallaba una colina coronada por árboles, es decir, la tumba de Osiris. Mentuhotep II relacionaba de este modo a Amón, el protector del templo, con el señor de la resurrección, y enseñaba la necesidad de juntar el más allá con este mundo. Este cerro osiriano era una nueva formulación de la pirámide; el faraón se asimilaba a la luz, vencedora de la muerte.

Volvamos al caballo de Carter: Mentuhotep II disponía al menos de dos tumbas. Una de ellas era un cenotafio, es decir, una sepultura simbólica, destinada al *ka*. Un pasillo de 150 metros conducía a una sala subterránea, bajo el montículo, sobre el que surgía una sorprendente estatua del faraón: no precisamente un retrato, sino la representación del rey alquímico con corona roja, con túnica blanca y carnes negras. Nunca, sin duda, se encarnó de manera más sorprendente el proceso de transmutación del individuo reinante en el faraón inmortal.

Mentuhotep II fue el autor de un ritual célebre en la orilla al oeste de Tebas, y precisamente en Deir el-Bahari, conocido con el nombre de Bella Fiesta del Valle, siendo este último

un lugar sagrado en el límite de lo visible y de lo invisible donde los vivos podían comunicarse con los resucitados. Viniendo de su templo de la orilla este, la estatua del dios Amón atravesaba el Nilo para alcanzar la «tierra de la vida», a bordo de su gran barca ritual. Aun oculto a la vista de los hombres, el dios manifestaba su presencia. El camino terrestre de la barca, remolcada por sacerdotes puros, estaba cubierto de flores.

Con ocasión de la iluminación de la necrópolis, se presentaba un ramillete llamado «Vida», se hacían ofrendas a los muertos convertidos en justos y el agua del rejuvenecimiento a las divinidades. Los vivos presentes en la tierra participaban de un gran banquete en compañía de los vivos en los paraísos celestes. Los cánticos se elevaban hasta las estrellas, suprimiendo la frontera entre lo perecedero y lo imperecedero. Presentes por sus estatuas, los convertidos en justos transformaban las tumbas en «moradas de gran regocijo».

En el interior de los santuarios, cerrados a la población, se celebraban ritos secretos. Sacerdotes que se cubrían con máscaras del halcón Horus y del ibis Tot vertían aguardiente sobre las estatuas divinas, que así se regeneraban. Elevando el símbolo del cielo, el faraón unía su espíritu al de las potencias creadoras.

Deir el-Bahari era la última etapa de la Bella Fiesta del Valle. Sólo el rey podía caminar hasta el último santuario donde se realizaban los grandes misterios de Osiris, proclamando el triunfo de una vida transfigurada gracias a la veracidad de la voz.

Una vez que se apagaban las antorchas en leche, se terminaban las ceremonias. Y Mentuhotep II volvía a sus deberes temporales, consciente de que el gobierno de Egipto no se

reducía a una simple gestión de los bienes materiales. Él, restaurador de la unión de las Dos Tierras, ligaba la felicidad de su pueblo al reconocimiento de los dioses.

Bibliografía

Arnold, D., *Der Tempel des Königs Mentuhotep von Deir el-Bahari*, 3 vols., Maguncia, 1974-1981.

El-Enany, K., «Le saint thébain Montouhotep-Nebhepétrê». *Bulletin de l'institut Français d'Archéologie Orientale*, 103, 2003 pp. 167-190.

Foucart, G., «Études thébaines: la Belle Fête de la Vallée», *Bulletin de l'institut Français d'Archéologie Orientale*, 24, 1924, pp. 1-209.

Habachi, L., «King Nebhepetre: His Monuments, Place in History, Deification and Unusual Representation in the Form of *Gods», Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Abteilung Kairo*, 19, 1963, pp. 16-52.

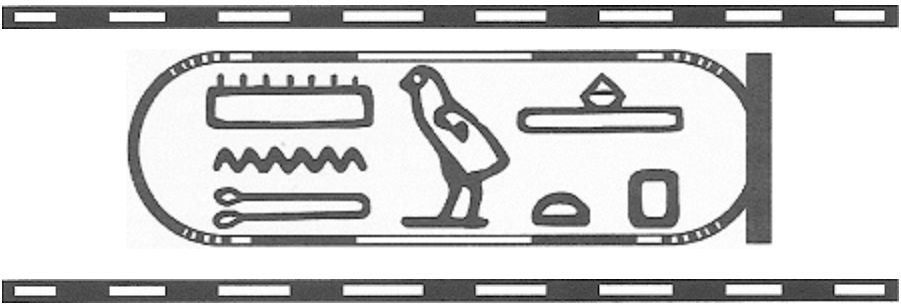
Marochetti, E. F., «The Temple in Nebhepetre Mentuhotep at Gebelein», en *Des Néferkaré aux Montouhotep*, Lyon, 2005, pp. 145-163.

Schott, *S., Das schöne Fest vom Wüstetale*, Wiesbaden, 1952.

Vandersleyen, C., *L'Égypte et la Vallée du Nil*, tomo 2, *De la fin de l'Ancien Empire à la fin du Nouvel Empire*, París, 1995, pp. 17-31.

Winkelmann, D., «Akh Isut Nebhepetre? The Mortuary Complex at Deir el-Bahari of Nebhepetre Mentuhotep», *KMT*, 12/3, 2001, pp. 36-49.

XII
SESOSTRIS III



La potencia de grandes orejas

El Imperio Medio estuvo marcado por un gran reinado, el de Sesostris III,[47] para el cual su antepasado y modelo no era otro que Mentuhotep. Su nombre parece significar «el hombre de la Poderosa»,[48] diosa compuesta por la temible leona Sejmet y por el apaciguante Hator. Se conocen más de cien estatuas de este rey, representado de mayor y provisto de grandes orejas. A pesar de ciertas efigies de Sesostris joven, nadie duda de que nació viejo, grave y plenamente consciente de la amplitud de sus inmensas responsabilidades. Portador de una potencia que debe dominar en todas las circunstancias, escucha y oye todo gracias a sus orejas, de unas dimensiones notables. Encarnación ideal del sabio, este faraón no descuida nada y se preocupa, día y noche, de la felicidad de su pueblo. Por eso la fatiga ha dema-

crado su rostro, sin que emita la más mínima protesta. En él, el rey ha devorado al hombre, y sólo cuenta la función.

El reino de Sesostris representó un giro en la administración del país y en la gestión de las finanzas públicas. Aleccionado por la crisis que había caracterizado el fin del Imperio Antiguo, el faraón suprimió los privilegios abusivos de los que gozaban algunas grandes familias. A partir de entonces, los cargos de los dirigentes no se transmitirían sistemáticamente de padres a hijos; y los jefes de provincia, por muy poderosos que fuesen, hubieron de obedecer y respetar las directrices políticas y económicas del poder central. Severo y tajante, Sesostris supo mostrarse suficientemente diplomático como para evitar conflictos que podrían haber conducido a revueltas locales. Por el contrario, su autoridad fue reconocida plenamente, y aceptadas las instituciones.

¿Por qué los dioses y los antepasados se alegraron de la actitud del rey? Porque aumentó las ofrendas. Haciendo revivir a los egipcios, apartando el mal de su pueblo, le ha permitido criar pacíficamente a sus hijos y enterrar dignamente a sus muertos. Gracias a él, todos pueden dormir tranquilos, pues el corazón del rey garantizaba la tranquilidad de todos sus súbditos.

Canal que regula el curso del Nilo, fresca sala que permite a cualquier persona reposar durante la estación cálida, habitación seca y caliente en la estación fría, muralla indestructible, montaña que rechaza la tormenta y la tempestad, Sesostris ofrece un refugio perfecto.

Tirando con el arco como le ha enseñado la poderosa diosa leona Sejmet, el faraón supo hacer frente a sus enemigos con el in de proteger a su país de toda agresión.

Asimismo, se enfrentó a los nubios, a los que trató con extremada dureza. «Yo soy un rey que habla y actúa en consecuencia —afirma una estela fechada en el año 16—. Lo que mi corazón concibe, mi brazo lo realiza. En mi corazón, una decisión no se adormece. Aun cuando escucho las súplicas y me apoyo en la suavidad, no mostraré ninguna indulgencia hacia el agresor. A quien me ataca, yo lo combato. No hacerlo es reforzar al adversario».

Sesostris impuso su mano férrea a Nubia y la convirtió en un protectorado estrechamente controlado. Y este rigor no le acarreó ningún odio, ¡al contrario! Calificados de «miserables de corazón destrozado», los nubios lo elevaron al rango de un verdadero dios. Le consagraron templos y capillas, y los bajorrelieves nos lo muestran dando vida a sus sucesores del Imperio Nuevo, que se proclaman «amados por Sesostris III». Tutmosis III, en particular, utilizará la red de fortalezas de Sesostris, edificios que tienen una triple función: militar, económica y sagrada. Incluían capillas dedicadas a los dioses y al monarca, servían como centros económicos y garantizaban la seguridad de las poblaciones locales y del propio Egipto. Mil años después de su muerte, Sesostris III el Pacificador todavía era venerado en Nubia. Y el faraón negro Taharqa le dedicó un altar a este lejano antepasado llegado del norte.

Repleta de actividades, nació la leyenda de Sesostris,[49] conquistador de Arabia, Libia y luego de la tierra entera. Gran constructor, legislador sin par, excelente administrador de un país rico y próspero, era un nuevo Osiris, el monarca de la edad de oro.

En Medamud, cerca de Tebas, Sesostris III edificó un templo de regeneración en un lugar donde se hallaba un muy

antiguo santuario de Osiris, dentro de un bosquecillo. Dos cerrillos de forma ovoidal correspondían a fases de la resurrección, recordando la emergencia de la colina primordial fuera de] océano de energía. «Los cerrillos de Osiris» que se conocen gracias a los *Textos de las Pirámides*, marcan las etapas de los grandes misterios cuyo conocimiento permitía acceder a una vida eterna.

En Dahshur, donde surgían dos pirámides gigantes construidas por el «buen rey» Snefru, Sesostris III hizo erigir la suya, que medía tan sólo 63 metros. Al norte del lugar, estaba el santuario terminal de un vasto complejo sagrado que acogía a la familia real y a los principales dignatarios. De este modo, como en el Imperio Antiguo, la corte quedaba reconstituida en el más allá.

Khaemwaset, hijo de Ramsés II, tenía a esta pirámide en tan alta estima que la hizo restaurar. Pasillos y salas subterráneas formaban un recorrido complejo que desembocaba en un soberbio sarcófago de granito rojo que, como muchos otros, no fue utilizado nunca para recibir a la momia real. Se trataba de un recorrido iniciático, ahora inaccesible, por desgracia, reservado al alma. La momia de Sesostris III aún no ha sido hallada, y podemos preguntarnos si no habrá sido disimulada cuidadosamente en Dahshur o en Abydos, el otro lugar importante del reino.

Del Imperio Medio data el desarrollo principal de esta ciudad sagrada consagrada al culto de Osiris. Sesostris III le prestó una atención muy particular, y uno de sus enviados, Ikernofret, fue encargado de hacer construir una nueva barca divina y varios objetos indispensables para la celebración del ritual de los misterios. Su parte pública mostraba el enfrentamiento entre los seguidores de Osiris y los adeptos de

Set, asesino de su hermano, finalmente vencido e incapaz de impedir la resurrección del dios asesinado. Su parte secreta recordaba la reconstitución, por parte de Isis, del cuerpo de su esposo, Osiris, cuyos pedazos habían sido dispersados por las provincias de Egipto. Transformada en halcón hembra, la gran maga conseguía hacer renacer la vida de una momia aparentemente inerte y dar a luz a un hijo, Horus, encargado de cuidar de su padre y de derrotar a Set. Recompuesto tras un largo y complejo ritual, el cuerpo osiriano servía de receptáculo a la luz regeneradora.

Iniciado en estos misterios, Sesostris III se hizo excavar una vasta tumba en Abydos, de 170 metros de longitud y llena de dispositivos arquitectónicas absolutamente sorprendentes, como pasadizos disimulados en los techos y una cámara funeraria secreta. Allí no hay sarcófago visible, pues estaba oculto en ¡el interior de un muro! De nuevo, un recorrido iniciático osiriano, análogo al de Dahshur, y también éste inaccesible a los visitantes.

Los dos conjuntos subterráneos de Sesostris III, cuyo significado concreto todavía no se ha establecido, permanecen en el silencio y en el secreto, como si el poder del rey de rostro severo se le negase al mundo profano. Dado que la egiptología ha comenzado a reconocer el papel fundamental de este faraón y la importancia de su reinado, podemos esperar fructíferos descubrimientos.

Bibliografía

Arnold, D., *The Pyramid Complex of Senwosret III at Dashur*, Nueva York, 2004.

—y A. Oppenheim, «Reexcavating the Senwosret III Pyramid Complex at Dashur», *KMT* 6/2, 1995, pp. 44-56.

Délia, R., «Khakaure Senwosret III, King and Man», *KMT* 6/2, 1995, pp. 19-33.

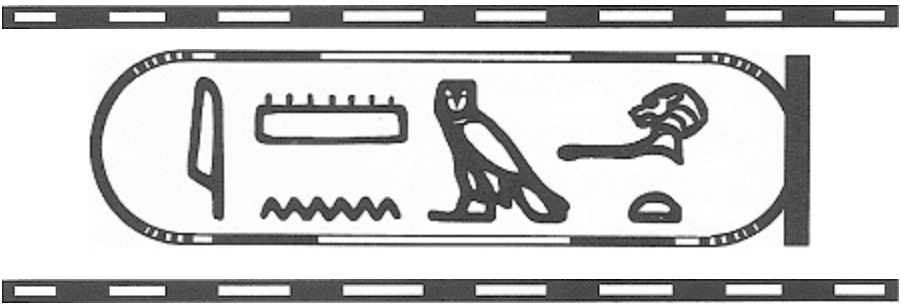
El-Enany, K., «Le "dieu" nubien Sesostris III», *Bulletin de l'institut Français d'Archéologie Orientale* 104, 2004, pp. 207-213.

Schäfer, H., *Die Mysterien des Osiris in Abydos unter König Sesostris III*, 1964, Hildesheim.

Tallet, P., *Sésostris III et la fin de la XII^e dynastie*, París, 2005.

Wegner, J., «Old and New Excavations at the Abydenian Complex of Senwosret III», *KMT* 6/12, 1995, pp. 59-71.

XIII
AMENEMHAT III



El paraíso y el laberinto

No se sabe sabe si Amenemhat III, sucesor de Sesostris III, fue su hijo o corregente. Colocándose bajo la protección del dios Amón,[50] el nuevo monarca tuvo un largo reinado,[51] tan pacífico como el anterior y lleno de realizaciones notables. Se conocen muchas estatuas de este rey, a veces joven, a veces viejo, con parecido a Sesostris III. Algunos «retratos» de Amenemhat III son sorprendentes: una esfinge, con el rostro rodeado de unas abundantes crines de fiera; un genio de la fecundidad, con una larga peluca y que presenta una bandeja de ofrendas sobre la que hay un loto, dos peces y patos;[52] y, por primera vez, el monarca vestido con una piel de pantera y actuando como gran sacerdote al servicio de los dioses.

Según un texto de *Sabiduría,*[53] se recomendaba a los súbditos de Amenemhat III que fraternizasen con el rey en su

corazón y que lo hiciesen vivir en lo más profundo de ellos mismos. El faraón es *sia* la intuición creadora, y sus ojos ven en el interior de todos los seres. Identificado con Ra, la luz divina, ilumina las Dos Tierras y las hace verdecer más que una gran inundación. El faraón es la fuerza vital, la buena suerte, la abundancia. Se identifica con Jnum, el alfarero que da forma a los vivos en su torno; con la diosa-gata Bastet, soberana de la suavidad; y a la terrorífica leona Sejmet, que se encarga de abatir al rebelde para el cual no habrá tumba.

En el lugar de Dahshur, un kilómetro al este de la pirámide de doble pendiente de Snefru, Amenemhat hizo edificar su propia pirámide, de 75 metros de altura. En el interior se halla una masa de ladrillos y, siguiendo el ejemplo de Sesostris III, un sistema subterráneo complejo que conduce a un sarcófago de granito rosa, símbolo de la barca que lleva el alma del faraón hacia las estrellas.

Es otro lugar, el Fayum, a 80 kilómetros al sudoeste de El Cairo, lo que hizo popular a Amenemhat III y le confirió la estatura de un sabio. Allí se encontraba un lago salado de tales dimensiones que lo llamaban *Pa-yom* (de donde proviene Fayum), «el mar». En el Imperio Medio los soberanos decidieron transformar estos lugares, alimentados por un brazo del Nilo,[54] en una especie de paraíso terrestre donde se dedicaban, según el título del poema, a los «Placeres de la caza y de la pesca». Amenemhat III cuidó muy particularmente el desarrollo de esta región, convertida en símbolo de la abundancia y de la fertilidad otorgadas por los dioses. Al multiplicar los sistemas de regadío, el faraón acrecentó la prosperidad de la provincia, que ofrecía un gran contraste con las zonas desérticas.

Benefactor del Fayum, Amenemhat III fue venerado en esta localidad hasta la época grecorromana, asociado al mismo tiempo al dios local, el cocodrilo Sobek, que podía hacer surgir el sol del fondo de las aguas, y a la corneja, pues este rey podía comprender la lengua de las aves.[55]

En Bihamu, en la orilla sur del lago, el monarca había creado una obra sorprendente, dos colosos de cuarcita que lo representaban sentado en el trono, rodeados de un recinto.[56]

Incluido el pedestal, estas estatuas se elevaban a unos 20 metros y contemplaban las aguas fecundas y regeneradoras. Por desgracia hoy no queda nada de todo esto, pero podemos imaginar dos gigantescos aspectos del *ka* real, encargados de proteger y sacralizar el lugar.

Amenemhat III edificó un templo dedicado a Sobek, el dios cocodrilo, en la capital del Fayum, Shedyt, y otro en Medina Maadi, lugar de una fabulosa belleza donde yo he vivido algunas de mis mejores horas de egiptólogo. Antaño, el santuario era el centro de una ciudad próspera. Por otro lado, se ve una masa impresionante de trozos de alfarería, lo que indica una prolongada ocupación humana. Goza de un buen estado de conservación, fuera de los circuitos turísticos; el templo domina hoy el desierto, en medio de un silencio habitado por el dios Sobek, fecundador de las aguas, y la diosa Renenutet, protectora de las cosechas. Asociadas, ambas divinidades inician al rey en los secretos de la creación.

En el paraíso del Fayum, Amenemhat III añadió otra obra maestra: el famoso laberinto. ¿De qué se trata? De un inmenso conjunto arquitectónico edificado en Hawara, en el límite del Fayum, inspirado en el Imperio Antiguo. Un vasto templo del valle, compuesto por múltiples patios y capillas (el laberinto), una calzada que sube hasta el templo alto y

una pirámide de unos 60 metros, que incluye una cámara de resurrección en la que se hallaban los dos sarcófagos, uno para el cuerpo mortal del rey y el otro para su ser inmortal.

Parece ser que Amenemhat quiso recrear los monumentos de Saqqara concebidos por Zóser e Imhotep. Este «laberinto» no era una trampa, sino una sucesión de santuarios destinados a regenerar el alma real y a celebrar una fiesta sin fin en compañía de los dioses. Pasajes en zigzag, cámaras en esclusa, corredores misteriosos, cámaras secretas convertían a este templo en un edificio mágico que asombró a numerosos visitantes de la Antigüedad antes de su total destrucción por los árabes.

Amenemhat III ya no es más que una sombra. Con todo, nos recuerda que el Imperio Medio, cuyos vestigios arquitectónicos son más bien escasos, fue una época feliz en la que los faraones, llenos de un ideal de sabiduría, dieron pruebas de un notable impulso creador.

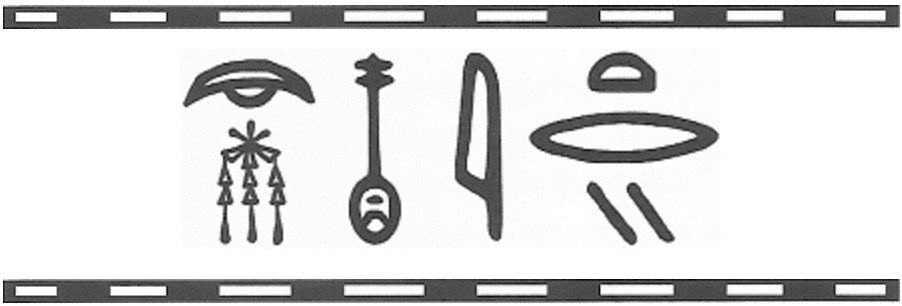
Bibliografía

Freed, R., «Un autre regard sur la sculpture d'Amenemhat III», *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*, 151, 2001, pp. 11-34.

Leprohon, R. J., *The Reign of Amenemhat III*, Toronto, 1980.

Riad, H., «Le culte d'Amenemhat III au Fayoum à l'époque *ptolémaïque», Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 55, 1958, pp. 203-206.

XIV
AHMOSE-NEFERTARI



Reina alquímica y fundadora de cofradía

En 1881 se produjo uno de los más notables descubrimientos de la arqueología egipcia. ¿Arqueología? ¡Más bien novela policiaca! Tras una notable investigación, el francés François Maspero pudo hallar un escondite que comprendía un número impresionante de sarcófagos que contenían las momias de ilustres faraones, de reinas y de grandes dignatarios.

Entre estos difuntos que volvían a la vida se hallaba una mujer excepcional: Ahmose-Nefertari. Sólo su sarcófago subrayaba ya su importancia: ¡3,17 metros de altura! Pintado de amarillo con puntos azules, evocaba el oro de los dioses y el lapislázuli de la bóveda celeste; esta obra maestra mostraba a la reina con los brazos cruzados sobre el pecho, sosteniendo dos signos *anj*, la clave de la vida. Contenía el cuerpo

de una mujer de edad, de aproximadamente 1,60 metros, de piel blanca.

Henos aquí en presencia de una de las reinas más notables del Antiguo Egipto, cuya actuación fue determinante para la restauración de una civilización que acababa de zafarse de la aniquilación.

Los Mentuhotep, los Sesostris y los Amenhotep habían creado de nuevo un Estado faraónico digno del Imperio Antiguo. En todos los campos, de la arquitectura a la literatura, el Imperio Medio file una segunda edad de oro.

Y luego llegó el horror: la invasión de los hicsos, «los jefes de los países extranjeros», arrastrando varias poblaciones decididas a apoderarse de las riquezas de Egipto. El Delta y una parte del Egipto Medio fueron ocupados durante unos dos siglos[57] y colocados bajo la dominación de los bárbaros provenientes del norte. Pero una ciudad sigue siendo independiente: Tebas. Desde aquí se inicia el movimiento de resistencia, bajo el impulso de la reina Ahotep,[58] que llevó a la liberación del país durante el reinado de su hijo Amosis, fundador de una nueva era que los egiptólogos llamaron «Imperio Nuevo».

Su esposa, Ahmose-Nefertari, tuvo una larga vida y conoció los últimos tiempos de la ocupación, la guerra de liberación y el renacimiento. Regente del reino durante la juventud de su hijo, Amenhotep I,[59] no murió hasta el comienzo del reinado de Tutmosis I,[60] ya muy anciana, tras haber asistido a su coronación.

«Madre del rey», «gran esposa real», disponiendo del poder durante varios años, Ahmose-Nefertari concilio la acción con la sabiduría. Su nombre significa «nacida del dios Luna,

la más bella de las mujeres». La luna —palabra masculina en egipcio— es un temible dios guerrero y uno de los símbolos de Osiris. Si observamos, vemos que a veces hay una hoz, otras una barca, y otras el desarrollo de los misterios de la muerte aparente y de la resurrección.

La carrera de Ahmose-Nefertari fue sorprendente. Le fue atribuido el título de «segundo servidor del dios Amón», que generalmente se reservaba a un hombre; pero, según una estela cuyos fragmentos se hallaron en el tercer pilono de Karnak, renunció a este cargo para crear una nueva institución, la de «esposa divina de Amón». ¿Qué es lo que ella exige? Tierras, personal, rituales, un templo, viviendas, metales valiosos, entregas regulares de alimentos, vestidos y ungüentos. Tocada con una diadema, con un vestido largo ceñido, la esposa del dios dispone de una «morada» y se integra en el universo de las divinidades como hija de Amón, el dios oculto, y de Ra, la luz divina.

Haciéndose constructora, crea un templo de regeneración llamado «estable de lugares»,[61] un tipo de edificio reservado habitualmente a los faraones.

¿Cuál era su finalidad? Conservar la energía divina y mantener su difusión en la tierra. Este acto mágico implicaba la celebración de los rituales, en especial el de Amenhotep I, probablemente obra de Ahmose-Nefertari misma. Fue en la necrópolis tebana donde esta reina accedió a la inmortalidad. Era considerada la protectora y santa patrona de esta necrópolis, porque ella animó al rey Tutmosis I a que constituyese la cofradía encargada de construir y decorar las moradas de eternidad del rey y de los grandes dignatarios. Estos artesanos geniales, establecidos en Deir el-Medina, darán forma a las fabulosas obras maestras del Valle de los Reyes, y cele-

brarán durante tres siglos y medio un culto a su fundadora. Presente en unas cincuenta tumbas, a Ahmose-Nefertari se le dedicaron también estelas, estatuillas, escarabajos y varios objetos rituales, como sistros, que mantuvieron su nombre vivo.

Una fiesta tebana celebraba su memoria, y podía verse su estatua, bogando en una barca arrastrada por un trineo, recorrer el espacio sagrado de la necrópolis, que de este modo la reina seguía protegiendo.

En varios casos, Ahmose-Nefertari aparece como una reina negra. Aunque su momia era la de una mujer blanca. Podemos constatar, así, la primacía de lo simbólico en el corazón del universo egipcio y la necesidad de tenerlo en cuenta por encima de cualquier otra perspectiva. Ahmose-Nefertari es un Anubis femenino, cuyo color negro no es el de la muerte ni el del duelo, sino el de la regeneración por los caminos del más allá. Algunas estatuas de la reina son de madera embetunada, es decir, de color negro, y diversas pinturas muestran su piel negra porque ella puede conducir a los iniciados más allá de la apariencia, enseñándoles el proceso alquímico que implica descomposición, purificación y transmutación. El color negro simboliza un medio fértil, rico de potencialidades creadoras, del que puede nacer una nueva vida.

Ahmose-Nefertari prefigura a las vírgenes negras, presentes en cierto número de catedrales y de iglesias de la Edad Media. No hay referencia a una raza, sino evocación simbólica de «la Gran Madre», de la Isis que da nacimiento a un ser de luz, Horus, el salvador que puede restablecer la armonía en la tierra. El niño-dios que llevan las vírgenes negras será su lejano descendiente.

Al comienzo del reinado de Tutmosis I, Ahmose-Nefertari «voló hacia el cielo», tras una larga existencia marcada por una inmensa felicidad: la liberación de su país y el renacimiento al mismo tiempo político, social y artístico, al que contribuyó de manera decisiva. La institución de la esposa del dios le sobrevivirá varios siglos, y el impulso dado a la cofradía de Deir el-Medina acabará teniendo una fabulosa herencia de obras maestras. Digna émula de la reina Ahotep, la Juana de Arco egipcia, Ahmose-Nefertari no tuvo que hacer la guerra, sino que construyó, en compañía de su esposo y de su hijo, una paz luminosa, fuente del esplendor del Imperio Nuevo.

Bibliografía

Andreu, G., *La statuette d'Ahmès-Néfertari*, París, 1997.

Cerny. J., «Le culte d'Aménophis I chez les ouvriers de la nécropole thébaine», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale*, 27, 1927, pp. 159-203.

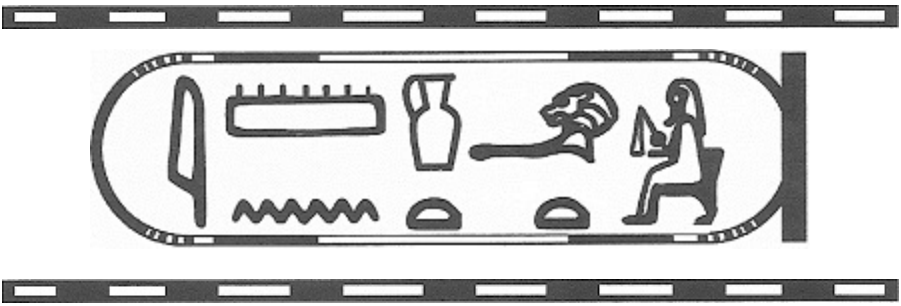
Forbes, D., «Women of the House of Tao», *KMT* 14/3, 2003, pp. 54-65.

Gitton, M., *L'Épouse du dieu, Ahmès-Nefertary*, Paris, 1975.

—, *Les divines Épouses*, Paris, 1984.

Trapani.M., «Une nouvelle enquête sur la stèle d'Ahmès-Nefertari», *Zeitschrift für Ägyptische Sprache*, 129, 2002, pp. 152-165.

XV
HATSHEPSUT



Reina, faraón y sierva del dios oculto

Hatshepsut, una de las estrellas de la historia faraónica, ha suscitado buen número de fantasmas, incluso debidos a la ploma de egiptólogos pretendidamente serios. Cuando contemplamos sus estatuas, constatamos que su belleza no desmerece en nada la de la célebre Nefertiti; Hatshepsut continúa ejerciendo una verdadera fascinación que, como vamos a ver, no se debe a notables hechos históricos sino a la práctica de una sabiduría y de una espiritualidad transmitidas en particular en Deir el-Bahari, en la orilla oeste de Tebas, donde hizo construir un templo que no se parece a ningún otro.

Parece ser que el padre de Hatshepsut fue el faraón Tutmosis I,[62] responsable del primer desarrollo notable del templo de Karnak. Su hija se casó con Tutmosis II,[63] cuyo reino se conoce mal, del que enviudó. El sucesor designado, Tut-

mosis III, era demasiado joven para gobernar. Según la costumbre, la reina Hatshepsut asumió la regencia de las Dos Tierras, cubriendo al mismo tiempo las funciones temporales y espirituales.[64]

El país está tranquilo, sus fronteras están bien fijadas y defendidas, la autoridad de Hatshepsut se acepta bien. Como gran esposa real, se hace construir una tumba sorprendente en el lado oeste de Tebas, en el fondo de un uadi de los acantilados de occidente. Fue explorada por el descubridor de la tumba de Tutankamón, Howard Cárter. Situada a una altura de 28 metros, la entrada a esta morada de eternidad encara el sol poniente. Permite el acceso a un largo corredor que desemboca en una cámara funeraria donde se hallaba un espléndido sarcófago de cuarcita, conservado en el museo de El Cairo. Bajo la tapa hay grabada una representación de Nut, la diosa-cielo. Uniéndose a Hatshepsut, le permitía triunfar sobre la muerte y hacerse con un lugar entre las estrellas imperecederas.

Lógicamente, la regente debería haber restituido el poder a Tutmosis III, una vez que éste hubiera sido reconocido apto para gobernar. Pero en el año II del joven rey se produjo un acontecimiento excepcional, un «milagro» que no encajaba en lo «racionalmente aceptable» para la historia clásica. El dios Amón pronunció un oráculo en el gran patio del templo de Luxor y prometió a la regente Hatshepsut que sería faraón.

Se piensa en un complot y, naturalmente, en la eliminación rápida de Tutmosis III. ¡Pero no hay nada de eso! Tuvieron que pasar cinco años para que la decisión divina se hiciera efectiva y para que Hatshepsut fuera coronada, sin in-

terrumpir el desarrollo del reino de Tutmosis III y sin que se produjera el menor disturbio.

Los bajorrelieves del templo de Deir el-Bahari enumeran los episodios del nacimiento real de Hatshepsut. Encarnándose en la persona del faraón Tutmosis I, Amón-Ra, rey de los dioses, ilumina con su amor a la gran esposa real Ahmose. «Hatshepsut será el nombre de la hija que yo he colocado en tu cuerpo —revela—. Ella ejercerá la función de faraón, influyente y benefactora» Jnum, el alfarero divino con cabeza de carnero, compone juntamente al individuo mortal y a su poder creador inmortal, el *ka*. Ambos poseen sexo masculino y, desde este momento, Hatshepsut es a la vez mujer y hombre, formando, por sí sola, la pareja real, por lo que no tenía necesidad de casarse con un príncipe.[65] El pórtico del nacimiento real del templo de Deir el-Bahari ofrece un verdadero tratado de simbolismo sobre la creación de un faraón y desvela antiguas enseñanzas, hasta ese momento más o menos veladas. Es la Enéada, el consejo de las nueve potencias que formaban la vida del universo y que residían en Heliópolis, la antigua ciudad sagrada, la que decidió elevar a Hatshepsut a la función suprema. Asimismo, recibió la capacidad de pensar acertadamente, de difundir el amor divino y de aparecer en el trono de los vivos, semejante a la luz divina. La verdadera madre del nuevo faraón es Hator, la vaca celeste que la alimentó con la leche de las estrellas; y su verdadero padre es Amón-Ra, que presenta a su hija a las divinidades, al tiempo que les recomienda: «Amadla, tened confianza en ella».

Pero hay que darle sus nombres, es decir, su programa de gobierno. Se conserva Hatshepsut, «la primera de las venerables», que la une a los antepasados; y se le añade Maat-ka-

Ra, «la potencia creadora de la Regla (Maat) es la luz divina», su nombre de rey del Alto y Bajo Egipto.[66]

Comienza ahora un reinado de unos quince años,[67] feliz y pacífico. El faraón Hatshepsut asocia al faraón Tutmosis III a varios actos oficiales.

¡Y nos vemos obligados, a pesar de los amantes de complots, a reconocer esta situación excepcional y no conflictiva! Los textos subrayan la dimensión extraordinaria de esta mujer faraón:

> Mirarla era más bello que cualquier otra cosa. Su forma era la de un dios, lo hacía todo como un dios, su brillo era el de un dios. Hatshepsut —afirma el constructor Ineni— llevaba los asuntos de Egipto según sus propios planes. El país trabajó inclinando la cabeza ante ella, la perfecta expresión divina nacida de Dios. Ella era el cable que sirve para arrastrar el norte, el poste al que se amarra el sur; ella era el guardián perfecto del timón, la soberana que da las órdenes, aquella cuyos planes excelentes pacifican las Dos Tierras cuando ella habla.

Fue la primera en llevar el título de Raet, el dios Ra femenino.[68] Hatshepsut fue una «mujer de oro», «una mujer perfecta con rostro de oro», encarnación del «padre de los padres» y de la «madre de las madres». Gracias a ella, el país vivió efectivamente en paz y todas las ciudades gozaron de tranquilidad.

Es difícil, hoy, imaginar la intensidad de la influencia espiritual de esta mujer faraón que consiguió subyugar a Tutmosis III, ¡pese a la muy fuerte personalidad de éste!

Su corazón, nutrido de *sia*, la intuición creadora, Hatshepsut no era el juguete de una facción política. Como revela el texto de uno de sus obeliscos, había sido iniciada en los «misterios del primer día» del dios Amón y en su poder efectivo y benéfico.[69]

Por lo que podía afirmar: «He magnificado la Regla [Maat] que Dios ama, pues sé que la vive. Y es también mi pan, y yo bebo su rocío, siendo un solo cuerpo con él».[70]

Un verdadero faraón, estaremos de acuerdo en ello, es en primer lugar un constructor que debe ofrecer a los dioses sus moradas terrestres para que el nexo entre el más allá y este mundo no se rompa. ¡Con Hatshepsut no nos sentimos decepcionados! En un lapso de tiempo relativamente breve, crea varias obras maestras, parcialmente conservadas.

¿Dónde construye? Sobre todo en Tebas, su capital, pero también en Elefantina, en Kom Ombo, en El-Kab, en Cusae o en Hermópolis, la ciudad del dios Tot. Una importancia particular ha de atribuirse al santuario de la diosa-leona Pajet, el Speos Artemidos, cerca de Beni Hasán, en el Medio Egipto.

Lugar extraño e inquietante: desconfiando de las potencias peligrosas que rondan en esos parajes, los ocupantes hicsos habían arrasado la capilla rupestre. Indiferente a nuestras mediocres preocupaciones cronológicas y a nuestro interés por la datación, Hatshepsut afirmó haber expulsado ella misma a los bárbaros y haber restaurado el esplendor salvaje del lugar. La leona Pajet, que erraba por el valle, hacia el oriente, llama al faraón; destruidos por la lluvia, los caminos estaban cortados, y la ausencia de sacerdotes impedía la celebración de los ritos. Con un desorden tal se corría el riesgo de que todo el país se deteriorase y de que se sucediesen las malas crecidas, debido a la esterilidad creciente di-

fundida por el fuego de la leona furiosa. Reconstruyendo el santuario, Hatshepsut la tranquilizó y transformó su violencia en fuerza constructiva. «Yo he hecho prosperar la Tradición —observa—, mi corazón-conciencia se preocupa del porvenir».

La lluvia cesó, el sol volvió a brillar, la crecida hizo de nuevo fértiles las orillas del Nilo y la leona ejerció su vigilancia apartando a los profanos de su santuario. La circulación de las «ofrendas» se recuperó, pues Hatshepsut había glorificado a Maat.

Pero fue en Tebas, la ciudad del Amo del Universo y el país de luz por encima de la tierra, donde Hatshepsut desarrolló un fabuloso programa arquitectónico, con la ayuda de dos altos dignatarios: Hapuseneb, gran sacerdote de Amón y visir iniciado en los misterios de la Enéada, y Senenmut, gran intendente de Amón.[71]

Los proyectos de Hatshepsut eran de envergadura: remodelar el corazón del templo de Karnak y crear un nuevo templo en la orilla occidental.

En Karnak hizo edificar un «palacio de Maat»,[72] la gran morada de la diosa de la rectitud, donde se cumple la iniciación real. En presencia de la Enéada, Hatshepsut es purificada por Horas y Tot. Allí se construyó la admirable «capilla roja», llamada así debido al color de los bloques de granito, y cuya verdadera denominación era «el lugar del corazón de Amón». Depósito de la barca divina, este monumento, rodeado por un jardín, fue cuidadosamente desmantelado. En perfecto estado de conservación, los bloques que se han hallado fueron expuestos durante mucho tiempo en el museo al aire libre de Karnak, cuya capilla ha sido levantada de nuevo recientemente.

Toda una obra ha sido necesaria[73] para estudiar este soberbio libro de piedra que nos ofrece la enseñanza ritual de la esposa divina y faraón Hatshepsut. La vemos prestando juramento respecto a que cumplirá sus funciones sagradas, hacerse coronar, efectuar la «subida real» hacia el santuario, comunicarse con los dioses, presentar las ofrendas de todo Egipto al dios oculto, celebrar la Bella Fiesta del Valle, durante la cual los vivos y los muertos participaban juntos en un banquete, dirigían las ceremonias de la fiesta de Opet, diosa-hipopótamo símbolo de la fecundidad espiritual, y hacían quemar las potencias maléficas en los braseros. Y para aquél que dude del poder de una mujer faraón, puede meditar sobre este texto: «Yo soy un rey que hace eficaces las leyes, juzga las acciones, castiga a quien transgrede su condición. Yo soy un toro salvaje de cuernos puntiagudos que viene del cielo, un halcón que planea sobre las comarcas, un chacal de pasos rápidos que realiza la vuelta a la tierra en un instante».

Esta capilla no fue el único monumento del nuevo centro mágico y espiritual de Karnak en el que Hatshepsut quería «hacer surgir una montaña de oro». Por orden de su divino padre Amón, ésta tomó la forma de varios obeliscos.[74]

Empresa difícil, que necesitaba una mano de obra altamente cualificada de tallistas de piedra de primera clase y barcos especialmente concebidos, de 90 metros de longitud, para transportar, desde Elefantina, a la frontera sur del país, monolitos de más de trescientas toneladas. Sin importarle la distancia, en efecto, Hatshepsut exigía el granito rosa de Asuán, magnífico material de eternidad.

Senenmut se mostró a la altura de la tarea, y su acción fue inmortalizada en los bajorrelieves del templo de Deir el-

Bahari. Al llegar los obeliscos, al final de un viaje delicado, hubo una fiesta en el cielo, y todo Egipto se alegró al verlos. Al son de trompetas y de tamboriles, los tebanos aclamaron a su soberana.

Tan característico de la arquitectura egipcia, el obelisco simboliza el primer rayo de luz de la creación, en el origen de todas las cosas. Al disipar las ondas negativas, atrae hacia el templo las fuerzas benéficas y garantiza la circulación de la energía.

Al hacer recubrir las puntas de los obeliscos de electro, mezcla de oro y plata, Hatshepsut iluminaba la morada terrenal de las divinidades. Cuando el disco solar se elevaba entre ellos, sus rayos llenaban el doble país. Expresándose unas veces en masculino, y otras en femenino, la mujer faraón hizo grabar en el granito un texto notable:

> He realizado esta obra con un corazón amante para mi padre Amón; iniciada en su secreto del origen, instruida gracias a su poder benéfico, yo no he olvidado lo que había ordenado. Mi Majestad conoce su divinidad. He actuado a sus órdenes, él es quien me guía, yo no he hecho el plan de la obra fuera de su acción, él es quien me ha orientado. No me he dormido pues yo me preocupaba de su templo, no me he apartado de lo que él me había mandado. Mi corazón era intuición ante su padre, he entrado en la intimidad de los planes de su corazón… Yo sé que Karnak es la luz sobre la tierra, la colina venerable del origen, el ojo sagrado del dueño de la totalidad.

Estamos aquí, a nuestro entender, ante la personalidad profunda de Hatshepsut. Pintarla como una ambiciosa, ávida de poder, no se corresponde en absoluto con la realidad. Ella

es fundamentalmente una Servidora[75] de Amón, el dios oculto, del que conoce, gracias a un acto de comunión propio de la función real, el supremo misterio. De acuerdo con la tradición faraónica, no se la apropia de manera mística, sino que la formula a través de los monumentos y de los textos jeroglíficos.

El genio constructor de Hatshepsut no se limita a Karnak. Concibe un «templo de los millones de años», edificado en la orilla oeste de Tebas. Adosado al acantilado coronado por la cima tebana, residencia de la diosa del silencio, este «sagrado entre los sagrados» (*dyeser dyeseru*) es una morada de Amón que acoge a su hija Hatshepsut y la asocia a su secreto. Este nombre no debe nada al azar, y la referencia a Zóser, «el sagrado», faraón de la Tercera Dinastía, recuerda la edificación de la primera pirámide de piedra por el nuestro de obra Imhotep. Siguiendo su ejemplo, Hatshepsut crea un edificio original, formado por una sucesión de terrazas a las que dan ritmo los pórticos, y que llevan al último santuario excavado en la roca.

Ante su obra, hoy, la reina se sentiría contrariada, pues faltan los jardines y los estanques que darían a Deir el-Bahari un aspecto paradisíaco. Lejos de concebir una arquitectura rígida aplastada por el sol, Hatshepsut habría querido que un cofre de verde hubiese protegido un templo escalonado, verdadera suma teológica en la que figuraban juntos los ritos que permitían celebrar el culto de los antepasados y de las divinidades mayores, el culto diario y la confirmación del poder real en el Nuevo Año.

En este lugar, recordémoslo, el faraón Mentuhotep había construido un conjunto simbólico consagrado a Osiris. Hatshepsut consideró a este sabio un modelo e integró su obra en

la de ella, orientada hacia la luz creadora, Ra. Así, Osiris, sol de la noche, y Ra, sol del día, se unían de manera monumental.

Hatshepsut guarda la rampa de acceso a las terrazas de su templo con dos leones de piedra que simbolizan ayer y mañana, la montaña de occidente y la montaña de oriente. Con los ojos abiertos perpetuamente, ambas fieras apartaban del lugar sagrado a las fuerzas de las tinieblas, a los enemigos y a los profanos. Al otro lado de este umbral, Hatshepsut podía comunicarse con las potencias divinas, en especial con Hator, dama del occidente, que habitaba en el corazón de la montaña a la que estaba adosado el templo. Por otro lado, vemos al soberano que se encuentra con la vaca, encarnación de la diosa, que lame los dedos largos y finos de su sierva. «Ojo en el ojo —está escrito—, besar el brazo, lamer las carnes divinas, llenar al faraón de vida y de poder».

Es Anubis quien conduce a Hatshepsut, vestida con el ropaje real masculino, por los bellos caminos del más allá y la presenta a Osiris, dueño del cielo. Despojada de su piel mortal,[75b] la soberana es reconocida «veraz de voz» y accede al paraíso donde su alma bogará a través de la eternidad en compañía de las estrellas.

En la terraza superior, adornada con pilares que representan a Hatshepsut y a Osiris, cumple su doble transformación en Osiris y en Ra, tras recorrer pórticos y salas que corresponden con las pruebas del camino iniciático. Así se cumple la espiritualización del ser real, conforme a las enseñanzas del tiempo de las pirámides. Prolongando la antigua sabiduría, Hatshepsut le otorga una nueva formulación, al insistir en lo esencial.

Hatshepsut hace referencia, asimismo, a un tema simbólico, conocido desde el Imperio Antiguo, el viaje al país de Punt,[76] cuya localización es objeto de innumerables debates. Los textos egipcios no se interesan por él, pues les basta saber que Punt es la tierra del dios Amón-Ra, pero una tierra lejana, una especie de paraíso perdido cuya ubicación hay que encontrar «horadando los caminos».

¿Por qué Hatshepsut, al igual que sus predecesores, debe enviar una expedición que pueda llegar a buen puerto? Porque su corazón está habitado por el deseo de magnificar a Aquél que la ha creado y de cumplir su voluntad: establecer Punt en el interior de su templo, plantar los árboles del país del dios a cada lado de su santuario, en su jardín.

La expedición toma los caminos del cielo para alcanzar el mundo de los perfumes y de las esencias sutiles. Guiados por el espíritu de Amón y la voluntad de su soberana, los marinos no podían perderse. La acogida dispensada por el pueblo de Punt fue calurosa; se levantó una estatua que representaba a Amón y a Hatshepsut, hubo banquetes, y los barcos retomaron el camino de vuelta, cargados de maderas preciosas, de gomas aromáticas, de marfiles y, sobre todo, de árboles de incienso cuyas raíces se envolvieron en telas húmedas.

A la llegada, celebrada por un gentío entusiasta, se desarrolló en el secreto de la sala de festejos del templo una escena extraordinaria. En presencia del dios Tot y de la diosa Seshat, que elaborará el inventario de los productos, Hatshepsut midió el incienso de Punt con una varilla de oro fino. Pero no se limitó a calcular, tomó un bálsamo en sus manos y lo extendió sobre sus miembros. Entonces, el cuerpo del faraón exhaló el olor mágico del rocío divino, y todo su ser se transformó en oro brillante como las estrellas.

Se trata de una de las más sorprendentes narraciones sobre una transmutación alquímica, y se comprende, al leerla, la necesidad de viajar periódicamente al país de Punt. Los faraones iban a buscar allí una especie de piedra filosofal, necesaria para realizar la última fase de la obra, la transformación en luz celeste.

Hatshepsut plantó ella misma los árboles de la tierra de dios, reconstituyendo, así, en Deir el-Bahari, el paisaje de Punt. Los árboles proporcionarían el incienso, «lo que hace ser divino», indispensable con ocasión de la celebración de los ritos y de las fiestas. Viva como la luz de Ra, Hatshepsut se asimilaba a ella.

Con ocasión de la Bella Fiesta del Valle, Deir el-Bahari acogía al dios Amón, que venía en barca desde su templo de Karnak. Hatshepsut le ofrecía ramilletes bien surtidos, encarnación de los perfumes sutiles de la creación. Luego, al terminar el día, la soberana se convertía en portadora de luz. Encendía cuatro antorchas que iluminaban estanques de leche y la barca divina que había de bogar por el lago de oro. Los iniciados asistían a esta navegación secreta y, al alba, las antorchas se apagaban en la leche.

En esta ocasión la capilla de las tumbas se transformaba en sala de banquetes. Gracias a la intervención del faraón, b frontera entre los vivos y los muertos quedaba abolida, y el Bello Occidente se convertía en sinónimo de una alegría victoriosa sobre la nada. El paso de la barca de Amón reunía las energías dispersas, permitiendo de este modo el proceso de resurrección.

De vuelta a Karnak, Hatshepsut purificaba la barca y le abría la boca para restituirle su pleno poder, antes de volver al silencio y a la paz de su santuario. Los antepasados habían

sido reanimados, y la tierra podía celebrar de nuevo su origen celeste y acoger a los dioses.

Y luego llegó la hora de su partida. ¿En qué fecha y en qué circunstancias desapareció Hatshepsut? Lo ignoramos. Incluso en lo que se refiere a los más ilustres faraones, los textos egipcios no nos cuentan este tipo de acontecimientos. En el estado actual de la documentación, parece ser que a Tutmosis III, en el año XXII de su reinado, ya no lo acompaña Hatshepsut con ocasión de las ceremonias oficiales. Ni crisis de régimen, ni revolución de palacio, ni complot, ni guerra civil. La gran reina faraón había subido al cielo, y Tutmosis III, preparado durante largo tiempo para el ejercicio del poder supremo, gobernaba las Dos Tierras.[77]

La morada de eternidad de Hatshepsut puede haber sido la primera excavada en el Valle de los Reyes,[78] presenta un plano único. Un inmenso recorrido, que adopta una forma vagamente semicircular, desemboca en una cámara funeraria. Se trata del camino más largo (213 metros) jamás trazado en la roca del Valle, y puede pensarse en un intento de espiral, comparable al que adorna la corona roja. El primer sarcófago que Hatshepsut había previsto para ella misma acogió la momia de su padre, Tutmosis I; la reina reposó en el segundo, obra maestra en gres rojo conservada en el museo de El Cairo. La tapa tiene forma de cartucho, que protege el nombre real, el elemento más importante de su ser. Y, en el secreto del «proveedor de vida», la diosa-cielo, Nut, hace renacer a Hatshepsut entre las estrellas. Los ojos de la soberana, transformada en oro, ¿no están, acaso, abiertos para toda la eternidad?

Bibliografía

Callender, G., «Problems of the Reign of Hatshepsut», *KMT*, 6-4, 1996, pp. 16-27.

—, «Hatchepsout, Femme-Pharaon», *Le Dossier d'Archéologie*, nº 187,1993.

Lacau, P. y H. Chevrier, *Une chapelle d'Hatchepsout à Karnak*, El Cairo, 1977.

Naville, E., *The Temple of Deir el-Bahari*, 4 vols., Londres, 1884-1908.

Pawlicki, F. y G. B. Johnson, «Behind the Third Portico. Polish-Egyptian Restorers-Continue Work on the Upper Terrace at Deir el-Bahari», *KMT* V/1,1994, pp. 41-49.

Pirelli, R., «Some Considerations on the Temple of Queen Hatshepsut at Deir el-Bahari», *Annali Istituto Universitario Orientale*, 54, Nápoles, 1994, pp. 455-463.

—, «Quelques aspects méconnus du règne d'Hatchepsout», *Egypte*, 17, 2000, pp. 3-56.

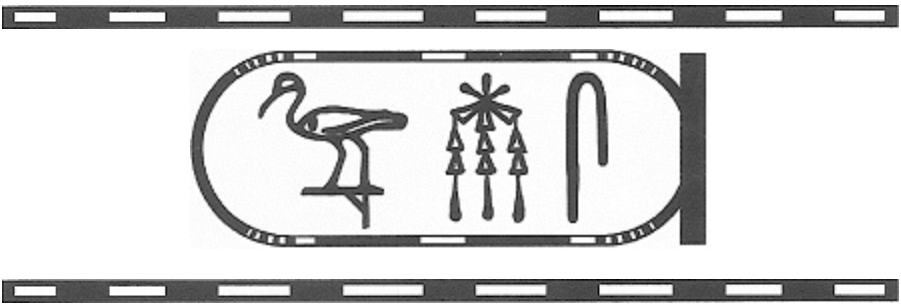
Ratié, S., *La Reine Hatshepsout, Sources et problèmes*, Leyden, 1979.

Tefnin, R., *La statuaire d'Hatshepsout. Portrait Royal et politique sous la dynastie*, Bruselas, 1979.

Tyldesleyj., *Hatshepsout, la femme pharaon*, Paris, 1997.

Werbrouck, M., *Le temple d'Hatshepsout à Deir el-Bahari*, Bruselas, 1949.

XVI
TUTMOSIS III



Luz de la obra y secreto de la cámara oculta

¡Feliz época que vio a un faraón de gran envergadura que sucedía a una notable mujer faraón! A lo largo de un reinado de aproximadamente cincuenta y cinco años,[79] Tutmosis III se impuso como uno de los grandes monarcas del Egipto antiguo. Su madre se llamaba Isis, y él le profesaba una veneración tal que está representada en su morada de eternidad del Valle de los Reyes; asimilada a la diosa, la esposa bienhechora de Osiris surge de un árbol, símbolo del más allá benéfico, y nutre a su hijo con leche celeste. Predestinado, el joven Tutmosis reinará largo tiempo junto a Hatshepsut, participando, en su compañía, en numerosas ceremonias oficiales. Al morir la soberana, asumió el poder solo y gobernó sabiamente un Egipto en el culmen de su poderío y de su riqueza. Con él, volvemos a encontrar la inspiración del Imperio Antiguo.

Tutmosis III, «el que nació de Tot», lleva también los nombres de «toro que aparece en Tebas»,[80] «sagrado de apariciones»[81] y «estable es la mutación de la luz divina».[82] Este último nombre es, por sí solo, todo un programa del que no habría renegado un iniciado taoísta. ¿Acaso la función real no consiste en hacer estable (*men*) la mutación (*jeper*) por excelencia, la de la luz? Así se hace posible la iluminación de la tierra por la potencia creadora que atraviesa los tiempos y los espacios.

Inscrito en un cartucho, este nombre se consideró portador de suerte y un talismán, utilizado hasta los últimos tiempos de la civilización faraónica. Fue reproducido en una gran cantidad de escarabajos, algunos de los cuales fueron hallados muy lejos de Egipto.

Así, gracias a algunos jeroglíficos portadores de su pensamiento, Tutmosis III era el embajador de uno de los aspectos más importantes de la espiritualidad egipcia.

La memoria colectiva conserva un rastro profundo de este faraón, hijo del dios del conocimiento y considerado «el padre de los padres». Convertido en un héroe de leyenda, al igual que Sesostris III, uno de sus modelos, se le veneraba todavía mucho tiempo después de su muerte, como lo demuestran las escenas de las tumbas de la época tolemaica.

Relacionado con las fases de la Luna, uno de los símbolos de Tot y de las etapas de la resurrección de Osiris, Tutmosis III garantizaba la fertilidad de Egipto regulando las crecidas.[83] El dios Set le había enseñado a tirar con arco y no erraba nunca el blanco, por lo que pudo dirigir cierto número de campañas militares en el pasillo sirio-palestino y quizá en Asia. Éstas se parecen más bien a operaciones de mantenimiento del orden e incluían programas de desarrollo econó-

mico y de investigaciones científicas, algunos de cuyos resultados fueron esculpidos en piedra en el jardín botánico de Karnak. Infatigable investigador, Tutmosis III se interesaba por los reinos animal y vegetal, e hizo elaborar un inventario de las especies. Las expediciones se narraron en los *Anales* que hicieron que el monarca, muy poco guerrero en realidad, recibiera el excesivo apodo de «Napoleón egipcio».

Sin duda se debe a Tutmosis III la creación iconográfica del acto más importante del ritual cotidiano, es decir, la presentación de la diosa Maat a ella misma.[84] Al ofrecer la verdad, la coherencia y la armonía, en una palabra la Regla de vida a ella misma, el faraón descartaba lo perecedero y restauraba la edad de oro. Gracias a la eficaz ayuda de un primer ministro fuera de lo común, Rejmira, «aquél que conoce la luz», la gestión del reino fue de una eficacia y de un rigor digno del tiempo de las pirámides. Imperativos principales: atenerse a Maat, la ley de los dioses, no favorecer a nadie sin caer en un exceso de rigidez, aceptar el peso y las amarguras de la función, escuchar objetivamente las palabras de cada querellante, proteger al débil ante el fuerte y hacer justicia en toda circunstancia sin preocuparse del rango social.

Sabiendo que la felicidad de las Dos Tierras dependía de ellos, Tutmosis III se mostró especialmente apegado al culto de los antepasados. En Nubia, en Karnak y en otros lugares, hizo representar sus actos de veneración hacia aquéllos.[85] Por medio de la ofrenda garantizaba el nexo entre la realeza del eterno Oriente y la ejercida en la Tierra, entre el más allá de los «veraces de voz» y el mundo de aquí debajo de los seres que buscan conocimiento. Sólo los antepasados dan vida, coherencia y estabilidad a una sociedad humana. Su denominación simbólica, «los que están delante», prueba que no

pertenecen al pasado sino que, por el contrario, abren el camino.

Interesado por el conjunto de las ciencias, Tutmosis III se ocupaba también del bienestar de sus contemporáneos. Tras haber descubierto un importante tratado de medicina del tiempo de sus antepasados, y preocupado por la condición de las gentes modestas, promulgó un importante decreto referente a la salud pública. Al insistir en la higiene, clave del buen estado físico de la comunidad y del individuo, hizo accesibles los cuidados a los más pobres.[86]

En el campo de la arquitectura, la obra de Tutmosis III como constructor es impresionante.[87] En el corazón de Nubia, en Dyebel Barkal, se produjo un milagro. Con ocasión de la aparición de una estrella en el cielo, el rey mago Tutmosis III supo que su padre celeste le pedía edificar en este lugar un templo a su gloria. Los restos permiten imaginar un vasto santuario en el que el poder de Amón-Ra continúa siendo perceptible.

En Deir el-Bahari, en la orilla oeste de Tebas, el rey no destruyó la obra de Hatshepsut sino que, por el contrario, la completó edificando su propio santuario[88] entre la terraza superior del templo de la mujer faraón y el de Mentuhotep, antepasado venerado.

En Karnak hay varias obras maestras, algunas, por desgracia, desmanteladas o deterioradas: la Sala de los Anales, la Cámara de los Antepasados, el jardín botánico, el Castillo del Oro y el templo de iniciación llamado Aj-menu (que significa «momento brillante»). El jardín botánico[89] es un conjunto de capillas próximas al *Aj-menu*. Plantas, aves y animales están representados; también los hay que presentan detalles extraordinarios, incluso anomalías, provienen de un mundo

lejano, a veces inquietante, que el faraón exploró y dominó. Alcanzando lo desconocido, no perdió su centro de gravedad y, sin temblar, ha llevado al interior del templo estos aspectos extravagantes de la creación con el fin de que sean purificados y ofrecidos a los dioses. Al rey le corresponde dominar lo misterioso, sublimarlo y hacerlo digno de lo sagrado.

Al norte de Karnak, Tutmosis III y los iniciados levantaron postes ante el séptimo pilono. En este lugar ofrecieron a Amón monumentos realizados con madera y oro, y construyeron un edificio destinado a acoger los objetos utilizados con ocasión de los ritos, tras haber sido animados y dotados de vida mágicamente. Este «Castillo del Oro»[90] contenía el tesoro del templo: cetros, incensarios, ánforas, etc. Y cada año, durante una ceremonia, recibían una nueva luz que les daba nueva energía, necesaria para cumplir un nuevo ciclo.

Restaurado en parte y accesible a los visitantes, el Aj-menu, uno de los templos de Karnak, es como la culminación de la obra arquitectónica de Tutmosis III. La palabra *aj* significa «luminoso, brillante, radiante, útil» y simboliza el estado espiritual más elevado que puede alcanzar un ser o un monumento. Y este monumento (*menu*) lleva un nombre de una importancia capital. Calificado igualmente como «palacio sagrado del alma venerable», era el santuario de regeneración del ser real,[91] que presentaba un doble aspecto formado por salas solares y capillas subterráneas. Allí se practicaban los ritos de la subida del faraón hacia el dios oculto, de la apertura de la boca y de los ojos, de la ofrenda de coronas y de cetros al rey resucitado. Este podía, entonces, contemplar el nuevo sol, con ocasión del triunfo de la creación sobre el caos.

Tutmosis III no fue el único que vivió los grandes misterios de este lugar. Gracias a un estudio en profundidad,[92] sabemos que el Aj-menu, llamado con frecuencia «sala de las fiestas», fue el lugar de iniciación de los sacerdotes de Karnak considerados dignos de conocer el «cielo en la tierra» y «el trono verdadero de Amón». Allí, tras haber tomado caminos inaccesibles, su alma se transformaba en fénix y atravesaba las tinieblas para acceder a la luz. Regenerado en la sala oculta, el iniciado pasaba de un mundo al otro y penetraba, mientras estaba vivo, en el corazón del universo de los dioses. Así era posible, gracias a esta iluminación y a la transmutación, revivir «la primera vez», el nacimiento de la vida.

No hay duda, en nuestra opinión, de que Tutmosis III en persona redactó el «libro divino», ofreciendo el ritual a aquéllos y aquellas encargados de animar tales ceremonias cuyo origen se remonta a los *Textos de las Pirámides* que el rey había estudiado.

Tras haber reacondicionado las tumbas de sus antepasados Tutmosis I y Tutmosis II, el tercero de los Tutmosis impuso definitivamente el Valle de los Reyes como lugar de las sepulturas de los faraones del Imperio Nuevo. El mismo eligió un emplazamiento sorprendente, en el fondo de una cavidad, la entrada de la tumba,[93] que se situaba a 10 metros por encima del suelo. Trepar por la escalera metálica instalada por el Servicio de Antigüedades representa para ciertos visitantes un esfuerzo real, pero merece la pena, pues esta morada de eternidad es rica en enseñanzas. Nos introducimos por un estrecho corredor que se hunde en el corazón de la roca y llegamos a una primera sala, de techo bajo, cuyas paredes están adornadas con 775 figuras enigmáticas que co-

rresponden a las fuerzas creadoras que engendra diariamente el sol. Están ocultas en las «cavernas secretas de la totalidad reunida» y revelan los elementos que forman la luz creadora.

Se ve hasta qué punto la «religión» egipcia, si podemos llamarla así, no es un asunto de creencia sino de conocimiento. En su morada de eternidad, el prudente y sabio Tutmosis III formula, para la mirada de los dioses, una de las visiones importantes de los iniciados.

Una vez asimilado este descubrimiento, es posible pasar a la segunda sala, en forma de cartucho oval, que contiene el ser inmortal del rey. Allí, otra formulación sorprendente: en el tabique se desarrolla un papiro escrito por mano maestra y que transmite un libro entero, el *Amdwat*, «lo que se encuentra en la matriz estelar», llamado también «libro de la cámara oculta».

Según su visir Rejmira, Tutmosis III escribía admirablemente los jeroglíficos. Tan hábil como su padre Tot y la diosa Seshat, manifestaba un gusto acentuado por la caligrafía y no cesaba de escrutar los textos antiguos. Por ello pensamos que no sólo Tutmosis III es el autor de la versión completa del *Amdwat*[94] sino también que él fue quien dibujó en los tabiques de su morada de eternidad.

Henos aquí, pues, en presencia del «libro verdaderamente secreto que no se permite conocer a los profanos». Diversos juegos de escritura hacen ardua la traducción, pero podemos distinguir el tema principal de esta composición alquímica: la travesía del medio matricial estelar (la *dwat*), durante las doce horas de la noche por el sol que envejece, al que se identifica con el faraón. Esta transmutación exige el conocimiento de las múltiples fuerzas creadoras, de las puertas del

más allá y de sus temibles guardianes, y de las horas que dominan a las potencias peligrosas que hay que pacificar. La finalidad del viaje es la regeneración, en el Oriente, del sol y del alma real.

La tripulación de la barca solar comprende varias divinidades capaces de luchar contra las tinieblas y de hacerla avanzar, en especial *Sia*, la intuición de las causas, y *Hu*, el verbo creador. Estar en esta barca, a la vez en el cielo y en la tierra, permite conocer la eficacia luminosa de las Almas (*bau*), es decir, las manifestaciones de la energía luminosa. De este modo se salvan los obstáculos y se vence a la muerte. «Poderoso de piernas», el que conoce este texto no entra en el lugar de la destrucción. Lo que estaba oculto se abre para el Luminoso, y la barca navega por la espina dorsal de la imagen secreta de la serpiente llamada «vida de los dioses».

Avanzando tras su ojo, su capacidad creadora, el viajero vive de la voz del gran dios y alcanza el tribunal de la justicia de Osiris, en perpetua actividad. Allí serán vencidos los enemigos de la luz, allí será transmutado el propio alquimista al convertirse en *aj* «ser luminoso y útil», allí se cumplirá la fusión entre Ra, sol del día, y Osiris, sol de la noche.

Nada es fácil en este camino, pues la monstruosa serpiente Apofis trata de taponar la energía celeste y de detener el avance de la barca. Sólo el conocimiento de las palabras adecuadas y una constante lucha contra las tinieblas destructoras le impiden hacer daño.

Al final del viaje, el banquete. El ser regenerado come con los vivos en el templo de Atum, el príncipe creador. Y como explica el *Amdwat*, «es útil para aquél que conoce eso en la tierra, y en el cielo y en la tierra».

En gres rojo pintado, el sarcófago de Tutmosis III nos muestra al faraón con los ojos abiertos. La muerte ha sido rechazada, él contempla los misterios del más allá y se dirige, sereno, hacia los dueños de las energías vitales (*kau*) presentes hasta los confines de la eternidad solar. Glorioso en sus formas, disponiendo de formulas de conocimiento, Tutmosis III forma parte, ya, de esta cofradía celeste.

Bibliografía

Barré, J.-Y., *Pour la survie de Pharaon. Le texte funéraire de l'Am douat dans la tombe de Touthmosis III*, París, 2003.

Davies, B. G. y Peden, A. J. (coords.), *Studies in the Reign of Thutmosis III*, prensa universitaria de Liverpool, colección *Archaeology and Oriental Studies.*

Della Monica, M., *Thoutmosis III, les plus grands des pharaons. Son époque, sa vie, sa tombe*, París, 1991.

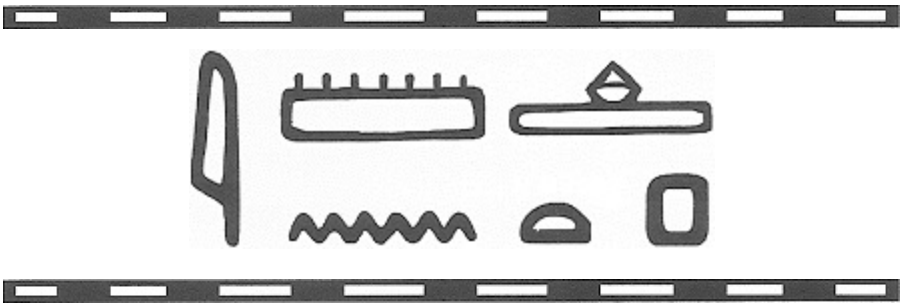
Forbes,D., «Menkheperre Djehutymes, Thutmose III, A Pharao's Pharao», *KMT* 9/4, 1998, pp. 44-65.

Lipinska, J. y Johnson, G. B., «Thutmose III at Deir el-Bahari», *KMT* 3/3, 1992, pp. 3-25.

Redford, D. B., «Thutmosis III», *Lexikon der Agyptologie* VI, 1985 pp. 540-548.

Tulhoff.A., *Thutmosis III*, Munich, 1984.

XVII
AMENHOTEP, HIJO DE HAPU



Maestro de obras, primer ministro sanador y hermano de Imhotep

Los sucesores[95] de Tutmosis III vivieron, por así decir, del impulso iniciado por este faraón excepcional, y Egipto, centro espiritual y potencia económica, continuó siendo influyente.

El reinado de Amenhotep III[96] fue también extremadamente brillante. La gran esposa real, Tiyi, es una personalidad conspicua, en especial en el campo diplomático, y las Dos Tierras, que gozan de una notable prosperidad, viven en paz.

En esta época surge la figura de un sabio, Amenhotep, hijo de Hapu, que vivió al menos ochenta años.[97] Nacido durante el reinado de Tutmosis III en Atribis, en el Delta, era hijo de padres modestos, la señora Itu y su marido Hapu. Hasta la edad de cincuenta años residió en su ciudad, donde ejerció

las funciones de escriba real y de superior de los sacerdotes del dios local.[98] Así, pues, una carrera tranquila y honorable que debería haberlo conducido hacia una vejez feliz.

Pero Amenhotep, hijo de Hapu, no se parecía a otros dignatarios. Dotado de una inteligencia notable y de una firme voluntad, conseguía resolver los más complejos problemas y formulaba consejos indiscutibles. Tales cualidades le permitieron ver el poder de Tot, penetrar sus secretos y ser instruido en el conocimiento del libro divino.

Amenhotep, hijo de Hapu, se convirtió en un experto en escrituras sagradas, capaz de aclarar los pasajes oscuros de los textos difíciles y de responder a múltiples preguntas con el fin de hacer eficaz el mensaje de Tot. Esta notoriedad llegó a oídos del faraón que decidió arrancar a este sabio de su tranquilidad provinciana y ponerlo a prueba confiándole delicadas tareas materiales.

Nombrado escriba de los nuevos reclutas, Amenhotep, hijo de Hapu, debía repartir a los jóvenes diplomados en los diferentes cuerpos del Estado, garantizar la seguridad de la fronteras, impedir que los beduinos provocasen perturbaciones en las rutas del desierto, gestionar el comercio interior y exterior, y desarrollar la marina.

Ante los éxitos de este escriba infatigable y riguroso, que obtenía los máximos resultados utilizando la suavidad, Amenhotep III decidió nombrarlo primer ministro y su principal colaborador. Lo nombró maestro de obra, jefe de todas las obras del rey, preceptor de su hija Sat-Amón, y organizador de su fiesta de regeneración,[99] como ¡si fuese su propio hijo! Por otro lado, fue en esta ocasión cuando apareció al lado del monarca, convirtiéndose así en su brazo derecho ofi-

cial, «el gran ritualista, encargado de construir todos los templos de Egipto».

En la Alta Nubia, entre la segunda y tercera cataratas, Amenhotep, hijo de Hapu, hizo edificar dos obras maestras, los templos de Soleb, ligado a Amenhotep III, y de Sedeinga, para la gran esposa real Tiyi. De forma indisociable, ambos santuarios celebraban el matrimonio eterno de la pareja real, reformaban el ser del faraón y festejaban su regeneración por medio de los ritos. Ramsés II y Nefertari ilustran el mismo simbolismo en Abu Simbel, también en Nubia.

Sin duda, Amenhotep, hijo de Hapu, fue uno de los arquitectos del templo de Luxor, consagrado en parte a este tema de la unión del rey y de la reina bajo la égida de Amón y de Min, reafirmando la resurrección de Osiris. Sabemos que el maestro de obras erigió una estatua gigante, de 20 metros de altura, delante del décimo pilono de Karnak y los célebres Colosos de Memnón, ante el «templo de los millones de años» de Amenhotep III, por desgracia destruido.

En el año 31, un decreto real da a Amenhotep, hijo de Hapu, una increíble autorización: la de hacerse construir su propio templo, ¡privilegio normalmente reservado a los faraones! Y no se tratará de un edificio modesto, pues su tamaño superará al de los santuarios de ciertos monarcas. Será el único templo «privado» entre los de la orilla oeste de Tebas. Pero éste también fue arrasado. Un jardín, compuesto por un estanque central bordeado por una fila de árboles. Ocupaba toda la superficie del primer patio, muy vasto, formando él solo la mitad del conjunto. La gran corriente de la inundación, Hapy, amo de los peces y de las aves, puro en ofrendas florales, llenaba este lago sagrado.[100]

En el comienzo de su carrera en Tebas. Amenhotep, hijo de Hapu, se hizo excavar una tumba de notable.[101] Debido a su admirable ascenso, eligió otro emplazamiento en el Valle del Águila, detrás de Deir el-Bahari. Y esta sepultura adoptaba el plano de una tumba real. En el museo del Louvre se conserva un fragmento de la tapa de su sarcófago, en diorita; nos dice que Nut, la diosa-cielo, ha extendido sus alas sobre Amenhotep, hijo de Hapu, y lo ha hecho renacer.

Información verificada, pues si queda muy poco del templo y de la tumba de este sabio, sus estatuas, por el contrario, han sobrevivido al tiempo. Amenhotep, hijo de Hapu, gozaba, en efecto, de otro favor real: ver su efigie de piedra, con varios ejemplares, expuesta en varios templos, entre ellos el de Karnak. Estaban dispuestas, principalmente, a lo largo de las vías procesionales y en los grandes patios a cielo abierto.

El texto de la estatua, colocado delante del décimo pilono, es revelador:

> Gentes de Karnak que queréis ver a Amón, venid hacia mí. Yo transmitiré vuestras peticiones, yo soy el intérprete de este dios. El faraón me ha dado la orden de transmitirle toda cosa que se formule en esta tierra.

Comprendemos mejor el lugar eminente ocupado por este sabio. Verdadero chamán al estilo egipcio, era considerado intermediario entre los hombres y el rey, y entre los hombres y el dios Amón. Él los escuchaba, ciertamente, pero no soportaba las habladurías ni las mentiras. Algunos orantes osaban tocar la túnica de piedra de este mediador, con la esperanza de recibir un poco de su sabiduría y de reducir un poco su ignorancia. En esta época se produjeron sanaciones milagrosas, lo que aumentó todavía más la reputación de Amenhotep, hijo de Hapu.

En la época tolemaica, delante del ala derecha del primer pilono de Karnak, se levantaba un coloso de cuatro metros de altura que representaba al sabio, llamado «divino descendiente del amo de Hermópolis (Tot), sensible en su corazón, surgido de Seshat, excelente en su discurso como Imhotep, hijo de Ptah, servidor de Amón». Y el texto recordaba su cualidad principal: «Yo he restaurado todo lo que se había perdido en las palabras de los dioses, he vuelto claro lo que estaba oculto en los libros sagrados».

Quinientos años después de su muerte, Amenhotep, hijo de Hapu, todavía era venerado, pues se consideraba que conocía los poderes secretos de los escritos del pasado, que databan de la época de los Antepasados. En tiempos de la XXVI Dinastía disponía de una capilla en Tebas, donde la gente venía a implorarle como sanador y médico de almas. Y bajo los Tolomeos fue elevado al rango de «gran dios» al que se pedía su sabiduría, la visión de lo que estaba escondido, oráculos y curaciones milagrosas. Vestido con una larga túnica, tocado con una peluca a la antigua, con un papiro desenrollado sobre las rodillas, ¿no tenía, como las divinidades, los cetros *anj*, «la vida», y *was*, «la potencia»?

Este término de «divinización» no debe despistarnos y hacernos pensar en una devoción ciega hacia un individuo humano. Es debido a su sabiduría por lo que Amenhotep, hijo de Hapu,[102] participaba de la naturaleza divina, el *neter*, por lo que, tras haber sido un gran ritualista, podía ser él mismo objeto de un ritual. Se le elaboró una genealogía simbólica, que lo relacionaba directamente a Amón. Su padre no era otro sino Tot, su madre era Hator;[103] y Ptah, el patrono de los artesanos, daba forma a este sabio para que fuese su réplica regenerada, surgida de la comunidad de los dioses.

Es en Deir el-Bahari, el «templo de los millones de años», de Hatshepsut, donde hallamos magnificado a Amenhotep, hijo de Hapu, y en buena compañía, ¡la de Imhotep, modelo de los maestros de obra! Los dos grandes sabios, el del Imperio Antiguo y el del Imperio Nuevo, constantemente rejuvenecidos gracias a la magia del templo, son asociados en la última capilla del santuario, en el corazón de la roca. Se les presenta ofrendas en común, y en casi todos los documentos que provienen de Tebas, Imhotep y Amenhotep, hijo de Hapu, son presentados como hermanos cuyo ser está «completamente unido». Los constructores de Deir el-Medina veneraban a uno y a otro, como antepasados fundadores. Es la mejor forma de proclamar la permanencia y la reformulación de la tradición surgida con la construcción de la pirámide escalonada.

Los textos de la capilla de Deir el-Bahari pintan a Amenhotep, hijo de Hapu, como «el juez supremo, el que establece las leyes, el eficaz muro de bronce que rodea a Egipto, el gobernador de los templos que recogen los dones de todo el país, que hablan con sabiduría de la eternidad, justo de voz, que renueva la vida de corazón lúcido, glorificando a Maat, perfecto por sus excelentes consejos, aquél que identifica las enfermedades, y ante el cual retroceden los demonios, que traen los males, aquél que regula la eficacia de las palabras mágicas».

Conociendo el corazón de los humanos, Amenhotep, hijo de Hapu, protege al sabio de su enemigo y renueva lo que había sido destruido. Asimismo, permite el rejuvenecimiento del alma. Viajando para siempre en la barca solar, fraterniza con las estrellas y el brillo de la luz que ilumina los cuatro pilares del cielo. Asociado al ogdóada de Hermópolis, la ciu-

dad de Tot, contempla el juego de las potencias creadoras y, según la expresión de D. Wildung, se convierte en un «arquitecto del cosmos». Por otro lado, una escena de Deir el-Bahari lo muestra presentando el signo *nefer*, la tráquea-arteria que simboliza el cumplimiento perfecto, a un conjunto de treinta y cinco estrellas. De este modo el sabio prolonga la obra del Creador.

Incluso bajo ocupación cristiana el renombre de Amenhotep, hijo de Hapu, no desapareció completamente. Y Clemente de Alejandría, iniciado en ciertos misterios, lo llama el «Hermes tebano», aludiendo así a la ciencia de Tot, de la que era depositario el ilustre maestro de obras.

Las estatuas intactas del sabio, como la expuesta en el museo de Luxor, lo muestran muy anciano, concentrado sobre el texto jeroglífico que revela el papiro desenrollado sobre sus rodillas. Convertido a su vez en una palabra del libro de los dioses, continúa sirviendo de intercesor.

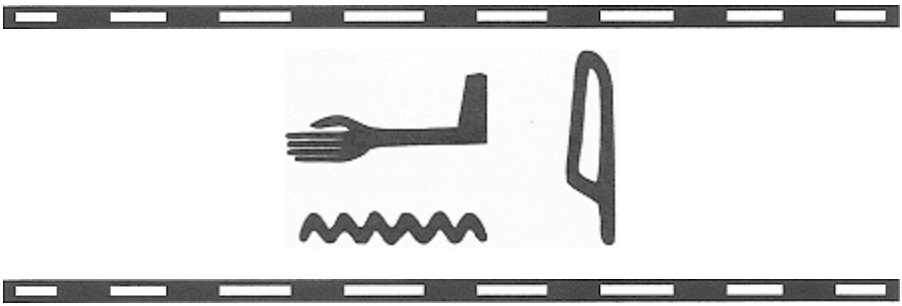
Bibliografía

Laskowska-Kusztal, E., *Le sanctuaire ptolémaique de Deir el-Bahari*, Varsovia, 1984.

Varille, A., *Inscriptions concernant l'architecte Amenhotep, fils de Hapou*, El Cairo, 1968.

Wildung, D., *Egyptians Saints. Deification in Pharaonic Egypt*, Nueva York, 1977, pp. 83-110.

XVIII
ANI



La sabiduría de un escriba de base

Con Amenhotep, hijo de Hapu, nos hallábamos en la cúspide del Estado faraónico. Con Ani vamos a descubrir la manera de pensar de un escriba de la XVIII Dinastía,[104] época de paz y de prosperidad. Empleado en el templo de Ahmose-Nefertari, gran figura tebana de la que se habla en el capítulo 14, Ani no era un alto dignatario, sino un escriba de base que decidió escribir una enseñanza, una *Sabiduría*, destinada a su hijo, inspirándose en el ejemplo de los sabios de los Imperios Antiguo y Medio.

Este texto conoció un verdadero éxito, pues reflejaba las preocupaciones de un honrado servidor de su país y las dificultades encontradas para transmitir a las futuras generaciones valores fundamentales, origen de la felicidad cotidiana de los egipcios.

Primera constatación de Ani: ¡lo que le cuesta al hijo[105] seguir las enseñanzas del padre! Virtud necesaria: la obediencia. Pero que, por lo menos, escuche las palabras pronunciadas y no profiera vanas protestas. El hijo lo reconoció: la multitud es ignorante, y no es por el lado de la multitud donde conviene buscar la sabiduría. Entonces, ¿qué debemos hacer?

«Por el corazón», responde Ani. Y esta vía ardua exige que el hijo comprenda… que no lo comprende todo. A esta humildad hay que añadir luego el cesar las palabrerías, degradación de un material noble entre todos, la palabra. ¿Qué es lo humano? Una madera torcida abandonada en el campo, expuesta a las quemaduras del sol y al frescor de la noche. Su única posibilidad: que un carpintero la encuentre y la modifique para hacer el bastón de un viejo lleno de sabiduría.

Conoce los escritos, penétralos, llena tu espíritu con ellos, recomienda Ani. Y recuerda que la función de escriba experimentado no tiene hijos. Cada día hay que seguir el camino de Maat, la regla de armonía y de rectitud. Cada vez que nos alejamos de ella, se produce una catástrofe.

Respetar lo divino, hacerle ofrendas, tratar de no hacer lo que detesta, son pasos vitales. Dios manifiesta su poder creador bajo millones de formas y orienta hacia la luz a quienquiera que la venere. Así, es conveniente celebrar las fiestas de los dioses y renovarlas en el momento adecuado, bajo pena de provocar su cólera. Acto esencial: satisfacer al *aj*, el ser de luz, cumpliendo lo que desea, es decir, los ritos. En caso contrario, el individuo le resultará extraño y sufrirá graves daños.

Ya que la muerte se apodera del niño lo mismo que del viejo, conviene disponer de un lugar en el Valle de Occiden-

te, el reino subterráneo en el que opera el proceso de resurrección. Allí, se reposa entre los grandes antepasados y su benéfica influencia. Cada uno debe dotarse de fórmulas de conocimiento, indispensables para franquear las puertas del tránsito.

¿Qué es lo más abominable, según el escriba Ani? El tumulto, el estrépito, el ruido, los gritos. Rezar con un corazón amante significa, en primer lugar, estar en silencio. Incluso en el seno de un gentío vociferante, el sabio permanece silencioso. Cuando uno se expresa, no hace falta hacerlo a la ligera y lanzarse a inútiles discusiones. El ser humano se destruye a causa de su lengua, expresiones impropias lo conducen a su pérdida. Lo importante consiste en aprisionar las palabras negativas en su vientre y elegir formular las positivas. A ello se añade el necesario sentido del secreto; no hay que lanzar rumores ni repetir lo que se ha escuchado en la morada de un grande.

Si un superior está irritado y pronuncia críticas desagradables, observa Ani, hay que formular frases tranquilizadoras, pues una réplica agresiva provocará fatalmente que se vuelva contra él. Reaccionar es siempre un error que impide la vuelta a la calma. Si vemos a un grupo de personas belicosas, es prudente alejarse de él y no participar en sus querellas. Cuando se es víctima de un ataque verbal, la buena estrategia consiste en abandonar al agresor a la divinidad, que se encargará de castigarlo. ¡Y el resultado será eficaz!

A quien está agitado y moviéndose en todos los sentidos, es mejor no confiarle ninguna misión. Manteniéndonos alejados de los contestatarios permanentes, no nos desviamos del camino justo. Tomando como amigos a seres rectos, re-

forzamos nuestra propia rectitud y descubrimos la auténtica fraternidad.

Ani recomienda el respeto hacia el prójimo y hacia sí mismo. Respetar a los ancianos y a los superiores garantiza el mantenimiento de la cohesión social, y no embriagarse y mantener la palabra, el de la cohesión interior.

Ani pide un respeto total hacia la madre, exigiendo redoblar en su favor los alimentos que ella ha dado a su hijo. ¿Acaso no ha hecho todo lo posible para él, acaso no lo ha amamantado sin fallar, no se ha ocupado de sus excrementos sin sentir repugnancia, no lo ha confiado a una buena escuela y no lo ha cuidado todos los días? Que el hijo cuide de que la madre no lo reprenda y no deba invocar a Dios para quejarse de su retoño, ya que sus reproches podrían acabar siendo escuchados. Es mejor tomar mujer y hacer hijos cuando se es todavía joven, desconfiando de aquéllas que no son conocidas honorablemente en la ciudad o en la aldea. Algunas mujeres son aguas profundas hasta el punto de ser insondables, y el hombre corre el riesgo de ahogarse. Por el contrario, una buena esposa es un tesoro inapreciable. ¡Qué al marido no se le ocurra importunarla en su casa, cuando ella se muestra muy eficaz! Ya que ella ha ordenado todo cuidadosamente, no le preguntes «¿dónde está…?», sino calla y mira atentamente, constatando su seriedad. El hombre no debe perturbar la buena marcha de la casa. Degustará más aún esos momentos de intensa felicidad en los que estará unido a su esposa, con las manos entrelazadas. Y que no se olvide de llenar su casa de ramilletes, ¡pues es necesario todo tipo de flores!

Vicio imperdonable: la inactividad. Un hombre digno de este nombre trabaja con el fin de adquirir sus propios bienes

sin desear la riqueza ajena. Y el imprudente que se ponga en manos de alguien más afortunado se arrepentirá, pues perderá su libertad.

Si Dios otorga a alguien el confort material, no tiene por qué convertirse en una persona sin corazón, olvidar a los demás y comer hasta la saciedad olvidándose de tender la mano a los allegados que necesitan ayuda. Toda glotonería es condenable, y el rico puede convertirse en pobre.

El hijo del escriba Ani ¿había comprendido el mensaje? Probablemente no, y mañana empezará de nuevo a leerle sus preceptos con la esperanza de que pueda poner en práctica alguno.

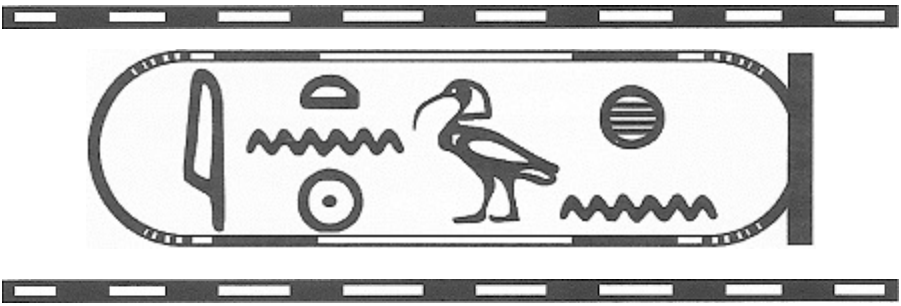
Bibliografía

Quack, J. E, *Die Leben des Ani. Ein neuägyptischer Weisheitstext in seinem kulturellen Umfeld*, Friburgo/Göttingen, 1994.

Suys, E., *La sagesse d'Ani, Roma, 1935.*

Vernus, P., *Sagesses de l'Egypte pharaonique*, París, 2001, pp. 237-266.

XIX
AKENATÓN



¿Sabio o insensato?

Hacia el año 1350 a. C., cuando Amenhotep IV sube al trono, Egipto es una gran potencia espiritual y económica, admirada y respetada. Amenhotep III lega a su hijo un país rico y sereno, construido sobre la ley de Maat y una regla de vida practicada por todos los estratos de la población. La moral habitual, ilustrada por las enseñanzas del escriba Ani, garantiza una verdadera cohesión social cuyo principio supremo es la institución faraónica.

El cuarto de los Amenhotep es un joven cuyas tendencias místicas se forman muy pronto. Se interesa sobre todo por las divinidades solares, en especial por Ra-Horajty (el Horus del país de la luz) y por Atón. Su padre, Amenhotep III, ¿no era acaso el «Atón radiante»?

El nuevo amo de Egipto se casa con una mujer de gran belleza, Nefertiti, cuyo nombre significa «la Bella ha venido»,

alusión a un retorno de la diosa Hator, que había partido hacia Nubia para transformarse en la leona Sejmet y masacrar a los hombres rebeldes. Apaciguada por las fórmulas de conocimiento de Tot, volvió para repartir amor a través de las Dos Tierras.

Amenhotep IV decide desarrollar el culto de Atón, símbolo del ojo del sol, y hace construir monumentos en Karnak, dominio de Amón. Siguiendo el ejemplo de sus predecesores, embellece el templo de los templos donde Amón-Ra acoge a todas las divinidades.

Importancia al obelisco único del oriente de Karnak, rayo de luz petrificado de la primera mañana, patios a cielo abierto, celebración de la omnipotencia del sol: tal es la marca personal del faraón.

En el año V del reinado, una decisión extraordinaria: el monarca cambia de nombre, y por tanto de ser simbólico y de programa político en un sentido amplio del término. Amenhotep IV, «Amón está en su plenitud», se convierte en Akenatón, «El que es útil a Atón». Lógicamente, el rey abandona Tebas, ciudad de Amón, para fundar la nueva capital en el Medio Egipto, Aketatón, «el lugar de la luz[106] de Atón», más conocido por el nombre de Amarna.

En el año VII la corte se instalará en dicho lugar. Templos, palacios y casas se construyeron rápidamente gracias a la utilización de «ladrillos» de piedra caliza, fáciles de transportar.[107]

El territorio de Atón es virgen, al no haber sido ocupado anteriormente, y está limitado por estelas fronterizas y ocupa una superficie aproximada de unos 15 kilómetros de longitud por 22 de anchura de oeste a este. Hasta su muerte, ha-

cia el 1334 a. C., al término de dieciséis años de reinado, Akenatón no saldrá nunca más de su capital, donde deseaba ser inhumado.

El *dossier* de acontecimientos es extremadamente exiguo. Sabemos que Akenatón y Neferdti tuvieron seis hijas; la segunda, Meket-Atón, murió poco después del año 12. Egipto vive en paz, la prosperidad prosigue y las otras ciudades, como Tebas y Menfis, llevan una existencia normal. Ni revuelta, ni guerra civil, ni guerra de religión, ni hambruna. «El culto de Atón —escribe Marc Gabolde— es, después de todo, la religión personal del rey, y no existe ninguna prueba de que Akenatón haya perseguido nunca a ninguno de sus súbditos por sus creencias».[108] En la misma Amarna constatamos la presencia de otras divinidades y de una religión llamada «popular», plenamente autorizada. Debemos, pues, renunciar, como ya lo escribimos hace varios años,[109] a la idea absurda de una cohorte de fanáticos atonianos desparramándose por todas las provincias de Egipto para imponer un dogma asesino en nombre de un místico intolerante.

Con todo, se nos objetará, el nombre de Amón fue martilleado, ¡es decir, aniquilado! ¿No es ésta la prueba del fanatismo de Akenatón? En realidad, lo borrado fue muy limitado, y, según la hipótesis de Jean-Claude Goyon, no se llevó a cabo quizá por iniciativa del propio Akenatón sino de un pequeño número de sacerdotes de Tebas deseosos de manifestar su lealtad al faraón, cuya autoridad, por otra parte, nadie ponía en duda. Tebas, feudo de Amón, no sufrió daño alguno y continuó honrando a Dios y a los dioses en múltiples templos. Aun siendo «el amado de Atón» y «el que exalta el nombre de Atón», Akenatón «vive según Maat», o, dicho de

otra manera, según la Regla fundadora de la civilización egipcia que se impone a todos y, en primer lugar, al faraón.

Al cambiar de nombre, de protector divino y de capital, Akenatón decidió poner a Atón en un primer plano y relegar a Amón a la sombra. Se trata, lo que es esencial para un egipcio antiguo, de una mutación simbólica, que no engendra conflicto religioso ni persecución. Al vivir una experiencia de naturaleza mística en un marco espacial y temporal que sabe limitado, Akenatón no utiliza a su pueblo, no le impone una manera de pensar y no establece un reinado del terror. Los egipcios continúan viviendo como siempre, los templos funcionan normalmente y no se desmantelan los servicios del Estado.

Seguimos insistiendo en que se abandone la visión moderna y cinematográfica de un Egipto a sangre y fuego, y la de un exaltado que lleva a sus tropas de atonianos excitados a la conquista del territorio. La única certeza histórica es: Akenatón, Nefertiti, sus hijas, cierto número de altos dignatarios, artesanos y sus familias abandonan Tebas para retirarse a Amarna y vivir allí, cada día, bajo el sol de Atón.

Y se plantea la inevitable pregunta: ¿cuál es la naturaleza de esta experiencia religiosa y mística? Sobre este asunto, no podemos sino sorprendernos al leer las obras de egiptología que se muestran por lo general tan filas y tan «científicas» respecto a su objeto de estudio. Akenatón suscita pasiones y controversias y, según los autores, se pasa de un suave predecesor de Cristo a un falso profeta afectado por la demencia, sin olvidar las numerosas enfermedades que habría sufrido el rey. Los pro y los anti Akenatón continúan enfrentándose.

¿Y si tratamos de ver claro a partir de la propia documentación que tenemos en nuestro poder?

La apariencia física del rey, de su esposa y de sus hijas, al menos cuando son representados con un rostro deformado, un cráneo alargado y vientres prominentes, ha alimentado muchas especulaciones médicas. Pero nos olvidamos de que se trata de una elección estética y simbólica,[110] pues disponemos de otros retratos de miembros de la familia real, completamente «normales», entre ellos los dos célebres bustos de la reina Nefertiti, encarnación de la belleza más clásica y más serena.

Las tumbas de Amarna no sólo han preservado escenas de la vida religiosa y cotidiana, sino también himnos a Atón que Akenatón en persona ha compuesto y dictado a sus principales dignatarios.[111] Ahí es, pues, donde hay que buscar el mensaje del rey.

Como faraón, el nombre de Atón, monarca que dirige el universo, puede inscribirse en un cartucho. Con frecuencia, precede al de Akenatón, el hijo terrestre del soberano celeste del que debe prolongar la obra y la influencia.[112]

Esta obra, la creación en armonía, es la que Atón renueva cada día disipando las tinieblas. Al alba, da nacimiento de nuevo al rey, al mismo tiempo que a su propia manifestación. Construye al mismo tiempo su encarnación, el sol, y el faraón. En la extremidad de los rayos, unas manos ofrecen signos de vida (*anj*) e innumerables fiestas de regeneración.

«Nadie de los que tú engendras te ve —dice el rey a Atón — tú resides en mi corazón. No existe nadie más que te conoce, a excepción de tu hijo Akenatón. Tú le haces partícipe de tus proyectos, de tu poder».

Nada nuevo en este papel de faraón, claramente reafirmado desde el Imperio Antiguo como el único sacerdote de Egipto e intermediario entre Dios y los hombres. Con ocasión de su coronación, Akenatón, por otro lado, retomó el muy antiguo título de «gran vidente»,[113] atribuido al superior de la cofradía de Heliópolis, la ciudad del sol. Eje y centro de la sociedad, el faraón no es solamente un hombre de Estado y un jefe temporal, sino también un maestro espiritual que reúne en su persona simbólica el poder divino para esparcirlo, como un sol, sobre su pueblo.

Los textos prueban que Akenatón insistió especialmente en este aspecto de su función. Pasaba jornadas enteras instruyendo a sus discípulos, como su confidente Ay o el maestro escultor Bek. «Cómo prospera —afirma— aquél que escucha mis enseñanzas vitales, aquél que abre siempre su mirada a Atón».

Esta tarea, ligada a las prácticas rituales y a la vida familiar, centrada ésta misma en la veneración de Atón, alejó al rey de sus otros deberes, en particular de la gestión material del país. Y ésa es, a nuestro entender, la mayor debilidad del monarca: un aislamiento místico que condujo al desconocimiento de las realidades exteriores y de un Oriente Próximo en mutación.

Atón no fue inventado por Akenatón. Conocida desde los *Textos de las Pirámides*, esta forma divina fue magnificada por su padre Amenhotep III, que la consideraba el ojo del sol, canal por el que pasa diariamente la potencia creadora. Al contener la medida de todas la cosas, este ojo solar es el símbolo de la creación que se renueva sin cesar, y el universo «llega a la existencia en su mano». Cuando Atón se levanta, vivimos; cuando se echa, morimos. Toda vida procede

de él, cada corazón lo aclama al verlo, y su desaparición hacia occidente, cada tarde, da la impresión de un fin del mundo.

La noche se considera una terrible prueba. En ausencia del sol, el universo parece desaparecer en la nada. Los animales salvajes salen de sus guaridas, los reptiles muerden, reina un pesado silencio, nadie reconoce a su hermano. Y así se está a la espera de la reaparición de Atón por el oriente: entonces, los brazos se elevan para venerar a *ka*, los corazones se nutren de su perfección y el milagro de la vida se renueva.

«Dios venerable que se ha dado forma a sí mismo, padre y madre», Atón crea cada tierra, todos los animales, todos los árboles y la especie humana. «El hace que el embrión se desarrolle en las mujeres, produzca el semen en el hombre, y dé constantemente el soplo vital a toda criatura». Y el rey se detiene en el caso del pájaro en su huevo al que Atón otorga el soplo en el interior, midiendo su tiempo de gestación con rigor y quebrando el cascarón en el momento justo para que pueda salir del huevo.

El conjunto de los seres vivientes nace de Atón, que coloca a cada uno en su función. Él, el Único, engendra lo múltiple. Por esto las lenguas humanas son numerosas, los caracteres variados, los colores de piel diferentes. Pero Atón dispensa sus favores sin discriminación al conjunto de las criaturas. Y todas, en un arrebato de entusiasmo y de reconocimiento, celebran la presencia de Atón. Los humanos hacen gestos de adoración, los rebaños están satisfechos con sus prados, los árboles y las yerbas verdecen, las aves se lanzan fuera de sus nidos, los cuadrúpedos dan brincos, los petes saltan, la tierra está en fiesta. «Tu amor es grande, inmenso —constata el rey—. Los rayos iluminan todos los rostros, tu

brillantez da vida a los corazones cuando tú llenas las Dos Tierras con tu amor».

Si exceptuamos un gusto pronunciado por el lirismo y la poesía, característica de la personalidad de Akenatón, nada revolucionario ni nuevo hay en esta veneración de la omnipotencia de la luz, sin duda expresada mucho más sobriamente en épocas antiguas.

El faraón era «el maestro de la realización de los ritos», por lo que Akenatón no fue la excepción a la regla y se limitó a adaptarla a Atón. Un tema importante: cada día equivale a una resurrección de la luz y se convierte en una fiesta de regeneración generadora de gozo. A diferencia de sus antecesores, Akenatón ya no se dirige, solo, al interior de un santuario secreto y silencioso para despertar a la potencia creadora abriendo las puertas de una naos. En Amarna el rito se desarrolla en patios abiertos en los que cantores y músicos expresan su felicidad por contemplar a Atón. Asimismo, se continúa ofreciendo alimentos, y Akenatón salmodia los himnos a la gloria de su dios. Al ponerse el sol, la gran esposa real celebra una ceremonia de apaciguamiento, antes de la prueba de la noche.

En comparación con los ritos celebrados por dinastías de faraones a partir del Imperio Antiguo, el empobrecimiento es considerable. Con todo, afirman ciertos egiptólogos, se ha cumplido un formidable progreso: la proclamación de un monoteísmo.

> Qué numerosos son los elementos de tu creación, oculta a nuestra vista —dice Akenatón a Atón—, Dios único sin igual. Tú creas el universo según tu corazón-conciencia cuando estabas solo. Tú eres el Uno en el que se hallan un millar de vidas… Tú abarcas con tu

> vista toda la creación, tú permaneces en tu unidad... Tú extraes eternamente miles de formas a partir de ti mismo, tú permaneces en tu unidad.

Este concepto de la unicidad del principio luminoso creador y de la multiplicidad de sus formas de expresión no tiene nada de nuevo, pues es ya uno de los temas centrales de los *Textos de las Pirámides*.[114] Akenatón no inventa nada y prolonga la tradición de la ciudad santa de Heliópolis. El propio Atón, por otro lado, no es más que la expresión de Ra, y Akenatón «el único de Ra». Sin entrar en detalles complejos de simbólica egipcia, que hacen asimismo de Atón una de las formulaciones de Shu, «el aire luminoso», es conveniente plantear el problema según la visión de los antiguos egipcios y no en función de las religiones monoteístas basadas en relaciones fechadas completamente extrañas a su percepción de lo sagrado.

Se me perdonará que retome un análisis ya desarrollado a propósito de la aventura de Akenatón:

> Los dos milenios de evolución religiosa de Occidente han acabado haciéndonos creer que el monoteísmo era la forma superior de la religión y que el politeísmo era su forma atrasada. Ésta no era la opinión de los antiguos egipcios. Monoteísmo y politeísmo son dos aspectos dogmáticos igualmente insuficientes para dar cuenta de la naturaleza de lo sagrado. Punto esencial: los egipcios no creían en Dios ni en los dioses, sino que conocían y experimentaban. Para acceder a la inmortalidad hay que conocer, no creer. De ahí la importancia de los textos y de los rituales, concebidos como una verdadera ciencia del ser. ¿Qué nos enseñan? Que cada divinidad es la expresión de Uno, pero que este

> Uno no suprime lo múltiple. El dios «monoteísta», privado de los dioses, no representa en absoluto un progreso, sino que indica una insuficiencia de percepción de lo sagrado. En cada templo está el uno y sus manifestaciones... Akenatón no tuvo nunca la intención de crear el monoteísmo ni de luchar contra el politeísmo. Este tipo de problema es totalmente extraño a la mentalidad egipcia. La espiritualidad egipcia es el conocimiento de la circulación de energía que existe entre lo uno y lo múltiple, entre el centro y la periferia.

El camino seguido por Akenatón no resulta ser un progreso ni una revolución, sino más bien una experiencia mística vivida de manera intensa y reductora con relación a la inmensa riqueza simbólica puesta en juego por sus predecesores.

Así, el olvido de los mitos osirianos y del viaje alquímico del sol durante las horas nocturnas, como revela el *Amdwat* de Tutmosis III, demuestra un desconocimiento de la tradición iniciática. Ciertamente Akenatón, o al menos algunos de sus discípulos, recuerdan la necesaria fusión de Osiris y Ra, del sol de la noche y del sol del día, pero esta idea esencial no se aborda en los *Himnos a Atón*. La momificación, rito osiriano, no fue abandonada, pese a todo, y hay indicios que hacen suponer que Akenatón no omitió convertirse en Osiris con el fin de franquear las puertas de la muerte.

«El acto principal de la liturgia de Atón —escribe Jean-Claude Goyon— no es un sacrificio seguido de una ofrenda efectuada por sacerdotes, sino el *contacto* de una comunión del Unico-de-Ra y de su *páredros*, la esposa por excelencia, con la luz y la energía que emana de ella y que insufla la vida».[115] De hecho, el papel de la gran esposa real Nefertiti

fue determinante. Atón hace crecer todas las cosas para el rey, pero también «para la reina que él ama, la señora del Doble País». La pareja real está unida al rezar a Atón y al presentarle ofrendas. «Clara de rostro, soberana de la felicidad, dotada de todas las virtudes, ante cuya voz gozamos», Nefertiti está asociada a todos los actos principales del reino. Llamada «perfecta es la perfección de Atón», disponía de un templo específico, «la sombra de Ra», y dirigía el ritual de la tarde. Al ocultarse, el disco solar redoblaba su amor por ella. Y algunos eruditos, al constatar que Nefertiti podía incluso realizar ella sola ciertos actos rituales, suponen que ejercía la función de faraón.

Y también en esto, nada nuevo, ya que esta función fue concebida como la unión de un rey y de una reina, formando el ser completo del faraón.

Por el contrario, Akenatón y Nefertiti ponen el acento en su familia. Humanizan su papel, lo hacen más familiar y lo desacralizan. No es fácil imaginar a Keops, a Sesostris III o a Tutmosis III hacerse representar, en la intimidad, con su prole, mientras almuerza.

La pareja subraya la importancia de lo cotidiano iluminado por Atón; por ello, la muerte de una de sus hijas los hundió en el desconcierto, como si la luz los hubiese abandonado. El final del reinado es oscuro. No sabemos nada de la muerte de Akenatón ni de la de Nefertiti, ignoramos si ella desapareció antes que él o fue su sucesora con otro nombre. Es probablemente una de las hijas de la pareja solar la que garantizó una especie de interregno antes del abandono de Amarna y la vuelta a Tebas, sin que este cambio provocase la menor alteración.

Para los ramésidas, apegados al culto de Ra, Akenatón no era un sabio, sino un «rebelde». Su mensaje, como hemos visto, no implica nada revolucionario y sus originalidades, tanto en el campo artístico como en el ritual, parecen más bien debilidades. Ignorando los aspectos temporales y materiales de su cargo, Akenatón no se percató del surgimiento del poder hitita y alteró la imagen de Egipto ante el mundo exterior.

No fue un loco ni un falso profeta, sino un místico que concentró su pensamiento en uno de los aspectos del simbolismo solar, en detrimento de un universo espiritual infinitamente más rico legado por sus antecesores y que volverán a encontrar sus sucesores.

Bibliografía

Aldred, *C., Akhénaton, roi d'Egypte*, París, 1997.

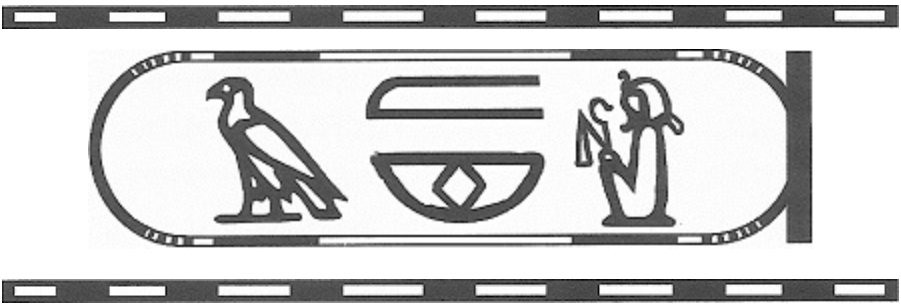
Gabolde, M., *Akhénaton. Du mystère à la lumière*, París, 2005.

Hoknung, E., *Akhénaton and the Religion of Light*, Ithaca-Londres, 1999.

Jacq, C., *Néfertiti et Akhénaton, le couple solaire*, Paris, 1990.

Reeves, C. M., *Akhénaton et son Dieu*, Paris, 2004.

XX
HOREMHEB



Un sabio reformador y legislador

Hacia 1334 a. C., la experiencia amarniana se termina. La capital de Atón es abandonada. La corte vuelve a Tebas y el joven rey Tut-anj-*Aton* cambia de nombre para convertirse en Tut-anj-*Amon*.[116] La ciudad de Amón vuelve a ser la capital de Egipto, y se celebra de nuevo el conjunto de ritos tradicionales. Ni disturbios, ni guerras civiles, ni querellas religiosas, sino una simple vuelta a la normalidad bajo la égida de uno de los principales dignatarios de Akenatón, «el padre divino» Ay, y de un escriba real y general en jefe, Horemheb, que evitó la llegada a Egipto de un príncipe hitita, decidido a casarse con una de las hijas de Akenatón.

Considerado con desprecio por la mayoría de los eruditos como un monarca sin importancia, Tutankamón, «el símbolo viviente de Amón», reinó, sin embargo, unos diez años;[117] al

final de un período feliz murió prematuramente hacia los veinticinco años de edad por causas que siguen siendo desconocidas. Su tumba, un relicario cuidadosamente disimulado, fue descubierta en 1922 por Howard Cárter y permitió hallar un número increíble de obras de arte, todavía lejos de haber sido estudiadas en profundidad.

Durante el reinado de Tutankamón, el escriba y general Horemheb vivió probablemente en Tebas, donde ocupó un cargo administrativo. Al morir el joven rey, el viejo Ay subió al trono tras haber celebrado los funerales. Ejerció el poder menos de dos años, y el consejo de sabios decidió coronar a Horemheb, aunque no era de origen real. Decisión sensata, pues el nuevo monarca, carente de tendencias místicas, acabará siendo un notable jefe de Estado.[118] Considerado como Horus triunfante de Set y demiurgo que sacó a Egipto del caos para restaurar el orden de Maat, no se dedicó solamente al desarrollo del ejército, sino también a importantes tareas legislativas. En veintiocho años de reinado sereno, Horemheb emprendió profundas reformas administrativas y jurídicas empezando por la del rico clero tebano. Recordó a la jerarquía sacerdotal que estaba al servicio del faraón, y no a la inversa, y modificó el sistema de reclutamiento de los sacerdotes con el fin de impedir la formación de clanes.

Como constructor, trabajó en el Dyebel el-Silsileh, en Hermópolis, la ciudad de Tot y, naturalmente, en Karnak, donde llenó tres pilonos (el II, IX y X) con pequeños bloques, algunos decorados, provenientes de los monumentos de Akenatón en Amarna. Se trataba de una práctica ritual bien conocida, denominada «reempleo», que consiste, para un faraón, en utilizar la obra de un predecesor como fundación sagrada de la suya propia. Contrariamente a una idea aceptada y mu-

chas veces repetida, Horemheb no fue el destructor de Amarna, quizá arrasada por Ramsés II; tales reutilizaciones muestran que el rey garantizó cierta continuidad al mensaje de Akenatón, integrándolo en sus pilonos de Karnak, en el seno del dominio de Amón.

La morada de eternidad de Horemheb, en el Valle de los Reyes,[119] es una maravilla restaurada recientemente. Aquí ya no hay deformaciones amarnianas, sino un arte de extremado refinamiento, nutrido de colores cálidos. Predominan las escenas de ofrendas a las divinidades, que veneran a un faraón eternamente joven, de mirada apacible y luminosa. La diosa de occidente lo acoge en su seno y le hace renacer. En las paredes, un nuevo texto de regeneración, el *Libro de las puertas*, que proporciona al faraón el nombre de los pasajes y de sus guardianes, que debe conocer para alcanzar el paraíso.

Ya lo hemos subrayado: Horemheb no era un místico y no omitió, como Akenatón, los aspectos temporales de su función. Ante el noveno pilono de Karnak se levantaba una estela colosal, de cinco metros de altura, conocida por el nombre de «Decreto de Horemheb». «Egipto, en este final de la XVIII Dinastía —recuerda el traductor de este asombroso documento, J. M. Kruchten— era un Estado civilizado y no un país sometido a la arbitrariedad del monarca y de sus agentes». Con todo, Horemheb percibió cierto número de injusticias a las que decidió poner fin. Y volvemos a constatar que la monarquía faraónica, lejos de ser una institución anquilosada, sabía mostrarse profundamente reformadora si era necesario y se preocupaba de la felicidad de la población.

«Yo conozco el interior de este país completamente —afirma Horemheb—, he llegado hasta lo más profundo del mis-

mo». Lejos de replegarse sobre sí mismo y de cerrarse al mundo exterior, a la manera de Akenatón, un faraón debe, por el contrario, conocer la medida de su tarea abrumadora conociendo a la perfección su país y su pueblo, sin adornar la realidad.

Elemento clave: saber de quién se rodea. Nombrar a estúpidos, débiles y corruptos conduciría al Estado al desastre. Así, pues, Horemheb escogió responsables discretos, de carácter justo, capaces de sondear los pensamientos. Gracias a ellos, todos deben vivir en paz y sentirse seguros.

Primera condición: que un dignatario con poder respete la ley de Maat, rechace todo compromiso, todo soborno, y que no quiera dar razones a un querellante que no tiene la razón de su lado. «Yo me he ocupado de Egipto —indica Horemheb — para que sea próspera la existencia de los que viven en él».

Ya que es conveniente ocuparse primero de sus propios asuntos, el rey reforma el protocolo de la corte y expulsa de ella a los incompetentes e inútiles. Desde este momento, cada persona se mantendrá en su sitio y llevará a cabo correctamente su función. En cuanto a los soldados de su guardia personal, ya no serán funcionarios nombrados vitaliciamente y con privilegios anormales. Bien remunerados, los nuevos elegidos serán seleccionados por tumo en los distintos regimientos. Y «será para ellos como si se tratase de una fiesta».

¿En qué se basa una verdadera reforma, que busca la armonía y la justicia? En Maat: regla, rectitud y coherencia. Cuando Maat vuelve a ocupar su lugar, gracias a la acción del faraón, el amor divino inunda Egipto y las Dos Tierras están llenas de gozo. Es para servir a Ra, la luz divina, por lo que el rey ha venido a este mundo. Aconsejado por su cora-

zón, sede de la conciencia, tiene la obligación de realizar la justicia, de aplastar al mal, y de destruir la iniquidad. Los planes que concibe y ejecuta el faraón son un puerto seguro para los justos y mantienen apartados a los ávidos. El rey debe mostrarse perseverante y vigilante en todo momento, y debe saber dictar sus reformas.

Entremos en los detalles de las dificultades del momento, empezando por un grave problema de circulación fluvial. En ciertas partes, algunos gangs, apoyados por funcionarios corruptos, efectúan actos de piratería. Ahora bien, una navegación segura, que permita a los servicios del Estado y a los particulares la utilización de sus barcos con total confianza, es uno de los aspectos vitales de una economía próspera. Horemheb actúa fuerte y rápido: pone fin a la corrupción, a la malversación de bienes, y sustituye a los jueces indignos. En un futuro, todo robo o toda utilización abusiva de barcos que sirven al interés general serán castigados severamente.

Otro grave problema: una banda de funcionarios se convertía en pequeños tiranos y se dispersaba por las aldeas para requisar, de manera ilegal, la mano de obra encargada de recolectar el azafrán y a la que no se autorizaba a abandonar su puesto ¡durante seis o siete días seguidos! El rey promete un terrible castigo a los agentes del Estado que continúen actuando así, de manera abusiva e intolerable: nariz cortada, trabajos forzados y reembolso a las personas afectadas de cada día de trabajo forzado. Por lo que respecta a los jueces corruptos que absuelvan a culpables notorios, podrán ser condenados a la pena de muerte.

¿Quién amenaza a las gentes sencillas? Los funcionarios que malversan los bienes del Estado y que se sirven de sus prerrogativas para oprimir a los administrados. En caso de

falta, deben ser castigados severamente para que cada egipcio, sea cual sea su rango, tenga la certeza de que la justicia de Maat se aplica a todos.

Otro ejemplo concreto: la recogida de pieles, en el campo, por parte de militares que hacen uso de su título y de su fuerza, maltratando y robando a los proveedores. Luego, el encargado de los rebaños, cómplice de los malhechores, acusaba a los desdichados ¡de no haber proporcionado la cantidad establecida! Las pieles robadas serán restituidas a sus legítimos propietarios, y los culpables recibirán, cada uno, cien bastonazos. A partir de ahora, sólo un encargado honrado sería habilitado como inspector del ganado en todo el país y para reunir las pieles de los animales muertos.

Y Horemheb emprende una gran reforma fiscal con el fin de aligerar el peso de los impuestos, considerado insoportable. Demasiadas tasas abrumaban a los alcaldes y perturbaban la circulación de los barcos por el Nilo; los propios ediles deducían una parte demasiado importante de los ingresos de los particulares. El rey abolió un impuesto sobre el forraje que, de manera excesiva, despojaba al campesino del fruto de su trabajo.

Una fuente de ahorro importante fue la supresión de un gran número de funcionarios, perfectamente inútiles, como los guardianes de los simios. No contentos de sus escasas horas de trabajo, aprovechaban su tiempo libre para recaudar tasas inicuas. Al reducir el aparato del Estado, poniendo a trabajar a un número suficiente de funcionarios, Horemheb hizo sustanciales economías y conservó la prosperidad.

La conclusión del decreto es admirable:

> Tan cierto como que mi existencia en la tierra es estable [consagrada de manera constante] a elevar los monumentos de los dioses, yo renaceré indefinidamente, semejante [en eso] a la luna…
>
> Yo soy alguien cuyos miembros han iluminado los límites de la tierra como el disco del sol, alguien cuyo brillo es tan fuerte como el de Ra.

Así, Horemheb se presenta como el tercer término que une el sol y la luna, el brillo y la acción, la sabiduría de Ra y la de Osiris. Fue como hijo del cosmos y hermano del universo como llevó a cabo en la tierra una justicia de origen celeste. Confiere de nuevo a la función faraónica todas sus dimensiones, desde la más alta percepción de la vida en espíritu hasta la sana gestión de la existencia material. De esta armonía dependen la grandeza de una civilización y la felicidad del pueblo.

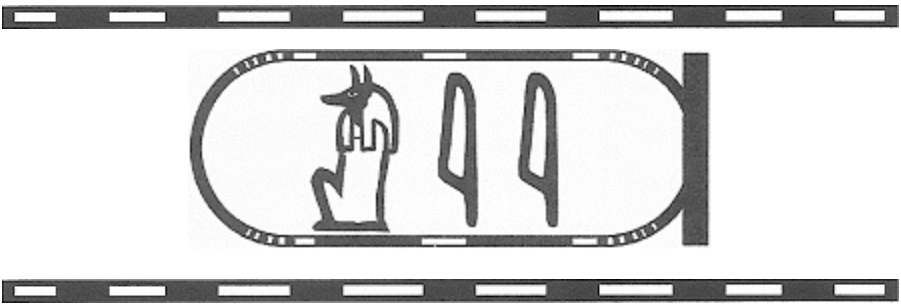
Bibliografía

Hornung, E., *Das Grab des Horemheb im Tal der Könige*, Berna, 1971.

Kruchten, J. M., *Le décret d'Horemheb*, Bruselas, 1981.

Moschetti, E., *Horemheb. Talento, fortuna e saggezza di un re*, Turin, 2001.

XXI
SETI I



El señor del poder

Al morir Horemheb, hacia el 1293 a. C., el consejo de los sabios decidió elevar a la función suprema a un viejo visir, Paramessu, que había servido fielmente al rey. Su reinado fue breve,[120] pero tuvo el honor de fundar un linaje ilustre, convirtiéndose en el primero de los Ramsés.

Con todo, su sucesor, es decir, su hijo, que era ya un hombre maduro, no tomó el nombre de Ramsés sino el de... Seti, el hombre de Set, ¡dios temible y asesino de Osiris!

Sorprendente decisión, realmente. ¿Cómo un faraón podía afirmarse como la encarnación terrenal de una potencia divina tan peligrosa, que sembró el desorden y la confusión, desencadenando la violencia y la tempestad? ¡Era necesario que este hombre severo, cuyo rostro conocemos gracias a la momia admirablemente conservada, poseyese un carácter excepcional para asumir un riesgo como éste!

Durante unos quince años,[121] Seti I utilizará efectivamente el poder de Set, no para destruir, sino para construir un reino espiritual y temporal al mismo tiempo, uno de los períodos más notables de la civilización egipcia, por lo que este faraón fue considerado «renovador de los nacimientos» y aquél que recomenzaba la creación, es decir, fundador de una nueva dinastía.[122]

¿Por qué esta sorprendente opción de Set? Porque este dios de rostro inquietante,[123] ligado a la monarquía faraónica ya desde la primera dinastía, posee la energía necesaria para vencer a la serpiente monstruosa que trata de interrumpir el avance de la barca del sol. Además, como anota J. C. Goyon, se dedica a «aniquilar toda empresa humana creando desorden». Así, pues, se da el tono: al domar a Set, el faraón lucha eficazmente contra el caos y las tinieblas. Y «aquél que actúa según la orden de su dios no fracasará en ninguno de sus actos».

No hay por qué sorprenderse, por tanto, del extremo rigor adoptado por Seti I para garantizar la seguridad de Egipto, amenazado por el surgimiento del poderío hitita, las incursiones de los beduinos nómadas en el Delta, la incivilidad de los libios en el flanco noroeste de Egipto, o los intentos de rebelión de algunas tribus nubias. Disponiendo de tres cuerpos de ejército colocados bajo la protección de Amón, Ra y Set, el rey efectuó operaciones de mantenimiento del orden tan vigorosas como eficaces. Gracias a éstas, ya no hubo problemas en las rutas comerciales y en las pistas que llevaban al Sinaí y a las minas de oro de Nubia.

El rey recorría en persona estas pistas. Guiado por el espíritu divino, inspeccionaba las canteras e indicaba a los canteros cuáles eran los mejores filones que proporcionarían la

materia prima de los obeliscos, de las estatuas y de las estelas. Y en el camino árido del desierto oriental, Seti I realizó incluso un milagro. Ejerciendo sus talentos de radies tesis ta, halló una fuente necesaria para la supervivencia de los técnicos y soldados que formaban la expedición. El rey probó así su capacidad para entrar en contacto con el Nun, el océano de energía del que emanan todas las formas de vida. «Hizo surgir agua de las montañas», constataron sus compañeros. Guiado por dios, Seti les proporcionó un agua tan abundante que parecía provenir de la caverna de Elefantina donde nacía la crecida del Nilo. Nadie murió de sed, y la pista fue jalonada con pozos.

Como todos los grandes sabios, Seti I veneró a sus antepasados, que le inspiraron un formidable programa de construcciones. En pocos años, este faraón hizo edificar varias maravillas, la mayoría hoy intactas, con una finalidad concreta: cumplir lo que era *aj*, «luminoso, útil», con el fin de preservar la presencia de Maat en la tierra.

En el Delta, en Avaris, el rey embelleció el templo de Set, su dios protector; en Heliópolis, el de Ra. Subsiste un obelisco, hoy en exilio en Roma, en la *piazza* del Popolo.

La primera gran obra de Sed I fue el templo de Abydos, al que estaba reservada la mayor parte del oro proveniente de Nubia. El oro, carne de los dioses, símbolo de la resurrección de Osiris y de una vida de eternidad. Seti, el hombre de Set, asesino de su hermano Osiris, utilizó su poder para construir un templo extraordinario al dios no de todos los muertos, como se ha repetido equivocadamente, sino únicamente de los «veraces de voz», reconocidos como tales por el tribunal del más allá.

El templo de Seti I tiene la forma del signo *neter*, «Dios», un asta equipada con una oriflama, levantada delante de los pilonos para anunciar la presencia de lo sagrado. Esta escuadra de brazos desiguales está regida por el número siete: siete puertas de acceso, siete tramos, siete santuarios consagrados a siete divinidades.[124]

Descubrir el templo de Abydos es una experiencia inolvidable. Nutridos con una visión espiritual surgida del conocimiento de los misterios de Osiris, la belleza de los bajorrelieves nos recuerda que Atum, el creador, se mostró satisfecho con los planes de Seti I y le permitió entrar en sus dominios como él mismo penetra en el país de la luz.

Aquí, con ocasión del ritual cotidiano el faraón despertaba en paz a la potencia divina tirando del cerrojo que cerraban las puertas de la naos, es decir, el dedo de Set. El faraón sacaba la estatua, que medía un codo (52 centímetros), la incensaba, la vestía y la alimentaba presentándole las múltiples formas del ojo de Horus, símbolo de todas las ofrendas. Las puertas del cielo se abrían, el secreto por naturaleza era revelado. El rey elevaba a Maat hacia el Príncipe, luego restituía la luz a su origen y se retiraba borrando las huellas de sus pasos.

Los textos de Abydos permiten conocer en detalle el desarrollo del «culto divino diario», uno de los actos más importantes ligados a la función faraónica. Al alba, el faraón, allí donde se encontrase, hacía renacer así la vida fuera de la muerte. Y en todos los santuarios del país, grandes y pequeños, un ritualista llevaba a cabo en su nombre el mismo ceremonial.

Abydos reserva otras sorpresas. En primer lugar, el ala sur del templo, en la que se ve al faraón Seti I haciendo ofrendas

a setenta y seis predecesores. Esta galería de los antepasados es una elección de los monarcas que, a lo largo de las dinastías, han construido Egipto según la ley de Maat. Al rendirles homenaje, Sed I afirma la importancia de la Tradición y la integra en su propio ser para, a su vez, convertirse en el pedestal del futuro soberano.

Seguidamente, un edificio de una importancia considerable, el cenotafio u Osireion, por desgracia mal situado e inaccesible a los visitantes. Su mantenimiento y restauración, así, deberían ser urgentes, pues este monumento notable nos conduce al corazón de los misterios de Osiris. Inspirándose en la arquitectura del Imperio Antiguo, Seti I hizo representar la colina primordial aparecida la primera mañana del mundo, equivalente a la isla de Osiris, rodeada por un canal. Estamos en presencia de la tumba del dios asesinado que Isis, la gran maga, debía hallar con el fin de proceder a los ritos de resurrección, y podemos deplorar que a este santuario de importancia fundamental no se lo haya valorado más.

Abydos bastaría, por sí solo, para inmortalizar a Seti I. Pero el rey inició nuevas obras en Karnak. Al igual que sus antecesores, se creía obligado a embellecer el templo de Amón y no se contentará con poco, ya que creó la inmensa sala hipóstila sobre 134 columnas que provoca asombro y admiración en cada visitante. Aquí reinan Atum, el príncipe creador, Amón, la potencia oculta, y Ra, la luz divina. Al penetrar vivo en el mundo de los dioses, el faraón nos revela su funcionamiento a través de los rituales desarrollados por los bajorrelieves. De este modo permite conocer los misterios que están en el cielo. Con 52 metros de profundidad y 103 de anchura esta sala gigantesca es el lugar de realizaciones del señor de los dioses y la perfecta estancia de la Enéada. Asis-

timos al culto divino cotidiano, a la coronación, a la fundación y a la consagración del templo, y a la procesión de las barcas. El faraón se transforma en estrella fulgurante que lanza chorros de fuego, y hace aparecer a Amón como toro, cocodrilo, soplo de fuego, fiera terrible, grifo divino, de un poder tal que nadie podría doblegarlo, ni en el cielo ni en la tierra.

Abydos, la sala hipóstila de Karnak... La actividad arquitectónica de Sed I no terminó ahí, pues construyó, en la orilla oeste de Tebas, un admirable «templo de millones de años»,[125] que posee una parte, en buen estado de conservación, que ha sido restaurada. Su nombre —«Seti es un ser luminoso, en la morada de Amón»— corresponde al de la sala hipóstila de Karnak, íntimamente relacionadas, ambas obras maestras insisten en la noción fundamental de *aj*, el estado espiritual más elevado, la comunión con la luz del origen.

En este templo no se trataba, como se ha escrito con frecuencia, de rendir culto al rey difunto, sino de proclamar ritual y cotidianamente su resurrección como Osiris. De este modo se regeneraba la función real en sí misma, transmitida por intermedio del *ka*, potencia creadora que pasaba de faraón en faraón para formar un único ser real, más allá del tiempo y de las dinastías.

Recorriendo las salas a un tiempo grandiosas y austeras del templo de regeneración de Seti I, y a pesar de la destrucción del santuario solar, se siente todavía la amplitud de los actos rituales celebrados en este lugar. Como en Abydos, como en Karnak, reina un fuego dominado y sereno.

Y este constructor excepcional llevó a cabo un último prodigio: su morada de eternidad, que algunos consideran la más bella tumba del Valle de los Reyes.[126]

La más larga, un centenar de metros: ofrece un repertorio casi completo de lo que se califica como «libros funerarios reales», conjunto de textos esotéricos destinados a la recreación del alma del faraón, vencedor de la muerte.

En las paredes del primer corredor aparecen por primera vez las *Letanías del sol*, que desvelan los setenta y cinco nombres y formas de Ra, la luz divina. Luego viene el *Amdwat*, «el libro de la cámara oculta», cuyas fórmulas permiten franquear el pozo en el que el alma real se sumerge en las aguas del Nun, el océano de energía primordial, matriz del nuevo sol. Posteriormente, gracias al *Libro de las puertas*, el rey atraviesa el mundo subterráneo, sin sufrir daños, para alcanzar el tribunal de Osiris que lo reconoce «veraz de voz». El *Libro de la vaca celeste* evoca la destrucción de la humanidad que se ha hecho rebelde traicionando a la luz y que se salva en el último momento gracias a las fórmulas del conocimiento. Ra permanecerá para siempre alejado del mundo terrestre manteniéndose sobre el lomo de la vaca del cielo, a buena distancia de una raza peligrosa a la que, pese a todo, continuará iluminando.

La tumba de Seti I, que no ha sido estudiada nunca en profundidad, contiene una «morada del oro», lugar de realización de la transmutación y de la fusión alquímica entre Ra y Osiris, a los que se asimila el faraón. Un techo de estrellas, constelaciones y planetas acogen a «aquél que se despierta intacto», el faraón resucitado que ilumina el camino de los justos. Desde ahora, vivirá en el cielo en compañía de las estrellas imperecedera* y de los planetas infatigables.

Esta sala del oro, punto de llegada de un recorrido de una riqueza inigualable, no es el término de esta morada de eter-

nidad. En efecto, un pasillo no decorado se dirige hacia el interior de la roca, más allá de lo visible.

Realizada en menos de quince años la obra de Seti I supera a la de su hijo Ramsés II, al que asoció al poder en el año IX de su reinado. La longevidad de Ramsés el Grande eclipsó el genio de su padre, amo de Abydos, de Karnak de Gurna y de la tumba de este inmenso soberano que proporciona una visión completa de la espiritualidad y de la sabiduría del Antiguo Egipto. Extrañamente, los investigadores no se interesan por él, y Seti I continúa siendo desconocido y poco estimado. Sin duda ya no disponemos de las cualidades de percepción necesarias para asimilar el mensaje de este alquimista de mirada de fuego que supo transmitir, sin traicionarlos, los misterios de la transmutación.

Bibliografía

Brand, P., *The Monuments of Seti I and their Historical Significance. The Epigraphic, Art historical and historical analysis*, Leiden, 2000.

Burton,H. y Hornung,E., *The Tomb of Pharaon Seti I. Das Grab Sethos' I*, Zúrich-Múnich, 1991.

David, A. R., *Religious ritual at Abydos, Warminster*, 1973.

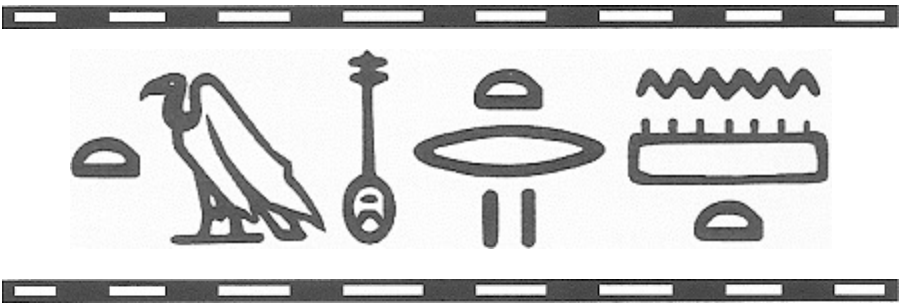
Frankfort, H., *The Cenotaph of Seti I at Abydos*, 2 vols. Londres 1933.

Guilhou, N., «La tombe de Séthy 1er», *Égypte*, nº 11, 1990 pp. 43-50.

Mathieu, B., «Séthy 1er., Pharaon du renouveau», *Egypte*, nº 11 1998, pp. 3-20.

Moret, A., *Le rituel du culte divin journalier en Egypte d'après le papirus de Berlin et les textes du temple de Séti 1^er^ à Abydos*, Paris, 1902.

XXII
NEFERTARI



Gran esposa real de Ramsés II y dama de Abu Simbel

Al morir Seti I, Ramsés II, preparado para el ejercicio del poder, sube al «trono de los vivos», que ocupará durante sesenta y siete años.[127] Los textos del templo de Luxor lo pintan como hombre de conocimientos y discípulo de Tot, con acceso a los libros de la Morada de la Vida.[128] Ramsés conoce los secretos del cielo y los misterios de la tierra. Ha sido elegido debido a su clarividencia, a la profundidad de su pensamiento y a la capacidad para establecer un plan de obras que mantendrá a la humanidad con vida.[129]

Para el gran público, Ramsés II encarna al faraón por excelencia. Es considerado el más grande de los constructores y un notable jefe de guerra. Pero la realidad es sensiblemente diferente. Si Ramsés construyó mucho durante su largo reinado, también reutilizó mucho y restauró numerosos mo-

numentos erigidos por sus antepasados, en los cuales puso su marca. En el campo militar, la famosa batalla de Qadesh, librada contra los hititas en el año V del reinado, no fue realmente una gran victoria, sino una especie de empate conseguido en el último momento, tras el fracaso de los servicios de información egipcios y tras una buena manipulación por parte de los hititas. Pero esta verdad histórica no interesa a Ramsés. Durante la batalla es traicionado y aislado. Al preguntar a su padre Amón por qué lo ha abandonado, provoca su intervención. Iluminado y habitado por la potencia divina, el faraón se convierte en el Uno que somete lo múltiple, la luz que dispersa las tinieblas.

Ante un interminable conflicto, que hace correr riesgos a ambos pueblo, los egipcios y los hititas prefieren llegar, en el año XXI del reinado, a un notable tratado de paz cuyos garantes y testimonios fueron las divinidades de los dos países.

En efecto, aparte de otros dos períodos bélicos, en los años VII y X (cuando tuvieron lugar operaciones de mantenimiento del orden en la región sirio-palestina, y no precisamente guerras), el reinado de Ramsés fue una era pacífica, y la diplomacia sustituyó a las armas. Una mujer, la gran esposa real Nefertari, jugó un papel determinante para evitar los conflictos y mantener buenas relaciones con los hititas, el principal adversario, y ofrecer al Oriente Próximo años de gran tranquilidad y prosperidad.

¿Qué sabemos de esta reina excepcional, cuyo mensaje espiritual fue transmitido por dos monumentos conocidos universalmente, el «pequeño» templo de Abu Simbel y su tumba del Valle de las Reinas? Ella fue el gran amor de Ramsés II, y estaban casados desde antes de formar la pareja real, el ser del faraón. Quizá de origen relativamente modesto, lleva

un nombre notable, que significa «aquélla a quien pertenece la belleza realizada», con frecuencia seguido del epíteto «amada de Mut», la esposa del dios Amón. Se la califica igualmente como «aquélla por la que el sol es radiante» y como «aquélla que apacigua a los dioses», epítetos dignos de un faraón.

Soberana del doble país y señora de todas las tierras, dulce de amor, mereciendo todas las alabanzas, cantora ritual de bello rostro y de voz maravillosa, Nefertari pronunciaba palabras de sabiduría ofreciendo la plenitud del espíritu a quienes las escuchaban. Todo lo que ella pedía se cumplía, y el gozo crecía al oírla.

Su nombre hacía referencia a la esposa del dios Ahmose-Nefertari, venerado en Tebas, y veremos que el rol espiritual de la esposa de Ramsés estuvo a la altura de su glorioso antepasado. Tan bella como la famosa Nefertiti, tan inteligente y diplomática como Tiyi, la esposa de Amenhotep III, Nefertari llevó a la perfección el ideal de las reinas de Egipto. Constantemente presente al lado del faraón, con ocasión de los grandes rituales de Estado, decidida a mantener la paz aunque garantizando la seguridad de las fronteras de Egipto, cumplió sin desfallecer deberes abrumadores.

Es imposible saber cuántos hijos dio a Ramsés II, pues «hijo real» e «hija real» eran títulos que no significaban en absoluto que sus beneficiarios fuesen descendientes carnales de la pareja real.

Sólo los egiptólogos en busca de récords creen todavía que Ramsés II fuese el padre de un centenar de hijos. Los «hijos reales», en realidad, constituyeron una especie de élite administrativa a la que el rey confió tareas importantes. Y para honrar a esta corporación, hizo excavar para ella una inmen-

sa tumba en el Valle de los Reyes, que está en curso de exploración.

No disponemos de ninguna anécdota sobre la existencia de Nefertari e ignoramos la fecha exacta de su muerte. En cambio, conocemos su pensamiento y su mensaje gracias a su templo y a su tumba.

Es en Nubia, en Abu Simbel, donde Nefertari y Ramsés II decidieron celebrar la unión de la pareja real, piedra angular de la institución faraónica. Siguiendo el ejemplo de Amenhotep III y de Tiyi, construyeron dos santuarios, esta vez muy próximos entre sí.

Y quien ha tenido la suerte de ver Abu Simbel en su verdadero emplazamiento, antes de que el templo fuese desmontado y vuelto a montar, lo que fue necesario debido a la desastrosa construcción de la gran presa de Asuán, ha vivido una visión inolvidable.

El lago Nasser se ha tragado Nubia, y la presa condena a Egipto a una muerte lenta. Los dos templos de Abu Simbel garantizan el retorno de la crecida, fuente de vida.

Rio abajo desde la segunda catarata, 1.300 kilómetros al sur de Pi-Ramsés, la capital de Ramsés II, habían sido excavados en un acantilado dedicado a la diosa Hator. Soberana del amor celeste y diosa de las estrellas, consolidaba para siempre la unión de la pareja real. En el año XXIV del reinado, Ramsés y Nefertari inauguraron estos santuarios y se supone que la reina murió poco después de la ceremonia.

El «gran templo», dedicado a Ramsés, está precedido por cuatro colosos sentados; el «pequeño» templo, dedicado a Nefertari, «por el resplandor del sol», de seis colosos de pie y caminando, que salen del acantilado. Maat y Tot actúan a

favor de la reina, que ofrece papiros y lotos a su diosa protectora, Mut, que es la vez «madre» y «muerte».

Con las manos puras cuando maneja los sistros con el fin de disipar las fuerzas negativas y difundir las energías constructivas, Nefertari explora el pantano primordial en busca de la diosa Hator, que descubre en el fondo de una gruta, matriz del universo. Dotada con el poder y la magia de la vaca celeste, la reina puede, entonces, alimentar el alma real y hacerla suficientemente fuerte para vencer a las tinieblas.

Por otro lado, se ve a Nefertari, en su templo, acoger a Ramsés y actuar para que la diosa Hator le confiera una realeza eterna, renovada sin cesar, confirmada por Set y Horus. Así construido, como un templo, Ramsés ofrece la Regla de Vida, Maat, a Amón-Ra, la luz creadora que ilumina al mundo aun permaneciendo secreta. Juntos, Nefertari y Ramsés veneran a una diosa llamada «la Grande», encarnada en un hipopótamo hembra, dando nacimiento a todas las divinidades.

El templo nos ofrece una escena única: la coronación y la «divinización» de una reina de Egipto. Dos diosas, Isis y Hator, colocan una corona rematada por dos altas plumas[130] que enmarcan un sol y la magnetizan. En la frente de Nefertari, el ureus, cobra hembra cuya misión es apartar a los enemigos visibles e invisibles. La gran esposa se convierte en la Madre, origen de toda vida y fuente de la crecida regeneradora. En un solo bajorrelieve, el pequeño templo de Abu Simbel ilustra las múltiples dimensiones simbólicas de una reina de Egipto.

La tumba de Nefertari fue descubierta en 1904 por una misión arqueológica italiana que dirigía Eduardo Schiaparelli. La de Tutankamón contenía un inmenso tesoro formado por centenares de objetos, pero sólo una pequeña sala estaba de-

corada parcialmente; la última morada de Nefertari, por el contrario, ofrece varias salas, con los admirables bajorrelieves, de colores calientes, que forman un libro de símbolos que traza el itinerario iniciático vivido por la reina.[131]

Subsisten algunos enigmas. El mobiliario funerario de Nefertari, ¿fue destruido o simplemente disimulado? Su momia, ¿fue devastada o depositada en un escondrijo? ¿Por qué los saqueadores dejaron intacto un decorado sublime, poblado de divinidades?

Desde la entrada de esta morada de eternidad, verdadero «lugar de Maat», nos asombramos por la perfección de los personajes y de los jeroglíficos. Nosotros penetramos en el cielo para seguir el camino que condujo a Nefertari hacia la «sala del oro» donde, convirtiéndose en el material de la obra alquímica, fue integrada para siempre en la corporación de las divinidades.

Aquí se ilustran las «fórmulas de transformación en luz»[132] que permiten a la reina abandonar su condición humana para alcanzar los más elevados estados espirituales. Prueba temible, con anterioridad: jugar al *senet*, un juego de estrategia, ante un adversario invisible. El término *sen* significa, con ocasión de este duelo, «pasar al otro lado», «atravesar la frontera» entre el aquí abajo y el más allá. Al obtener esta victoria decisiva, Nefertari hace aparecer su *ba*, su alma de cabeza humana y cuerpo de ave que se nutre de los rayos del sol. Ella se convierte en el fénix (el ave *benu*), que puede supervisar lo que es y lo que era.

Iluminada por el ojo de Horus y guiada por Anubis, Nefertari recorre los caminos del otro mundo, nombra a los guardianes de las puertas y prueba sus cualidades de iniciada. Como tejedora, presenta las telas a Ptah, maestro de los arte-

sanos; como escriba, instruida por las palabras del poder, recibe la paleta de Tot, asociando las facultades de «ver» y de «oír». «Yo hago Maat, yo traigo Maat», proclama la reina, capacitada para recibir y transmitir los secretos del gran Dios.

Nefertari no procede por azar. Horus y Hator, cogiéndola de la mano, la conducen junto a las fuerzas divinas de las que se hace depositaría. Es iniciada al mismo tiempo a los misterios de Osiris, soberano del reino de la resurrección, y a los de Ra, dueño de la luz creadora. Y un texto notable indica: «Ra se realiza en Osiris, Osiris se realiza en Ra». Isis y Neftys forman un nuevo sol, al que se identifica Nefertari.

«Ojalá puedas aparecer en el cielo como el padre Ra —se le desea a la reina—; ojalá puedas ocupar un lugar en el interior de la tierra sagrada; ojalá puedas gozar en el lugar de Verdad (Maat) después de haberte unido a la Enéada de los dioses, tú, el Osiris Nefertari».

Al final de su recorrido, la reina sostiene el signo de la vida, una vida transfigurada, conquistada gracias al conocimiento.

Además de su fabulosa cualidad artística, la morada de eternidad de Nefertari es un verdadero libro cuyos capítulos corresponden a las etapas de la iniciación suprema de una reina de Egipto. En este sentido, esta obra maestra posee un valor excepcional y nos permite percibir mejor la importancia de esta función considera principal desde los orígenes de la civilización faraónica.

Bibliografía

Kuentz, C., *Le Petit Temple d'Abou Simbel*, El Cairo, 1968.

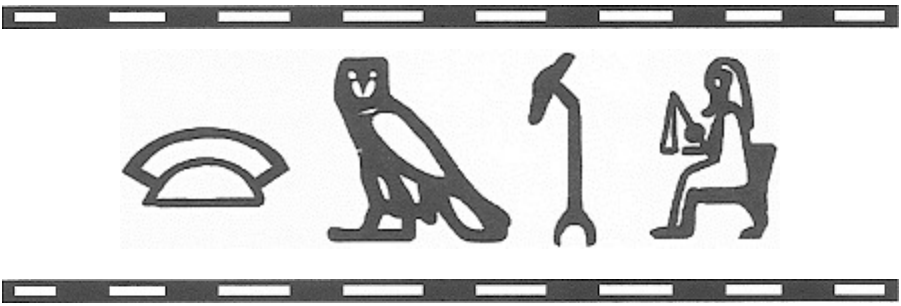
Leblanc, C., *Néfertari, «l'aimée de Mout»*, París, 1999.

Schmidt, H. C., «Szenarium der Transfiguration-Kulisse des Mythos: Das Grab der Nefertari», *Studien zur altägyptischen Kultur*, 22, 1995, pp. 237-270.

— y Willeitner, J., *Nefertari, Gemahlin Ramses II*, Maguncia, 1994.

Thausing, G. y Goedicke, H., *Nefertari. A Documentation of her Tomb ans its Decoration*, Graz, 1971.

XXIII
KHAEMWASET



Un sabio maestro de obras y arqueólogo

Al morir Nefertari, Ramsés II se casó con Isis-Nefret, que no tuvo la misma importancia que aquélla. En cambio, su hijo Khaemwaset, «aquél que aparece[133] en Tebas», tuvo una carrera notable y fue considerado, ya en vida y después de la muerte, un sabio. Ya desde la infancia dio pruebas de una inteligencia sobresaliente, y en toda ocasión quedó confirmado lo acertado de su pensamiento. Dotado para la escritura de los jeroglíficos y la lectura de los textos esotéricos, se mostró capaz de descifrar el mensaje de Tot, al estar sin cesar vigilante ante la palabra de los dioses.

Y el maestro de los escribas, el dios con cabeza de ibis, gozaba al verlo. Amado por las potencias creadoras, Khaemwaset llevaba a cabo lo que les era útil a éstas.

Tales disposiciones predestinaban al joven a ejercer altas funciones en el universo de los templos, en el que se convir-

tió rápidamente en uno de los principales dignatarios. El toro Apis lo designó, siendo niño, a la atención del dios Ptah, creador del verbo y del artesanado, y Khaemwaset se convirtió en su gran sacerdote. Maestro de obras y superior de talleres, construyó moradas para los dioses, grabó palabras eficaces en sus muros, instauró servicios de ofrendas diarios y estableció el calendario de las fiestas del cielo.

Khaemwaset cuidó especialmente la Morada del Oro en la que trabajaban los artesanos iniciados, y abría él mismo la boca y los ojos de las estatuas con el fin de transformarlas en seres vivientes. Y se precisa que esta morada, esencial para los egipcios, recibió «todas las piedras de valor superior».

En el año XVI de Ramsés II, este superdotado ofició, en Menfis, junto a su ilustre padre, con ocasión de los funerales grandiosos de un toro Apis, «el heraldo de Ptah», encarnación terrestre del dios de los constructores. Desde la I Dinastía el ritual de la corrida del toro Apis manifestó el poder del *ka* real, la energía de reinado sin la cual ningún faraón podría ejercer su función.

Fiel servidor de una entidad divina compuesta por Apis, Osiris y Sokaris,[134] Khaemwaset emprendió importantes obras en el Serapeum, la necrópolis de los toros Apis, donde cada uno de ellos, debidamente momificado y «osirianizado», reposaba en un sarcófago. Para los egipcios, el animal no era inferior al ser humano, e incluso le era superior en la medida en que encarnaba, sin traicionarla, una potencia divina.

El hijo de Ramsés hizo acondicionar galerías subterráneas destinadas a los toros sagrados y un templo en honor de Apis. Erigió un monumento en piedra para celebrar su resurrección, al final del ritual de los funerales, y un gran altar

en piedra caliza con el fin de perpetuar un culto al *ka* vencedor de la muerte. En las paredes del patio donde se encontraban estos monumentos, los celebrantes podían leer las fórmulas de la apertura de la boca y de los ojos, y los rituales de ofrendas.

Khaemwaset reorganizó al personal del Apis, y los nuevos sacerdotes, satisfechos por su nombramiento y conscientes de sus deberes, se lo agradecieron. Todo favor otorgado al alma del toro, encarnación del poder real, revertiría sobre ellos.

Ramsés II encargó a su hijo que organizase sus fiestas de regeneración, durante las cuales, según la tradición del Imperio Antiguo, se colgaba del taparrabos una cola de toro, recargada de poder mágico por el conjunto de las divinidades. La costumbre requería que esta fiesta-*sed* se celebrase el año XXX del reinado. Ciertos monarcas, estimando que sus capacidades habían disminuido, adelantaron la fecha. Debido a las fatigas de la edad, cada vez más pesadas, Ramsés II celebró varias fiestas de regeneración, a intervalos cada vez más próximos entre sí.

Khaemwaset no fue solamente gran sacerdote de Ptah y jefe de los artesanos. Se interesó mucho por los monumentos de la necrópolis menfita, los examinó con atención y llevó a cabo las restauraciones necesarias, homenajeando de este modo a los antepasados. Es la razón por la cual es considerado un «príncipe arqueólogo», aun cuando sus motivaciones no tenían nada de científicas, en el sentido moderno de la palabra. Khaemwaset no estudiaba las antigüedades con la mentalidad de un técnico, sino que prolongaba la vida de piedras animadas, cargadas de poder.

Él, que había inspeccionado varias veces las canteras, especialmente la del Dyebel el-Silsileh, apreciaba el valor de los bloques nacidos en el vientre de las montañas y la importancia de las obras edificadas por los antiguos. Conocía a la perfección el conjunto sagrado de Saqqara, el modelo de todos los templos de regeneración creados por Imhotep, y veneraba su memoria. Le consagró un estanque para libaciones, perpetuando así el nombre del genial maestro de obras.

Khaemwaset se ocupó de las pirámides de Pepi I (VI Dinastía) y de los monumentos anexos, algunos de los cuales se habían deteriorado. Restableció un culto a la memoria de este soberano y no olvidó los edificios anteriores, de la V Dinastía, como la mastaba Faraón,[135] el templo solar de Neusera o la pirámide de Sahura. En cada caso, Khaemwaset hace revivir el nombre de estos soberanos reinstaurando fundaciones cultuales que preserven su memoria y los sitúen en el presente.

Este gran especialista de la edad de oro de las pirámides no omite la de Unas, la primera que reveló los textos de transfiguración concebidos y formulados por los sabios de Heliópolis. En el flanco sur del monumento, una inscripción recuerda la intervención de Khaemwaset, que, sin duda, estudió de cerca los *Textos de las Pirámides*, fundamento del pensamiento egipcio.

El restaurador de los monumentos antiguos de Menfis fue asimismo el descubridor de uno de los capítulos del *Libro para salir al día*, el 162, una fórmula para hacer aparecer una llama sobre la cabeza purificada. El cuerpo de luz está iluminado él mismo por este fuego sobrenatural, que es el origen de la aureola que rodea la cabeza de los santos cristianos.

Tras haber organizado cinco fiestas de regeneración de Ramsés II, Khaemwaset murió el año LV del reinado. ¿Su padre había pensado como sucesor en este sabio interesado por el conocimiento, los textos esotéricos y de arquitectura sagrada? Khaemwaset no parece haberse interesado por el ejercicio del poder, aunque sí apareció como uno de los principales personajes del Estado. Deseó ser inhumado en Menfis, en una capilla de los subterráneos del Serapeum, cerca de sus queridos toros Apis, pero tuvo que contentarse con un sarcófago de madera, aunque el rostro de su momia fue cubierto por una máscara de oro, prueba de la transmutación de su *ka* y de su acceso al universo divino.

Su renombre no se extinguió y perduró hasta el final de la civilización egipcia. E incluso Khaemwaset se convirtió en héroe de una novela bajo el nombre de Setne Jamois.[136] Gran sabio, erudito sin igual, sabía leer los textos sagrados de la Morada de la Vida, los de las estelas y las inscripciones de los templos. Conocía las virtudes de los amuletos y de los talismanes, era el más grande de los magos. Y no ignoraba el lugar donde se encontraba el *Libro de Tot*, que contenía los secretos del cielo, de la tierra y de la matriz estelar. De este tesoro emanaba la luz que iniciaba a los sabios en los misterios divinos.

Pero una serpiente inmortal, enroscada alrededor del cofre que contenía el libro, prohibía el acceso a éste… ¡excepto a Setne Jamois! Superando todos los obstáculos, consiguió extraerlo de su escondrijo. Y cuando tuvo en sus manos este valioso grimorio, la luz avanzaba delante de él.

En realidad, el autor de la novela se ha mantenido próximo a la realidad. Khaemwaset era un sabio, un escriba y un mago iniciado en los secretos de la Morada de la Vida y se

enfrentó a pruebas semejantes para descubrir el *Libro de Tot*, que realmente existió.

En el apogeo del poder ramésida, Khaemwaset mantuvo el ideal de la sabiduría, tan bien encarnado por los modelos de los tiempos de las pirámides. Gracias a él se perpetuó la tradición de la edad de oro.

Bibliografía

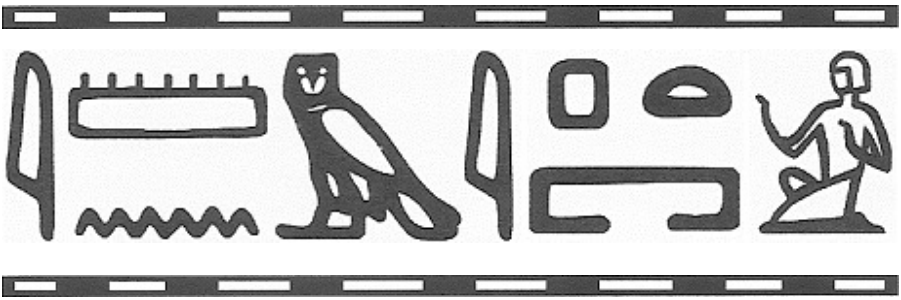
Barbotin, C., «L'inscription dédicatoire de Khâemouaset au Sérapeum de Saqqara», *Revue d'Égyptologie* 52, 2001, pp. 29-56.

Fisher., M. M., *The Sons of Ramesses II*, 2 vols., 2001 (I. 89-105. II 89-127).

Gomaà, F., *Chaemwese Sohn Ramses II und Hoherpriester von Memphis*, Wiesbaden, 1973.

Maystre, C., *Les Grands Prêtres de Ptah de Memphis*, Friburgo/Gotinga, 1992, pp. 147-156.

XXIV
AMENEMOPE



La sabiduría de un escriba rural

Hacia finales de la época ramésida[137] vivía en el Medio Egipto, en la región de Abydos, un escriba, director de los campos, llamado Amenemope, hijo de Kanajt.

El período no es precisamente de los más tranquilos: una crisis económica, corrupción entre los funcionarios, bandas de bandoleros que se atreven a saquear las tumbas tebanas en busca de tesoros. El poder central se debilita, se acentúa la pérdida de valores.

En este clima turbulento, Amenemope trata de hacer su trabajo lo mejor que puede, garantizando la buena gestión de los terrenos aptos para la agricultura. Encargado de los cereales, controla atentamente las medidas y planifica las cosechas. Esta tarea implicaba vigilar con exactitud los límites catastrales, la redacción precisa de los textos administrativos

y el adecuado desarrollo del proceso de redistribución de las riquezas.

Discípulo de Tot, este escriba es tan sólo un gestor; habiendo frecuentado el templo, y practicado el arte de los jeroglíficos, decidió redactar una «sabiduría» en treinta capítulos y en verso, con el fin de transmitir su experiencia y luchar contra las malas acciones y las actitudes deshonestas. No soportaba que los individuos malvados traicionasen la ley de Maat. Amenemope se inspiró en ilustres antepasados, tales como Ptah-Hotep y Ani, y redactó unas *Enseñanzas para la vida y directrices de salud, para dirigir a un hombre por el camino de la vida, de modo que se expanda en la tierra, para hacer que su corazón entre en su santuario, sirva de timón y le permita evitar el mal.*

A quien quiera escucharlos, los preceptos de Amenemope le permitirán obtener el oído de los grandes y gozar de una buena reputación entre la población. Pero el sabio ha de recordar, continuamente, que los designios del hombre son siempre mínimos con respecto al plan divino. «El hombre es arcilla y paja. Dios es su constructor, él destruye y reconstruye cotidianamente».

Nadie conoce el plan divino. Es inútil, pues, angustiarse respecto al día de mañana. La verdadera felicidad es alcanzar el Bello Occidente, preservado en la mano de Dios. Lo que triunfa es el pensamiento divino; el hombre, en cambio, conoce el fracaso. Los humanos hablan, Dios actúa. Para él, por otro lado, no existe ni triunfo ni fracaso; y quien quisiese triunfar olvidándose del plan divino fracasaría en un instante.

La rectitud y la honradez son valores esenciales. Como fiel discípulo de Tot, que vigila la balanza, Amenemope exige

que no se la manipule, de igual modo que no hay que falsificar los pesos ni modificar las fracciones de los celemines. Especialista en la medición de grano, el escriba se muestra particularmente puntilloso: nada de rellenar los bordes, nada de huecos inadecuados y la buena dimensión correspondiente a una cantidad concreta.

Este celemín es el ojo de Ra. Constatamos así la importancia simbólica y el alcance espiritual de un objeto de la vida cotidiana, poniendo a los humanos en contacto con el mito. Un mensurador deshonesto atenta contra este ojo, es decir, contra la luz divina, y se convierte en aliado de las tinieblas. Entonces, el ojo lo quema con su fuego.

Amenemope no transige con la falta de honradez. No se debe mover un mojón, ni desear un simple codo de tierra, ni invadir la propiedad de una viuda.

Y cuando se nos llama para sentarnos en el tribunal, es conveniente conservar una mirada lúcida para no despojar a la persona honrada y justa. La justicia, ¿no es acaso el don más preciado de Dios? Preservarlo implica no aceptar sobornos, no favorecer a un personaje importante en detrimento de un débil, y no dejarse seducir por un rico para despreciarlo si se vuelve pobre.

Como otros muchos sabios antes que él, Amenemope insiste en la necesidad de escuchar. «Da tus dos oídos —recomienda—, pon en tu corazón lo que te dicen». Las palabras de sabiduría se parecen a una reserva de provisiones para la vida, sirven de poste de amarre que permite no ser arrastrado por una oleada de palabras inútiles.

En el templo, el individuo apasionado de carácter turbulento se parece a un árbol al que le falta la luz. Su crecimien-

to se interrumpe, ya no da hojas y acaba como leña para quemar. Aquél que es verdaderamente silencioso, en cambio, crece como un árbol plantado en un terreno inundado de luz. Verdece de manera notable, sus hojas son espléndidas, a su propietario (el dios del templo) le produce placer contemplarlo. Sus frutos son sabrosos; su número, beneficioso. Y su madera, agradable de trabajar, se verá confiada a un escultor que dará forma a una estatua.

Amenemope recomienda evitar a las personas excitadas de discurso turbulento. En caso de enfrentamiento, no hay que agredirlos, sino dejar pasar la tormenta sin reaccionar. La prudencia consiste en no combatir y en alejarse de estos individuos a los que Dios responderá de manera tajante.

Al silencio se añade el respeto, que no debe manifestarse de manera ruidosa y ostentosa. Fijémonos en el cocodrilo, nos indica Amenemope; según la mitología, su lengua ha sido cortada, por lo que no puede dedicarse a charlar. Con todo, este ser silencioso inspira terror y nadie osa insultarlo.

Merecer el respeto ajeno, no desplegar los sentimientos delante de todo el mundo y evitar a los parlanchines. El silencio no es sólo una simple ausencia de palabra, sino una preparación a la formulación. Si la lengua se presenta como el timón de un barco, el único piloto es el señor de la eternidad; asimismo, no se debe gobernar su existencia con la lengua, sino haciendo sólido su espíritu, teniendo un peso espiritual y consolidando su corazón.

Si nos entra gana de decir algo malo, callémonos y no profiramos palabras destructoras. Nuestra lengua debe servirnos para formular propósitos constructivos, con el fin de hallar nuestro justo lugar en el templo. Y recordemos que Dios de-

testa las palabras falsas y la incoherencia. Por este motivo castiga a los mentirosos y a los perjuros.

Un escriba ejerce un poder no pequeño. Lo que escribe puede tener graves consecuencias; así, se cuida de que su dedo, equivalente a un pico del ibis de Tot, evite cometer un error.

¿Cómo comportarse ante los bienes materiales? Ante todo, hay que evitar una enfermedad mortal: la avidez. La barca del ávido encalla, mientras que la del silencioso se ve beneficiada por un viento favorable.

Intentar apropiarse de lo que pertenece al templo es imperdonable; y cuando no estamos obsesionados por el deseo de enriquecernos a cualquier precio, el desahogo llega por añadidura.

Enriquecerse de manera deshonesta provoca la reprobación de Dios, y lo que tomábamos por oro se transforma en plomo. Los bienes mal adquiridos no aprovechan nunca y vale más una sola medida otorgada por Dios que cinco mil obtenidas de manera injusta. Degustar serenamente un simple bizcocho, fruto de su trabajo, vale más que una enorme fortuna que cause innumerables tormentos por haber sido acumulada de forma deshonesta. Las riquezas fraudulentas, concreta Amenemope, no pasan ni una noche en posesión del ladrón. La tierra las absorbe, se desvanecen al mismo tiempo en el cielo y en las profundidades del suelo.

Un sabio no se burla de un ciego ni de un enano, ni de un jorobado. Cada ser se halla en las manos de Dios y, por esta razón, merece el respeto, sea cual sea su condición. Y quien tiene la suerte de poseer una barquichuela hará pagar el pre-

cio del pasaje sólo al rico, y no al pobre. Nadie debe maltratar a un viejo o a una persona débil.

Estas enseñanzas de Amenemope gozarán de un buen éxito, pues serán leídas y copiadas hasta muy tardíamente. Conocerá una forma particular de posteridad, al inspirar pasajes de la Biblia, en especial máximas del *Libro de los proverbios*. Al término de prolongados debates, a veces agitados, se sabe hoy que los hebreos, entre otros textos egipcios, leían los treinta capítulos de la obra de Amenemope. Es precisamente Egipto el que inspiró una parte de la Biblia, ¡y no a la inversa! Varios pensamientos de un escriba de provincia acabaron, pues, incorporados al Antiguo Testamento. «Más vale poco con el temor de Yahvé que un tesoro con inquietud», recomienda el sabio judío, siguiendo las enseñanzas de su modelo egipcio.

Bibliografía

Griffith, F. L., «The Teaching of Amenophis the Son of Kanakht», *Journal of Egyptian Archaeology* 12, 1926, pp. 191-231.

Grumachi., *Untersuchungen zur Lebenslehre des Amenemope*, Munich, 1972.

Vernus, P., *Sagesses de l'Égypte pharaonique*, Paris, 2001, pp. 299-346.

Washington, H. C., *Wealth and Poverty in the Instruction of Amenemope and the Hebrew Proverbs*, Atlanta, 1994.

XXV
PIANJI

El reunificador llegado del Gran Sur

La era ramésida se termina hacia 1070 a. C., en sombrías condiciones. Se abre un Tercer Período Intermedio, que presenciará cómo se destrozan entre sí las Dos Tierras.

En el norte, los monarcas no reinan más que sobre ciertas provincias; en el sur, reyes sacerdotes conservan Tebas como capital y, a partir del año 1000 a. C., una dinastía de sacerdotisas, las Divinas Adoratrices, tratan de preservar las tradiciones. Esta institución deriva de otra, la de la «esposa del dios», desarrollada, como vimos, por Ahmose-Nefertari. Maat-ka-Ra,[138] retomando uno de los nombres de Hatshepsut, se convirtió en la primera Divina Adoratriz de Tebas.

Cambio importante con respecto a las esposas del dios: el nombre de las soberanas de Tebas está inscrito en un cartucho, como el de los reyes. Las Divinas Adora trices gobier-

nan material y espiritualmente la rica provincia tebana, cuyo centro es Karnak, el templo de Amón. No había conflictos con los monarcas del norte, ni siquiera cuando los libios suben al trono y se adecúan a los usos y costumbres faraónicos.

Hacia el 730 a. C. la situación evoluciona. Un príncipe del Delta, Tefnajt, se pone a la cabeza de una coalición decidida a apoderarse del sur, donde se encuentran las tropas que obedecen al rey «etíope», es decir, nubio, Pianji. Tomando como modelos a dos ilustres faraones, Tutmosis III y Ramsés II, Pianji, «el Viviente», gobierna un país independiente y próspero, el reino de Kush, próximo a la cuarta catarata del Nilo. Venera a Amón en su templo del Dyebel Barkal, y en este lugar se halló una estela que narra su fabulosa epopeya. [139]

«Pianji, como los reyes etíopes que vendrán después de él —escribe N. Grimal—, se presenta como egipcio, y no como kushita; podemos decir, incluso, que se presenta como más egipcio que los egipcios». La incursión de Tefnajt disgustó al faraón negro que se consideraba «pacificador de las Dos Tierras». ¡Así, pues, ordenó a su ejército que detuviese la marcha hacia el sur de los coaligados que amenazaban Tebas, el santuario principal de Amón!

Los soldados de Pianji contuvieron el avance del enemigo, pero no consiguieron romperle el espinazo. Muy descontento, el rey se sintió investido por una misión divina y, en el año XXI de su reinado, abandonó su capital, Napata, para ir a Egipto y tomar los asuntos en sus manos. Él, «símbolo viviente de Atum», el Creador, no podía dejar que profanadores mancillasen al país amado de los dioses.

Pianji llegó fácilmente a Tebas, afortunadamente intacta. Como hizo en cada etapa de su viaje de reconquista, restableció las fiestas y los rituales, y se aseguró de que sacerdotes y sacerdotisas ejerciesen correctamente sus funciones. De este modo reafirmaba la presencia de Maat, poniendo orden en lugar del desorden y armonía en lugar del caos.

En Tebas celebró la antigua fiesta de la diosa Opet y luego se dirigió a Hermópolis, la ciudad de Tot, retenida por un coaligado, el príncipe Nemrod. Pianji sermoneó a sus oficiales, demasiado flojos; movido por la potencia celeste, se apoderó de la ciudad. Tras haber hecho ofrendas en el templo, visitó las caballerizas y se inquietó por el estado de los caballos. Nacido del huevo divino, actuaba gracias al *ka* del dios que le dictaba su conducta.

Desde este momento, Pianji continuará rechazando a los coaligados hacia el norte. ¿Sus enemigos? Muertos vivientes. Un poco de sabiduría debería conducirlos a rendirse para no cerrar para siempre las puertas de su existencia. ¿Por qué no admitían que él venía como faraón, formado a imagen de Dios?

En las ciudades a las que asalta les hace un discurso simple: «Abrid y viviréis; cerrad, y moriréis». El unificador de las Dos Tierras no desea pasar delante de una ciudad cerrada que rechaza su autoridad.

El momento crucial de la reconquista es el asedio de Menfis. La capital económica, fortificada, podría resistir y provocar el desánimo del ejército del faraón negro. Pero nada podría romper el impulso de Pianji. Éste se apodera del puerto, y la ciudad cae en sus manos. Purificado y reconocido como único soberano, rinde homenaje a Ptah, el dios de los cons-

tructores, y se instala en el palacio real, al que llegan numerosos coaligados para someterse.

Pianji contribuye a la preocupación por el cumplimiento de los ritos tradicionales que lo conectan con las divinidades y los antepasados. Ra, luz divina, lava y purifica el rostro del monarca en el río del Nun, otorgándole así la energía primordial. Pianji descubre la colina de arena de Heliópolis, primer punto emergente que apareció en el origen del mundo, y ofrece a Ra bueyes, leche, mirra e incienso. Y contempla la luz divina en el templo del *benben*, la piedra fundamental simbolizada por un obelisco. Allí, Pianji celebra el culto divino abriendo las puertas de la naos, destapando la estatua, descubriendo a las barcas de la mañana y de la tarde, y luego sellando de nuevo las puertas del santuario con el fin de preservar el misterio.

Celebrando estos ritos fundamentales, el faraón negro sigue el camino de sus predecesores. Le es necesario, pues, reformar la unidad de las Dos Tierras, por lo que se dirige a Atribis, en el Delta, donde recibe el homenaje de varios coaligados que le ofrecen caballos, oro, collares, piedras preciosas y amuletos. Pianji entregará todas estas riquezas a los templos.

Esta vez Tefnajt comprende que ha perdido la guerra. Así, pues, envía un embajador a Pianji, para suplicarle que le permita conservar la vida. En su sabiduría, el faraón acepta, a condición de que el vencido venga al templo, sea purificado y preste juramento de que no va a volver a rebelarse.

Egipto es reunificado y pacificado, Pianji es el único faraón. Debería establecerse en una ciudad del Delta, o bien en Menfis o en Tebas. Pero opta por otra solución, totalmente sorprendente: vuelve a Napata, ¡muy lejos de Egipto!

En Tebas, la Divina Adoratriz adopta como hija espiritual, destinada a ser su sucesora, a Amenirdis,[140] hija de Pianji. Convencido de que la tradición será salvaguardada, el faraón negro, «amado de Amón», vuelve a su reino sudanés, tras haber restablecido el orden en Egipto. Un orden basado no únicamente en el poder militar, sino, sobre todo, en el respeto y la práctica de los rituales tradicionales, única manera, según él, de preservar la armonía de las Dos Tierras.

De vuelta a Kush, Pianji embelleció el templo de Amón y los demás santuarios, y preparó su morada de eternidad en El-Kurru, en forma de pirámide. Aunque conquistador, no había tratado de extraer un beneficio político y temporal de su victoria. Apartado de su propio éxito, que había sido espectacular, le bastó el haber sacado a la luz los valores antiguos, fundamento de la civilización faraónica.

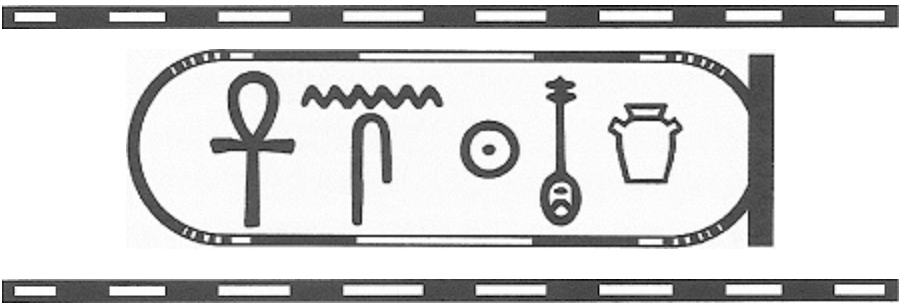
Bibliografía

Goedicke, H., *Pi (ankh) in Egypt. A Study of the Stela, Baltimore, 1998.*

Grimal, N., *La stéle triomphale de Pi(ankh)y au musée du Caire JE 48862 et 47086-47089*, El Cairo, 1981.

Leclant, J., «Pi(anch)i, Peye», *Lexikon der Ägyptologie* IV/7,1982, pp. 1045-1052 y VII/1, 1989, p. 69.

XXVI
ANJNES-NEFERIBRA



Divina adoradora, soberana de Tebas y primera profetisa de Amón

En 594 a. C., la «madre» Nitocris la Grande elevó a la dignidad de «hija» y de Divina Adoratriz a la hija del faraón Psamético II, una joven llamada Anjnes-Neferibra, es decir «que faraón viva para ella, perfecto es el corazón de la luz divina». Su segundo nombre, también escrito en un cartucho, es «amada de Mut, regente de la perfección».

Ambas mujeres remaron juntas durante nueve años, hasta la muerte de Nitocris, en el año IV del faraón Apries, en 585. Con una prolongada formación para sus funciones espirituales y temporales, Anjnes-Neferibra se convirtió asimismo en primer profeta de Amón, puesto ocupado, por lo general, por un hombre. La decimoprimera Divina Adoratriz era, pues, plenamente soberana de Tebas y de Karnak, conservatorios de tradiciones y ritos, mientras que la capital de la XXVI Di-

nastía, Sais, sensible a la influencia griega debido a la política del rey Amasis, se abría al mundo exterior.

Anjnes-Neferibra vivió una verdadera coronación. Como un faraón, fue purificada y llevó a cabo el rito de «la subida real», la iniciación a los grandes misterios. El escriba del libro divino y nueve sacerdotes puros la revistieron de adornos adecuados a su función, y el dios Amón la coronó soberana de la totalidad del circuito celeste que recorría el disco solar.

A partir de ahora, cuidaría de la sustancia de todos los seres vivos. Digna de alabanzas, dulce de amor, gran cantante y música a la cabeza del linaje de Amón, la Divina Adoratriz no tenía más esposo que el dios ni más prole que su hija espiritual, cuando se decidió a adoptar una. No había voto de castidad, sino una existencia ritualizada al servicio de Amón que, magnetizando a su esposa, le comunicaba su poder y hacía de ella una encarnación de la diosa Mut, la madre por excelencia, el príncipe femenino encargado de garantizar la perennidad de la creación.

La unión de Amón y de la Divina Adoratriz es recordada de varias maneras: abrazándolo, o bien estrechándolo, pasando sus brazos alrededor del cuello de su esposo divino, o bien haciendo el gesto de tocar la corona, o el de sentarse en las rodillas del señor de Karnak. Así, el corazón de Amón queda muy satisfecho; a su esposa le da la vida.

Encarnación de Mut, la Divina Adoratriz lo es también de Tefnut, diosa no de la humedad, como suele repetirse a diestro y siniestro, sino del fuego primordial. Con Shu, el aire luminoso, ella forma la primera pareja salida del Principio, que suele representarse por un león y una leona. Por esto, la Divina Adoratriz no es solamente «la soberana del encanto, del

hermoso rostro, de bellos andares en el templo, la que lo llena del olor de su rocío», sino también un poder temible del cual posee el control y el dominio. Todos los ritos que lleva a cabo lo son «como hacia Tefnut la primera vez». Y Tefnut, en su aspecto de fuego creador, se relaciona con Maat, la Regla de armonía de la que es garante terrenal la Divina Adoratriz. No es el equivalente de una reina, sino de un rey que gobierna un rico territorio sin compartir el poder. Su nombre, recordémoslo, está inscrito en un cartucho como el de un faraón. «Señora de las Dos Tierras» y «señora de las coronas», la Divina Adoratriz puede llevar a cabo el acto ritual supremo, la ofrenda de Maat, y celebrar una fiesta de regeneración. Al igual que el rey guerrero, ella pronuncia fórmulas de conjuro contra los enemigos visibles e invisibles; tras haber dado cuatro vueltas al espacio sagrado, la Divina Adoratriz disparaba una flecha hacia cada uno de los puntos cardinales con el fin de sacralizar al mundo en todas sus dimensiones.

Al tocar los sistros ante las potencias divinas, apartaba las ondas negativas y restablecía la armonía necesaria para la expresión de lo divino. De esta ofrenda musical nacía la plenitud del templo, alimentada con goce celeste.

La Divina Adoratriz confiaba la gestión de sus bienes materiales a un gran intendente cuya posición administrativa confirma la realidad de una extraña situación. Aun siendo «un verdadero conocido del faraón, un hombre que él aprecia», este alto dignatario se mostraba de una fidelidad ejemplar respecto a la soberana de Tebas. Por otro lado, se lo comparaba al *ka* del rey, encargado de proporcionar a la Divina Adoratriz las energías indispensables para satisfacer a Amón. Esta doble realeza no engendró conflictos abiertos,

pero sin duda contribuyó a alejar al sur conservador del norte abierto a las influencias exteriores.

A su nivel, ciertamente restringido, las Divinas Adoratrices confirmaron su función real edificando capillas que ellas fundaron y dedicaron por sí solas, sin la intervención del faraón, y únicamente en la región tebana.

Anjnes-Neferibra hizo construir, en Medinet Habu, una capilla destinada a ser su morada de eternidad y, en Karnak, una puerta jubilar y tres capillas osirianas, dos de las cuales estaban en la avenida que conducía al templo de Ptah. Señor de la vida, regente de la eternidad, Osiris, «el ser perpetuamente regenerado», es asimismo el «señor de los alimentos». Anjnes-Neferibra le ofrendaba todos los alimentos espirituales y materiales, y el dios la asociaba a su misterio. En las paredes de su capilla figuraban divinidades, genios guardianes —hombres con cabeza de cocodrilo o con doble cabeza de ave— y serpientes que escupían fuego. Todos vigilaban el secreto supremo, el «fetiche» de Abydos, presente en el corazón del pequeño santuario y símbolo de la resurrección de Osiris.

En Medinet Habu, en la orilla oeste de Tebas, la capilla funeraria de Anjnes-Neferibra, por desgracia, acabó destruida. Las de las dos Divinas Adoratrices[141] están intactas y nos reservan una bonita sorpresa: sus paredes están cubiertas de columnas de jeroglíficos donde se pueden identificar pasajes de los… ¡*Textos de las Pirámides*! Estas grandes sacerdotisas se referían, pues, a la más antigua de las tradiciones, expresada en Heliópolis, y que atravesaba los siglos relacionándose con las primeras fórmulas de conocimiento que permitían a los faraones partir vivos hacia el más allá, «haciendo que muriese la muerte».

Tras un largo reinado de más de medio siglo, Anjnes-Neferibra adoptó a una hija espiritual, Nitocris II, que fue la última Divina Adoratriz. Porque en 525 el ejército persa, mandado por Cambises, atacaba a Egipto. Gracias a la traición del griego Fanes de Halicarnaso, general en jefe de las tropas egipcias, los invasores obtuvieron una fácil victoria. Con el norte conquistado, éstos pudieron penetrar hacia el sur sin encontrar resistencia. En Tebas, según la tradición, Cambises se mostró particularmente cruel. Asesinó a sacerdotes y sacerdotisas, destruyó numerosos monumentos, suprimió la institución de la Divina Adoratriz y quemó la momia de Anjnes-Neferibra.[142] Milagrosamente, una obra de arte excepcional, su sarcófago, pudo zafarse de la destrucción. Hallado en 1832, no despertó el interés de las autoridades francesas. Pero los ingleses, por el contrario, la juzgaron digna de entrar en el British Museum.[143]

Se trata de un verdadero libro de piedra, que recorre la transformación de la Divina Adoratriz en un ser de luz, según el ejemplo del faraón, y según las enseñanzas del tiempo de las pirámides. Ignorado por los egiptólogos, este admirable texto muestra la amplitud del pensamiento de Anjnes-Neferibra, digno de los grandes sabios en los que se inspira.

Para que el proceso de resurrección se cumpla, la Divina Adoratriz debe comunicarse con la diosa-cielo, Nut. Se sumerge en el cosmos y vuelve a nacer como ojo de Ra, nueva fuente de luz, aun permaneciendo en el secreto de esta creación. Ningún mal viento se mueve contra ella, nadie la ve. Pero ella sí ve.

En cada uno de los caminos que recorre la Divina Adoratriz, ¡miles de codos de llamas! Convertida en el gran fénix, convertida en todos los dioses, convertida en el día y la no-

che, no los teme. Su alma-pájaro, el *ba*, cruza el cielo entre los que siguen a la luz divina. Nut la eleva al seno de las constelaciones, y la Divina Adoratriz vive como las estrellas vivas. Su rostro es el de un chacal, más rápido que el viento, su carne es de metal celeste. Las puertas del cielo se abren para ella, y el mensaje del gran dios la acoge en la ciudad de la luz, donde ella descubre el secreto de las divinidades bogando para siempre en la barca que recorre el universo.

La Divina Adoratriz alcanza el mundo de la plenitud, el campo de las ofrendas, pues ella conoce los nombres de la luz divina. Ungida con el mejor aceite de Ra, no se verá privada del perfume. Se encuentra con Osiris, regente de la eternidad, forjador de dioses, de las estrellas y de los humanos, que crea lo que es y lo que todavía no es. Hija de la luz divina, se convierte en Osiris, perpetuamente regenerado, y todas las divinidades le otorgan el amor, el temor respetuoso, el rocío y el poder creador. Ptah, señor del Verbo, y Nut, la diosa-cielo, reconocen a Anjnes-Neferibra como toro del cielo y faraón.

Esta breve evocación de los magníficos textos preservados por el sarcófago demuestra la riqueza de la vida espiritual en Tebas, poco antes de la primera invasión persa, y la permanencia de una tradición esotérica formulada en el Imperio Antiguo. Una tradición tan poderosa que resistirá todavía largo tiempo los golpes de la fortuna, ante las ocupaciones extranjeras y ante el materialismo cada vez más victorioso.

Faraón en espíritu, soberana de Tebas, la Divina Adoratriz Anjnes-Neferibra vivió en el límite de dos mundos, pero su existencia, sublimada por los ritos, fue todavía la de una sacerdotisa de la edad de oro.

Bibliografía

Gitton, M. y Leclant, J., «Gottesgemahlin», *Lexikon der Ägyptologie* II, 1976, pp. 792-815.

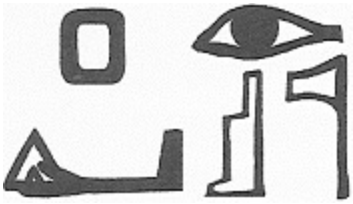
Leahy,A., «The Adoption Stela of Ankhnesneferibre at Karnak», *Journal of Egyptian Archaeology* 82, 1996, pp. 145-165.

Leclant, J., «Anchnesneferibrê», *Lexikon der Ägyptologie* I, 1973, pp. 264-266.

Naguib, S. A., *Le clergé féminin d'Amon thébain*, Lovaina, 1990.

Sander-Hansen, C. E., *Die religiösen Texten auf dem Sarg der Anchnesneferibrê*, Copenhague, 1937.

XXVII
PETOSIRIS



El maestro de Hermópolis

La primera ocupación persa duró de 525 a 399 a. C. Un movimiento de liberación dio origen a las dos últimas dinastías propiamente egipcias, y en 342 Nectánebo III fue derrotado por los persas, que invaden de nuevo Egipto e imponen duramente su autoridad. Su sistema monetario aniquiló el trueque tradicional y una dominación militar asfixia las DosTierras. Sin embargo, en ciertas partes, como en Hermópolis,[144] algunas familias de sacerdotes continúan luchando a su manera contra el opresor, tratando de mantener la tradición.

En este lugar devastado subsiste un sorprendente monumento, la tumba del sabio Petosiris, último testigo de esta atormentada época. El constructor celebraba así la memoria de sus allegados, al tiempo que proclamaba los valores espi-

rituales sobre los que se había fundado la civilización faraónica.

El padre de Petosiris se llamaba Sishu, «el que pertenece al dios Shu (el aire luminoso)». Al ser escriba real, tenía el privilegio de entrevistarse con Nectánebo II, el último faraón egipcio, al que decía, con toda franqueza, palabras verdaderas. Protector de los habitantes de su ciudad, defensor de su provincia, Sishu se convirtió en gran sacerdote de Tot y administrador de su templo. Su esposa era sacerdotisa del paredro de Tot, Nehemet-awi,[145] «la que arranca el mal». Y tuvo varios hijos. Petosiris, «el don de Osiris», fue su segundo hijo.

Excelente gestor, apreciado por sus administrados, Sishu siguió el camino del Maat, y, debido a su rigor y sinceridad, recibió un anillo de oro por parte del faraón. Tuvo la alegría de ver cómo el rey elegía a su hijo mayor, Dyed-Tot-ef-Anj, como gran sacerdote de Tot.

La invasión persa alteró la existencia tranquila de la provincia, pero la familia de Petosiris pudo continuar al servicio del dios Tot. Nombrado «sacerdote puro» a los dieciocho años, se casó con una mujer maravillosa, Rempet-Neferet, «Buen Año», «soberana de gracia, dulce de amor, hábil con las palabras, agradable en sus discursos, de consejo útil en sus escritos. Todo lo que pasa en sus labios se parece a los trabajos de Maat. Mujer perfecta, grande por sus favores en su ciudad, tiende la mano a todos, diciendo lo que está bien, repitiendo lo que gusta, dando gusto a todos, en cuyos labios no pasa nada malo, grande de amor para todos».[146]

El hermano mayor de Petosiris murió joven. Y fue él quien le sucedió a la cabeza del clero local como «Grande de los Cinco, sostén de la ogdóada, jefe de los sacerdotes de Sej-

met», capaz de ver al dios en su naos y de administrar los templos de Hermópolis.[147]

La segunda ocupación persa fue aún más cruel que la primera. El invasor no perdonó Hermópolis, y el «Sable», sobrenombre del sátrapa persa colocado a la cabeza de Egipto, hizo cometer asesinatos, saquear necrópolis y devastar jardines.

Petosiris no huyó y el ocupante lo mantuvo en su puesto. Pese a las angustias del porvenir, le nacieron tres hijas. Una única preocupación obsesionaba al gran sacerdote: cumplir los actos rituales preservando al máximo los lugares sagrados, en especial el ámbito de Ra, cuna de la luz que contenía el huevo primordial del que habían nacido las potencias creadoras. Pero, el mal, ¿no provenía de la falta de purificación y de las profanaciones? La cólera de Dios asolaba Egipto, y Petosiris, discípulo de Tot, trataba de apaciguarlo cumpliendo sus deberes de gran sacerdote.

Se produjo un acontecimiento extraordinario: el año 332 Alejandro Magno aplastó al ejército persa y fue acogido en Egipto como un liberador. «Amado de Ra, elegido de Amón», fue reconocido como faraón. En Tebas, los teólogos afirmaron que sucedía a Tutmosis III y a Amenhotep III, dos de los más ilustres reyes de la XVIII Dinastía. Se procedió a hacer reparaciones e incluso a la recreación de una naos con el nombre de Alejandro, respetando los antiguos simbolismos.

En fin, ¡de algún modo volvía la paz y una cierta forma de libertad! Es cierto que los griegos controlaban al ejército, pero, antes de que Alejandro abandonase el país para retomar su guerra en Oriente, sus consejeros egipcios lo convencieron de que les confiase la administración del país. Al ser bi-

lingües, los altos funcionarios consiguieron crear un clima de confianza respecto a los oficiales superiores griegos.

En Hermópolis, Petosiris comprendió enseguida que la situación había cambiado profundamente y que el nuevo ocupante no le impedía llevar a cabo plenamente su función de gran sacerdote de Tot. Así, pues, restableció el conjunto de los ritos e hizo que los servidores del dios cumpliesen todas sus tareas en el momento adecuado. El mismo realizaba las purificaciones del alba, despertaba al poder divino en su naos, repitiendo la resurrección de Osiris, luego incensaba e iluminaba el templo. Organizó y dirigió las procesiones con ocasión de las numerosas fiestas, que por fin se celebraban y transportó él mismo la estatua de su señor, el dios Tot.

«Toda la noche el espíritu de Dios estaba en mi alma —revela Petosiris— y, desde el alba, yo hacía lo que le gustaba... He actuado de tal modo que mi señor Tot me ha exaltado por encima de todos mis iguales en recompensa por mis actos. Él me ha enriquecido con toda suerte de buenas cosas de plata, de oro, en cosechas que se almacenan en mis graneros, en campos, en rebaños, en huertos de viñas, en huertos de árboles frutales de todas las especies, en barcos sobre las aguas».

Esta riqueza hizo de Petosiris una especie de rey local, hasta el punto de que añadió a su nombre la fórmula «Vida, coherencia y salud»,[148] ¡reservada al faraón! El señor de Hermópolis no acumuló bienes para su único provecho. En primer lugar, devolvió el desahogo a la ciudad; luego, estuvo permanentemente a la escucha de los dioses y no dejó de trabajar para ellos.

Durante una procesión se le apareció la diosa-rana Heket, cuyo santuario estaba en ruinas y olvidado. Inmediatamente, Petosiris buscó los planos originales, los encontró y recons-

truyó el edificio. Inspirándose en el texto fundamental de Imhotep, el *Libro del plan de las moradas de los primeros dioses*, Petosiris no se detuvo aquí sino que restauró el templo de Tot. «Yo construí el santuario de las esposas divinas en el interior del templo de Hermópolis —afirma—, pues lo encontré en estado de vetustez»; tendió el cordón para fundar de nuevo el templo de Ra, en medio de un parque rodeado de un cercado que impedía al populacho pisar el suelo sagrado. En este lugar había nacido Ra, en el comienzo del mundo, cuando la tierra estaba sumergida todavía en el océano de energía. Allí se hallaba la cuna de todos los dioses que «habían comenzado a ser en el comienzo», allí se conservaba el huevo primordial. «Yo hice que residiese allí Ra, el niño de pecho, señor de la isla del fuego», proclama Petosiris.

Pese a tantos éxitos y tanta felicidad, Petosiris, como todos los seres humanos, hubo de enfrentarse a la prueba de la muerte. Vio desaparecer a su hermano mayor, a su viejo padre Sishu, para el cual practicó los ritos osirianos dándole un nuevo corazón, abriéndole la boca y los ojos y haciéndolo veraz de voz, y luego hubo de deplorar el deceso de su hijo menor, quizá a la edad de doce años.

¿Cómo responder a tales pruebas, si no era construyendo una hermosa morada de eternidad donde asociaba a su propia resurrección a los seres queridos? Gracias a los dioses protectores, la tumba de Petosiris se ha conservado, mientras que el gran templo de Tot fue desmontado piedra a piedra y arrasado.

La región es de difícil acceso a causa de la presencia de integristas,[149] por lo que pocos visitantes tienen la ocasión de descubrir este sorprendente monumento que tiene el aspecto de un pequeño santuario, precedido por un altar «de cuer-

nos», que revela en realidad formas geométricas que encarnan la armonía de la creación.

En el exterior, lo más asombroso es la mezcla entre los estilos egipcio y griego. En el basamento los personajes son helenísticos los temas egipcios. Asistimos a escenas de la vida cotidiana, inspiradas de las mastabas del Imperio Antiguo, labores del campo, cosecha del lino, ganadería, trabajo de los orfebres, de los carpinteros y perfumistas. El señor de hacienda Petosiris une el conjunto de su personal a su eternidad feliz. Notable indicación, que confirma el respeto de los antiguos egipcios hacia los animales: «El Verbo nutricio (*Hu*) se halla en los bueyes, la intuición creadora (*sia*) en la vaca brillante». Seres vivientes, al igual que los humanos, encarnan, sin deformarlas, las potencias divinas.

La capilla propiamente dicha mide seis metros por siete y su espacio está ritmado por dos filas de cuatro pilares. Los muros están cubiertos de textos tradicionales y la iconografía prolonga el simbolismo de las antiguas moradas de eternidad, creando una sensación de paz y recogimiento. Tres losas cubrían la entrada del pozo funerario que conducía a vastas cámaras, a ocho metros por debajo del nivel del suelo, donde reposaban Petosiris y sus allegados.

Como ciertos faraones, el sabio gozaba de tres ataúdes, uno de piedra y dos de madera. Por desgracia, la cripta fue saqueada, y subsisten sólo algunos elementos del mobiliario funerario que demuestra su excepcional calidad. Una de las tapas estaba decorada con jeroglíficos multicolores, cada uno formado por uno o más trozos de cristal que imitaban a la turquesa, al lapislázuli, al jaspe, a la esmeralda y a la cornalina. Esta maravilla necesitó un trabajo de una enorme precisión, y el alma de Petosiris se alimentaba de esta sinfonía de

colores que le permitían el acceso al reino de los dioses. Por otro lado, cada una de las partes del cuerpo del gran sacerdote de Tot se identificaba con una potencia divina: sus cabellos con Nun, el océano de energía, su rostro con Ra, la luz creadora, sus ojos con Hator, el amor celeste, sus oídos con Upwaut, el abridor de caminos del otro mundo, sus labios con Anubis, su cuello con Isis, sus brazos con Osiris, su espalda con Nut, la diosa-cielo, etcétera. Petosiris se había convertido en el ser cósmico, y, según el capítulo 42 del *Libro para salir al día*, elegido para figurar en su sarcófago, podía afirmar: «No hay en mí ningún miembro privado de un dios, y Tot es la protección de todos sus miembros... Yo soy aquél que estaba en el ojo sagrado cerrado, yo he salido, he brillado, he vuelto a entrar y he vuelto a ver. Yo soy aquél que da forma con su ojo».

La palabra «ojo» se forma con la raíz *ir*, «hacer, actuar, crear», y el Creador es, en primer lugar, el que ve, y su mirada produce lo real. Elevado a la categoría de sabio debido a la calidad de su visión, Petosiris fue venerado después de morir y su tumba se convirtió en lugar de peregrinaje. En el basamento del muro sur del pronaos figura un rito griego que muestra el sacrificio de un toro en honor del gran sacerdote, considerado un héroe divinizado. Y una inscripción afirma: «Yo invoco a Petosiris, él está hoy entre los dioses; es sabio y está unido a los sabios».

En la entrada de su tumba Petosiris envía un llamamiento a los vivos. Nos pide que pronunciemos su nombre y que digamos, en voz alta: «Ofrenda de pan, vino, buey, ocas, y todas las cosas buenas para el *ka* del señor de esta morada». A cambio de este acto ritual, el sabio hará que estemos informados de las voluntades de Dios y que avancemos en el co-

nocimiento de su espíritu. Es útil, en efecto, progresar por la vía de Dios, y grandes son las ventajas para quien cumple este acto. Es un monumento que se levanta a sí mismo, y pasa toda su existencia en el gozo, pues caminar sobre las aguas de Dios proporciona felicidad. Son las aguas de la vida hacia las cuales guía el corazón, y bienaventurado es aquel cuyo corazón permanece firme en la vía divina. Se hace digno de veneración, y su ser rejuvenece.

«Venid —recomienda Petosiris—, yo os dirigiré por el camino de la vida. Navegaréis con viento favorable, sin accidentes, y llegaréis a la morada de la ciudad de las generaciones, sin que vuestro corazón se pudra dentro de vosotros». Para alcanzar esta ciudad de la eternidad, hay que hacer el bien en la tierra, tener en nuestro corazón toda la noche el espíritu de Dios y levantarnos por la mañana con el deseo de cumplir lo que él ama. «Es un monumento decir una buena palabra; y se nos tratará de acuerdo a como hemos actuado».

Aquél que actúe mal en la tierra será castigado en el otro mundo, ante los señores de la justicia. Para evitar este desastre, es conveniente caminar por la ruta de Tot, el dios del conocimiento, pues nada se realiza sin que él lo sepa. Un único sin parangón, ha permanecido totalmente intacto desde el principio.

Separar el bien del mal, la verdad de la mentira, son requisitos indispensables para ser rectos, justos de corazón, y servir a Maat. Ahora bien, llegar a la morada del Bello Occidente exige un corazón perfecto en la práctica de la rectitud. Allí, cuando sea pesado en la balanza del juicio, no habrá distinción entre el rico y el pobre.

Seguir la vía de Dios no impide gozar de los placeres terrenales y saborear las alegrías de la existencia. La espiritua-

lidad egipcia no es mortificación ni ascetismo impuestos en nombre de una moral dogmática o de una ideología fanática. Todo es cuestión de justa medida, de armonía, de respeto de Maat, que puede residir en el corazón de un ser con una condición: que cumpla con los ritos y participe en las fiestas. Entonces, promete Petosiris, «amaréis la vida y olvidaréis la muerte».

La escena principal de su tumba muestra a Isis y a Neftyys que resucitan al difunto, que se convierte a la vez en Osiris y en el escarabeo, símbolo del renacimiento del sol. Emite oro, que la gran maga Isis esparce ante los dioses. ¿Acaso la tumba no es la morada del oro, el laboratorio alquímico en el que se efectúa la transmutación esencial que hace morir a la muerte y la transforma en vida? Osiris es el oro verdadero, la vida transfigurada, que se ha hecho inalterable.

Los textos que explicitan este misterio están escritos de modo suficientemente complejo para que el profano no sea capaz de leerlos. Petosiris tenía conciencia de que entraba en una era en la que el poder político iría alejándose cada vez más de la regla de Maat y de los valores ancestrales del Antiguo Egipto. A partir de ahora, el pensamiento de los sabios deberá camuflarse bajo una escritura en parte críptica y un cierto número de jeroglíficos mucho más importante que en las épocas anteriores.

Al hacer construir esta sorprendente morada de eternidad, Petosiris quiso afirmar su fe en el porvenir. La asociación de estilos griego y egipcio es un intento de conciliación de dos culturas, con la esperanza de que el viejo Egipto, garante de los ritos esenciales, nutrirá a la joven Grecia. Pitágoras y Platón, ¿no habían permanecido un tiempo en los templos egip-

cios con el fin de que la filosofía griega dejase de ser un ruido de palabras y se impregnase de un poco de sabiduría?

Esta actuación conoció cierto éxito ya que, como veremos enseguida, la ciencia de Tot se convirtió, en el mundo helenístico, en el hermetismo, cuyo contenido, en gran parte egipcio, fue una de las fuentes principales del arte medieval en Occidente.

Pese a la ocupación extranjera, a pesar de un porvenir incierto, Petosiris, como un verdadero sabio digno de sus antepasados, reafirmó los valores esenciales que había creado su civilización. Y su enseñanza, como la de Imhotep y Ptah-Hotep, sobrevive al tiempo y sigue teniendo una presencia deslumbrante.

Bibliografía

Daumas, E, «La scène de résurrection au tombeau de Pétosiris», *Bulletin de l'institut Français d'Archéologie Orientale* 59, 1960, pp. 63-80.

Lefebvre, G., *Le tombeau de Petosiris*, 3 vols., El Cairo, 1923-1924.

Menu, B., «Le tombeau de Petosiris. Nouvel examen», *Bulletin de l'institut Français d'Archéologie Orientale* 94, 1994; pp. 311-327; 95, 1995, pp. 281-295; 96, 1996, pp. 343-357; 98 ,1 998, pp. 247-262.

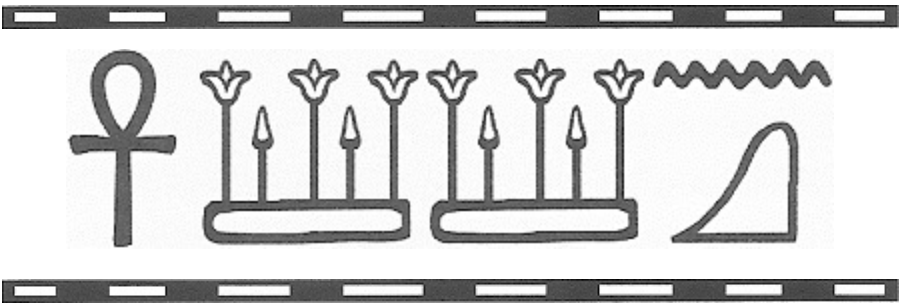
Nakaten, S., «Petosiris», *Lexikon der Ägyptologie* IV, 1982, pp. 995-998.

Schmitz, J., «Impressionen der Wirklichkeit (Petosiris, Inschrift Nr. 61, 31-41)», *Chronique d'Égypte* LXVII/133, 1992, pp. 41-55.

Suys, E., *Vie de Petosiris, grand prêtre de Thot à Hermopolis la Grande*, Bruselas, 1927.

Théodoridès, P., «La condition *humaine en Egypte d'après les* inscriptions du *tombeau de Pétosiris», Acta Orientalia Bélgica*, IV, 1991, pp. 83-116.

XXVIII
ANK-SESONQUI



El sabio encarcelado

Un papiro conservado en el British Museum nos cuenta la dramática historia de un sacerdote de Ra de Heliópolis, llamado Ank-Sesonqui.[150] Es imposible, por desgracia, conocer con precisión la época en la que vivió. Sin duda se trata del siglo IV a. C., bajo uno de los Tolomeos.

Los griegos dirigen el país, asistidos por funcionarios egipcios. Las Dos Tierras ya no van a ser libres nunca más, aun cuando la institución faraónica perdura, al menos de manera formal. Los Tolomeos, y los emperadores romanos después de ellos, verán todavía cómo sus nombres figuran en cartuchos, como si fuesen auténticos faraones. Más adelante, el cartucho se quedará vacío y, tras la invasión árabe, desaparecerá.

Ank-Sesonqui vivió en el norte del país, notablemente helenizado. Pero los antiguos cultos continúan vivos. Heliópo-

lis, la muy antigua ciudad santa donde se concibieron y formularon los *Textos de las Pirámides*, continúa celebrando el poder creador de Ra. La sociedad ha cambiado mucho. La moneda ha sustituido al trueque, la moral pública y privada se desmorona. El materialismo griego ha conquistado las conciencias y corroído los antiguos valores. Sin embargo, los colegios de sacerdotes conservan una relativa independencia y se construyen grandes templos cuyos muros se cubren de textos. Estas bibliotecas de piedra, formadas por jeroglíficos dotados de una vida autónoma, preservan los rituales que, más allá de la extinción histórica de Egipto de los faraones, transmitirán la palabra de los dioses.

Ank-Sesonqui decidió ir a visitar a su amigo Harsiesis, que ocupaba en Menfis el ambicionado cargo de médico jefe del rey. La entrevista le sorprendió enormemente; Harsiesis le informó de que él y varios cortesanos habían decidido ¡derrocar al monarca! Estupefacto e inquieto, Ank-Sesonqui se negó a participar en el complot y aconsejó a su amigo que renunciase al insensato proyecto, destinado a fracasar.

Ni él ni el amigo se dieron cuenta de que un servidor espía escuchaba lo que decían. Y se apresuró a informar al rey, que hizo detener y ejecutar a los conspiradores. En cuanto a Ank-Sesonqui, fue encerrado en una prisión por no haber informado inmediatamente al soberano. Pese a sus protestas de inocencia y a su voluntad de impedir todo acto de rebelión, el infortunado comprendió que su detención podía ser larga.

¿Qué podía hacer, sino redactar sus pensamientos para su hijo, según el ejemplo de los antiguos sabios? El preso pidió un rollo de papiro, pero sólo se le concedió una paleta de escriba y trozos de jarra de barro. Asistido por un servidor y

alimentado correctamente, Ank-Sesonqui se puso a trabajar y formuló sus consejos sin un orden concreto, dirigiéndose a todo el mundo y no sólo a altos dignatarios.

La guardia encargada de vigilarlo recogió los cascotes y los remitió al rey, que los consideró suficientemente interesantes como para reunirlos en una *Sabiduría*. Ésta conoció cierto éxito y ha llegado hasta nosotros.

Pragmáticamente, el autor posee un sentido real de la fórmula y propugna una moral inspirada en los antiguos. Cuando Ra, la luz divina, está irritado contra un país, observa el sabio preso, el rey ignora la ley; la armonía, los ritos, el sacerdocio y la justicia desaparecen, los valores se pierden. A los imbéciles se los coloca por encima de los sabios, y el pueblo es maltratado. Los imbéciles y los locos tienen un punto en común: es imposible educarlos e instruirlos. Y si alguien trata de hacerlo, ¡lo desprecian y lo odian! «No instruyas a quien no quiera escucharte», recomienda Ank-Sesonqui. ¡Es mejor tener por descendencia una estatua que un hijo idiota!

En una época o en una situación difícil, ¿cómo debemos comportarnos? Pues examinando cada problema en profundidad y tratando de comprender cómo surgió. Todo juicio precipitado es condenable. Así, es estúpido detestar a un individuo a causa de su apariencia aun cuando no se sabe nada de él. Moderación y paciencia engendran un buen corazón, capaz de percepciones justas.

Un ser humano digno de este nombre debe, ante todo, servir. Pero ¿servir a quién? En primer lugar, a Dios, para que lo proteja; luego, como iniciado en los misterios, a sus hermanos y a un sabio; finalmente, a su padre y a su madre. Realista, Ank-Sesonqui concluye: «Sirve a quien te sirve».

Decir que se sabe todo es el colmo de la ignorancia. El deber de un ser humano consiste en buscar la sabiduría tratando de ser sabios nosotros mismos. La verdadera riqueza de un sabio es su palabra; pero, si consultamos a un sabio, ¡no hay que hacerlo por una cuestión menor, olvidando el asunto principal! Y aún más deplorable es el error que consiste en consultar a un idiota para preguntarle su opinión sobre un asunto importante, ¡cuándo hay un sabio a quien preguntar! Y si se es padre de una muchacha, vale más, para ella, un marido sabio y prudente que rico y estúpido.

Ank-Sesonqui recomienda no hablar nunca con precipitación, por temor a ofender al prójimo, y decir siempre la verdad a todos los seres, no teniendo nunca dos discursos diferentes.

Sin la enseñanza de los sabios, la existencia se hace incoherente. Para recibirla, hace falta madurez y rechazar la negligencia, evitando darnos a la buena vida, sobre todo cuando se es joven, pues esta actitud conduciría a convertirnos en adultos blandos y sin consistencia.

«No arrojes una lanza si no eres capaz de controlar su trayectoria y su impacto», preconiza Ank-Sesonqui. Ejemplo concreto: a menos que estemos seguros del éxito, no hay que entablar un proceso contra quien dispone de medios superiores.

El sabio condena el robo, la avidez y la avaricia. Ambicionar lo que posee el prójimo, con la intención de robarle y de vivir de lo robado, es una falta grave. Por el contrario, es conveniente que adquiramos nosotros nuestros propios bienes. Y es mejor vivir en la propia casa que en una gran mansión ajena.

Poseer es inútil si no servimos a Dios y a la humanidad; las fortunas pueden desaparecer, y sólo el hecho de servir a Dios produce la verdadera riqueza.

«No te encargues de un asunto —recomienda Ank-Sesonqui— si no eres capaz de llevarlo a término, y no te ocupes de una multitud de asuntos ajenos dejando a un lado los tuyos». Maltratamos a un asno y acabamos matándolo al cargarlo de ladrillos, es decir, con un peso demasiado grande. Asumamos lo que somos capaces de llevar, y no más.

El sabio no se casa con una mujer cuyo ex marido sigue vivo, pues éste se convertirá necesariamente en un enemigo. El sabio no habla jamás con desdén de la mujer amada y no hace elogios de la que detesta.

Dotado con estos pensamientos, Ank-Sesonqui llegó a soportar su encarcelamiento. Sin duda, el rey, satisfecho de la lectura, le devolvió la libertad.

Bibliografía

Glanville, S. R. K., *The Instructions of Onchshesonqy*, Londres, 1955.

Léveque, J., *Sagesses de l'Egypte ancienne*, París, sin fecha, pp. 71-92.

Lichtheim, M., *Ancient Egyptian Literature*, III, Berkeley, 1980, pp. 159-184.

Thissen, H. J., *Die Lehre des Anchscheschonqi (P. BM 10508)*, Bonn, 1984.

Conclusión
El camino de los sabios: de Imhotep a Hermes Trimegisto

Dirigido de manera tiránica por extranjeros, el Egipto grecorromano presenció, pese a todo, la edificación de magníficos templos, como los de Edfu, Dendera, Kom Ombo o Esna, una nueva manera de expresión de lo sagrado en emplazamientos antiguos. Negándose a mezclarse con el juego de la política y del poder, los colegios de sacerdotes fueron suficientemente hábiles como para convencer a los ocupantes de que les dejasen cumplir con los ritos y celebrar fiestas, prueba de la existencia de paz civil.

Una sola cuestión obsesiona a los últimos sabios de Egipto: ¿cómo transmitir la tradición iniciática y el pensamiento de los antepasados? Respuesta imperativa: formulando, cubriendo los muros de los templos de rituales y de símbolos vivos.

En el centro de esta estrategia, el dios Tot, patrono de los escribas y señor de la lengua sagrada. Secretario de Ra, la luz divina, conoce el secreto de éste. Gobernando a las estrellas, regula el tiempo y lo organiza en años, estaciones, meses y días. Señor de la sabiduría, del conocimiento y de las ciencias sagradas, era «tres veces grande», e incluso «tres veces muy grande» en tanto que gran rey, gran sabio y gran sacerdote. Asimilado al Hermes griego, encarnó a la antigua sabi-

duría sin la cual la existencia no tenía ningún sentido y la sociedad de los humanos se hacía invivible.

Tot redactó un gran libro destinado a los seres amantes del conocimiento y deseosos de descubrirlo. En realidad, sólo un pequeño número aspira a percibir el mensaje de los dioses y el misterio del universo. A los auténticos investigadores Tot-Hermes les otorga sus enseñanzas, a condición de que sus esfuerzos no se relajen.

La nueva capital de Egipto, Alejandría, fue un foco cultural en el que múltiples saberes se encontraron. La antigua sabiduría egipcia pudo proporcionar algún alimento a la joven filosofía griega, considerada por Tot «un ruido de palabras y un discurso vacío, que vale sólo para producir demostraciones».[151] Llenos de luz y de significado espiritual, los jeroglíficos contenían la esencia de todas las cosas. Algunos sabios trataron de transmitir su mensaje en lengua griega a través de los *Hermetica*, rituales, himnos a los dioses y revelaciones de su naturaleza, elogios a la realeza sagrada, tratados de filosofía, de alquimia, de magia y de astrología, en los que el maestro espiritual, Hermes-Tot, da sus enseñanzas a un discípulo, Asclepios [o Esculapio], ¡es decir, Imhotep!

Unidos por el conocimiento de lo esencial, maestro y discípulo forman un todo, y Hermes tres veces muy grande se convierte así en la última encarnación de Imhotep, el primero y único maestro de obras del Antiguo Egipto que, a lo largo de más de tres milenios, dictó a sus sucesores los planos de todos los templos.

«Egipto es la copia del cielo —revela— o, mejor dicho, es el lugar al que se transfieren y se proyectan aquí en la tierra todas las operaciones que gobiernan y ponen en marcha las

fuerzas celestes. E incluso, si hay que decir toda la verdad, nuestra tierra es el templo del mundo entero».[152]

En Egipto, «único país donde los dioses habitan», fue donde se expresó la más influyente de las sabidurías. Pitágoras, Platón e incluso Moisés recibieron las enseñanzas de los iniciados en las ciencias de Tot-Hermes. «El principio —decía— hace aparecer todas las cosas, pero él mismo no se deja aparecer en absoluto; engendra, pero él no es engendrado. Las energías son como los rayos de Dios». El poder mágico[153] está repartido por el universo y, a través de él, circula la vida.

¿Qué es realmente conocer, sino aprehender intuitivamente el plan divino que distribuye todas las cosas y pone orden en el universo, demasiado vasto como para ser analizado y diseccionado? La pirámide es una perfecta ilustración de este plan de obras. El tetraedro simboliza la coherencia necesaria para la manifestación de la vida y, en la cúspide de este monumento de eternidad, domina el Verbo.

Precediendo en dos milenios las investigaciones más avanzadas, Tot-Hermes afirma: «El tiempo nace a la vez continuo y discontinuo, aun permaneciendo uno y el mismo». Si cada persona admite, esperemos que sea así, que «el vicio del alma es la ignorancia», numerosos humanistas se sorprenderán al saber que «la vida no consiste en el hecho de nacer, sino en la conciencia». Sin duda, en el momento de su nacimiento físico, todos los seres reciben la capacidad de conocer, pero a cada uno le toca poner en marcha esta potencialidad por el modo en que vive. No hay utopía peor que el igualitarismo, talmente opuesto a la ley de la vida, que causa la infelicidad de los individuos y de las sociedades.

Según los textos herméticos, inspirados en la ciencia de Tot, el verdadero nacimiento se produce con ocasión de la iniciación a los misterios. «Imagina que tú estás en todos los sitios a la vez —recomienda Tot-Hermes—, en la tierra, en el mar, en el cielo, que todavía no has nacido, que estás en el vientre materno, que tú eres adolescente, viejo, que has muerto y que estás más allá de la muerte. Si tú abrazas con el pensamiento todas estas cosas a la vez, tiempo, lugares, sustancias, calidades, cantidades, tú entonces puedes comprender a Dios».[154]

Es imposible, en esta obra, mencionar todos los aspectos del hermetismo, que sirvió de correa de transmisión entre el pensamiento del Antiguo Egipto y el esoterismo occidental. Los constructores de catedrales conocían bien los escritos herméticos y los utilizaron, tanto en la arquitectura como en la escultura.[155] En medio del pavimento de la catedral de Siena (Italia), que data de 1488, en la entrada de la nave, figura un viejo barbudo, tocado con una mitra, vestido con una larga túnica y una capa. La inscripción revela su identidad: Hermes Trimegisto. A lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII los alquimistas no lo olvidaron; luego la francmasonería, al menos en su aspecto iniciático, preservará una parte de su mensaje. Y en 1822, cuando descubra la clave de la escritura de los jeroglíficos, Jean François Champollion abrirá el gran libro de Tot.

Tot-Hermes era un vidente y un profeta. Así, anunciaba el tiempo en el que Dios abandonaría a Egipto y volvería al cielo. Y lo que es peor, «Egipto, que enseñó a los hombres la santidad y la piedad, dará ejemplo de la más atroz crueldad». El sabio será considerado un loco; el loco, un sabio; el peor criminal pasará por un hombre de bien. Guerras, violencia,

bandidaje y mentiras serán el destino cotidiano de la humanidad que despreciará la armonía del universo, obra del Gran Arquitecto, y se preferirán las tinieblas a la luz. El sabio predice incluso un desastre ecológico: «La tierra perderá su equilibrio, el mar ya no será navegable, el cielo ya no estará surcado por los astros, toda voz divina se verá forzada al silencio y se callará: los frutos de la tierra se pudrirán, el suelo ya no será fértil, el propio aire se adormecerá en un embotamiento lúgubre». Diluvio, fuegos destructores y epidemias postrarán a los desesperados humanos.

Sin embargo, desafiando todo parecido si nos referimos al estado de nuestro mundo, Tot-Hermes piensa que los dioses volverán y se instalarán en el límite extremo de Egipto, por el lado del sol poniente. Allí confluirán todos aquéllos que hayan sobrevivido a los distintos cataclismos.

Mientras esperamos este momento milagroso, ¿dónde hallar el último refugio de los dioses en esta tierra? La respuesta es clara: en la necrópolis de Menfis y, más concretamente, en el interior de la tumba de Imhotep.

Una tumba cuyo emplazamiento todavía no ha sido hallado.

Bibliografía

Boylan, P, *Thot, the Hermes of Egypt: a Study of some Aspects of theological Thought in Ancient Egypt*, Londres, 1922.

Derchain-Urtel, M.-T., *Thot à travers ses épithètes dans les scènes d'offrande des temples d'époque gréco-romaine*, Bruselas, 1981.

Fewden, G., *Hermès l'Egyptien*, Paris, 2000.

Hermès Trismégiste, 4 vols., Paris, 1954-1960.

Jasnow, R. y Zauzich, K.-T., *The Ancient Egyptian Book of Thoth*, 2 vols., Wiesbaden, 2005.

Mahe, J.-P., «Hermetísme», en *Dictionnaire critique de l'ésoterisme*, Paris, 1998, pp. 602-610.

Quagebeur, J., «Thot-Hermès, le dieu le plus grand!», *Hommage à François Daumas*, Montpellier, 1986.

Reitzenstein, R., *Poimandres: Studien zur griechischägyptischen und frühchristischen Literatur*, Leipzig, 1904.

Bibliografía general

Bonhême, M.-A. y Forgeau, A., *Pharaon, les secrets du pouvoir*, París, 1988.

Daumas, F., *La civilisation de l'Egypte pharaonique*, Paris, 1965.

Eggebrecht, A. et alii, *L'Égypte ancienne*, Paris, 1986.

Frankfort, H., *La Royauté et les dieux*, Paris, 1951. [Trad, esp.: *Reyes y dioses*. Alianza Editorial, Madrid, 1981].

Goyon, J.-C., *De l'Afrique à l'Orient. L'Egypte des pharaons et son rôle historique (1800-330 avant notre ère)*, Paris, 2005.

Grimal, N., *Histoire de l'Egypte ancienne*, Paris, 1988.

Husson, G. y Valbelle, D., *L'État et les institutions en Egypte, des premiers pharaons aux empereurs romains*, Paris, 1992.

Jacq, C., *L'Egypte des grands pharaons. L'histoire et la légende*, Paris, 1981.

Kemp, B. J., *Ancient Egypt. Anatomy of a Civilisation*, Londres y Nueva York, 1989.

Leclant, J. et alii, *Le monde égyptien. Les pharaons*, 3 vols., Paris, 1978-1980.

Legras, B., *L'Egypte grecque et romaine*, París, 2004.

Schulz, R. y Seidel, M. (coords.), *L'Êgypte sur les traces de la civilisation pharaonique*, Colonia, sin fecha.

Vandersleyen, C., *L'Égypte de la Vallée du Nil*, tomo 2, *De la fin de l'Ancien Empire à la fin du Nouvel Empire*, París, 1995.

Vercouter, J., *L'Égypte et la Vallée du Nil*, tomo 1, *Des origines à la fin de l'Ancien Empire*, París, 1992.

Dinastías y faraones

ÉPOCA PREDINÁSTICA

Hacia 3300 a 3150

(la cronología y los nombre de los reyes son hipotéticos.)

Rey Escorpión (o Iry)

Sjen (o Ka)

Narmer

ÉPOCA ARCAICA

I-II Dinastías, hacia 3150-2690

(las fechas son hipotéticas.)

Menes (3150-3125)

Aha (3125-3100)

Atoti(?)

Dyer (3050-3053)

Uadyi (3055-30W)

Den (3050-2995)

Addyib (2995-?)

Semerjet (?-2950)

Qaa (2960-2926)

II Dinastía (2925-2700)

Hotepsejemuï (2925-?)

Nebra

Nineter [o Ninetjer]

Uneg

Sejemib

Peribsen

Sened

Neferkara

Neferkasokar

Hudyefa

Jasejemui (hacia 2700-?)

IMPERIO ANTIGUO

III A VI Dinastías, 2690-2181

(fechas hipotéticas)

III Dinastía (2690-2613)

Nebka-Sanajt [o Zanajt]

(o Nebka, Sanajt [o Zanajt]) (2690-2670)

Zóser [o Djoser] (2670-2650)

Sejemjet (2650-2643)

Jaba (2643-2637)

Neferkara

Huni (2637-2613)

IV Dinastía (2613-2598)

Snefru [o Esnofru] (2613-2589)

Keops (2589-2566)

Djedefre (2566-2558)

Kefrén (2558-2532)

Baufre (?)

Micerinos (2532-2504)

Shepseskaf (2504-2500)

V Dinastía (2500-2491)

Userkaf (2500-1491)

Sahura (2491-2477)

Neferirkare-Kakai ((2477-2467)

Shepseskare-Isi (?)

Neferefre (2460-2453)

Niuserre (2453-2422.)

Menkauhor (2422-2414)

Djedkate-Izezi (2414-2375)

Unas [o Unis] (2375-2345)

VI Dinastía (2345-2181)

Teti (2345-2333)

Userkare (?)

Pepi I (2332-2283)

Merenre (2283-2278)

Pepi II (2278-2184)

Merenre II (2184 ?)

Nitocris (2184-2181)

PRIMER PERÍODO INTERMEDIO

De la VII Dinastía a la primera parte de la XI Dinastía

La duración del período es muy variable según los autores (de cien a ciento noventa años). La frontera cronológica entre fines de esta agitada época y el comienzo real del Imperio Medio es difícil de establecer, se estima que la primera parte de la XI Dinastía, cuyos soberanos reinan sólo en Tebas, pertenece todavía al Primer Período Intermedio, y que el Impe-

rio Medio sólo comienza con la segunda parte de la XI Dinastía, durante la cual Mentuhotep reunifica las Dos Tierras.

VII Dinastía

Numerosos faraones desconocidos, fechas muy difíciles de concretar.

VIII Dinastía

Unos veinticinco faraones cuyo orden de sucesión y fechas son inciertos

IX Y X Dinastías (heracleopolitanas)

Unos dieciocho faraones; misma observación que para la dinastía anterior. Mencionemos a dos reyes: Jeti (hacia 2160) y Menkare (hacia 2070).

XI Dinastía

Mentuhotep [o Montuhotep] I (2133-?)

Intef I

Intef II (2188-2069)

Intef III (2069-2060)

IMPERIO MEDIO

XI y XII Dinastías

(fechas discutibles)

XI Dinastía (2ª parte)

Mentuhotep II (2060-2010)

Mentuhotep III (2009-1997)

Mentuhotep IV (1997-1991)

(y otros faraones todavía no clasificables)

XII Dinastía (hacia 1991-1785)

Amenemhat I (1991-1962)

Sesostris I (1962-1928)

Amenemhat II (1928-1895)

Sesostris II (1895-1878)

Sesostris III (1878-1842)

Amenemhat III (1842-1797)

Amenemhat IV (1797-1790)

Neferusobek[156] (1790-1785)

SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO

XIII-XVII Dinastías

Período de la invasión de los hicsos en el norte, mientras que los reyes egipcios continúan reinando en el sur.

Este período agitado y mal conocido dura de 1785 a 1570.

La XIII Dinastía comprende a más de sesenta faraones, entre ellos un linaje de Sobejotep; la XIV, más de setenta (ciertos nombres son probablemente ficticios); la XV Dinastía agrupa a seis reyes hicsos; la XVI, el nombre de sus vasallos.

Para Vernus y Yoyotte la XVII Dinastía sucede a la XIII hacia 1650 y reina sobre el Alto Egipto, ya que el resto del país está bajo la dominación de los hicsos. La XVIII Dinastía termina con el reinado de Kamose, que inicia la guerra de liberación, que el primer faraón de la XVIII Dinastía, Ahmose, llevará a término en 1570.

Para E. Hornung, la XIII Dinastía (que reina en Lisht y en el Alto Egipto) y la XIV Dinastía (que reina en el Delta) siguen formando parte del Imperio Medio, solución que no hemos hecho nuestra en la medida en que esos tiempos agitados son característicos de un período «intermedio», que conoce al mismo tiempo disturbios interiores e invasiones.

IMPERIO NUEVO

XVIII A XX Dinastías

(fechas discutibles)

XVIII Dinastía (1570-1293)

Ahmose (o Amosis) (1570-1546)

Amenhotep I (o Amenofis) (1551-1524)

Tutmosis I (1524-1518)

Tutmosis II (1518-1504)

Hatshepsut (1498-1483)

Tutmosis III (1504-1450)

Amenhotep II (1453-1419)

Tutmosis IV (1419-1386)

Amenhotep III (1386-1349)

Amenhotep IV/Akenatón (1350-1334)

Esmenjkare (1336-1334)

Tutankamón (1334-1325)

Ay (1325-1321)

Horemheb (1321-1293)

XIX Dinastía (1293-1188)

Ramsés I (1293-1291)

Setí I (1291-1278)

Ramsés II (1279-1212)

Meremptah [o Merneptah] (1212-1202)

Seti II (1202-1196)

Amenmose (1202-1199)

Siptah (1196-1188)

Tauseret (1196-1188)

XX Dinastía (1188-1069)

Setnajt (1188-1186)

Ramsés III (1186-1154)

Ramsés IV (1154-1148)

Ramsés V (1148-1144)

Ramsés VI (1144-1136)

Ramsés VII (1136-1128)

Ramsés IX (1125-1107)

Ramsés X (1107-1098)

Ramsés XI (1098-1069)

En el año XIX de Ramsés XI (1080 o 1079) es proclamada la era de la «renovación del nacimiento», por parte de Herihor, gran sacerdote de Tebas que se convierte en faraón en Tebas (1080-1072), seguido por Pianj (1072-1070), mientras que Ramsés XI continúa reinando en el norte.

TERCER PERÍODO INTERMEDIO

XI A XXV Dinastías

(fechas discutibles)

XXI Dinastía (1069-945)

Esmendes (1069-1043)

Amenemnesut 0043-1039)

Psusenes I (1040-993)

Amenemope [o Amen-em-Opet] (993-984)

Osorcón el Viejo (984-978)

Siamón (978-959)

Pinedyém [o Pinudyém] l (1054-1032),

rey, tras haber sido gran sacerdote de Tebas.

XXII Dinastía (945-730), llamada «libia»

Sesonquis I (945-924)

Osorcón I (924-889)

Sesonquis II (890-889)

Takelot I (889-874)

Osorcón II (874-850)

y Harsiesis [o Harsaiset] (870-860),

rey, tras haber sido gran sacerdote de Tebas.

Takelot II (850-825)

Sesonquis III (825-773)

Pimay (773-767)

Sesonquis V (767-730)

XXIII Dinastía (818-715), llamada «libia»

Se reconocen diferentes linajes de faraones en el Alto y Bajo Egipto; la cronología es imprecisa y discutida, y la duración de los reinados no se ha establecido con certeza.

Petubastís l (818-793)

Iuput I

Sesonquis IV

Osorcón III (787-757)

Takelot III (764-757)

Rudamón (757-754)

Iuput II

Peftanauybast (740-725)

Dyeutiemhat

Nemalot

Padinemti

y Osorcón IV (730-715) (?)

XXIV Dinastía (730-715) (en el delta)

Tefnajt [Tecnactis] (730-720)

Bocoris (720-715)

XXV Dinastía (750-656), llamada «etíope»

Kashta (750-747) (¿ocupa Tebas?)

Pianji (747-715)

(715 indica la conquista de todo Egipto por Pianji)

Shabaka [o Shabako] (715-702)

Shabataka (702-690)

Taharqa (690-664)

Tanutamón (664-656)

Y pequeños soberanos en el Delta:

Gemnef-Jons-Bak (Tanis)

Petubastis II (Tanis)

Penamón (Delta occidental)

Neshepsos (Sais)

BAJA ÉPOCA

XXVI Dinastía hasta la conquista de Alejandro Magno (fechas fiables)

XXVI Dinastía (672-525), llamada «saíta»

Necao I (672-664)

Psamético I (664-610))

Necao II (610-595)

Psamético II (595-589}

Apries {589-570}

Amasis (570-526}

Psamético III (526-525}

XXVII Dinastía: primera ocupación persa

Cambises II (525-522}

Darío I {522-485}

Jerjes I {485-465}

Artajerjes I (465-424}

Darío II (424-405)

XXVIII Dinastía

Amirteo (405-399)

XXIX. Dinastía (399-380}

Neferites I £99-380}

Psamutis (393}

Acoris (393-380}

Neferites (380}

XXX Dinastía

Nectánebo l (380-362}

Teo (362-360)

Nectánebo II (360-342)

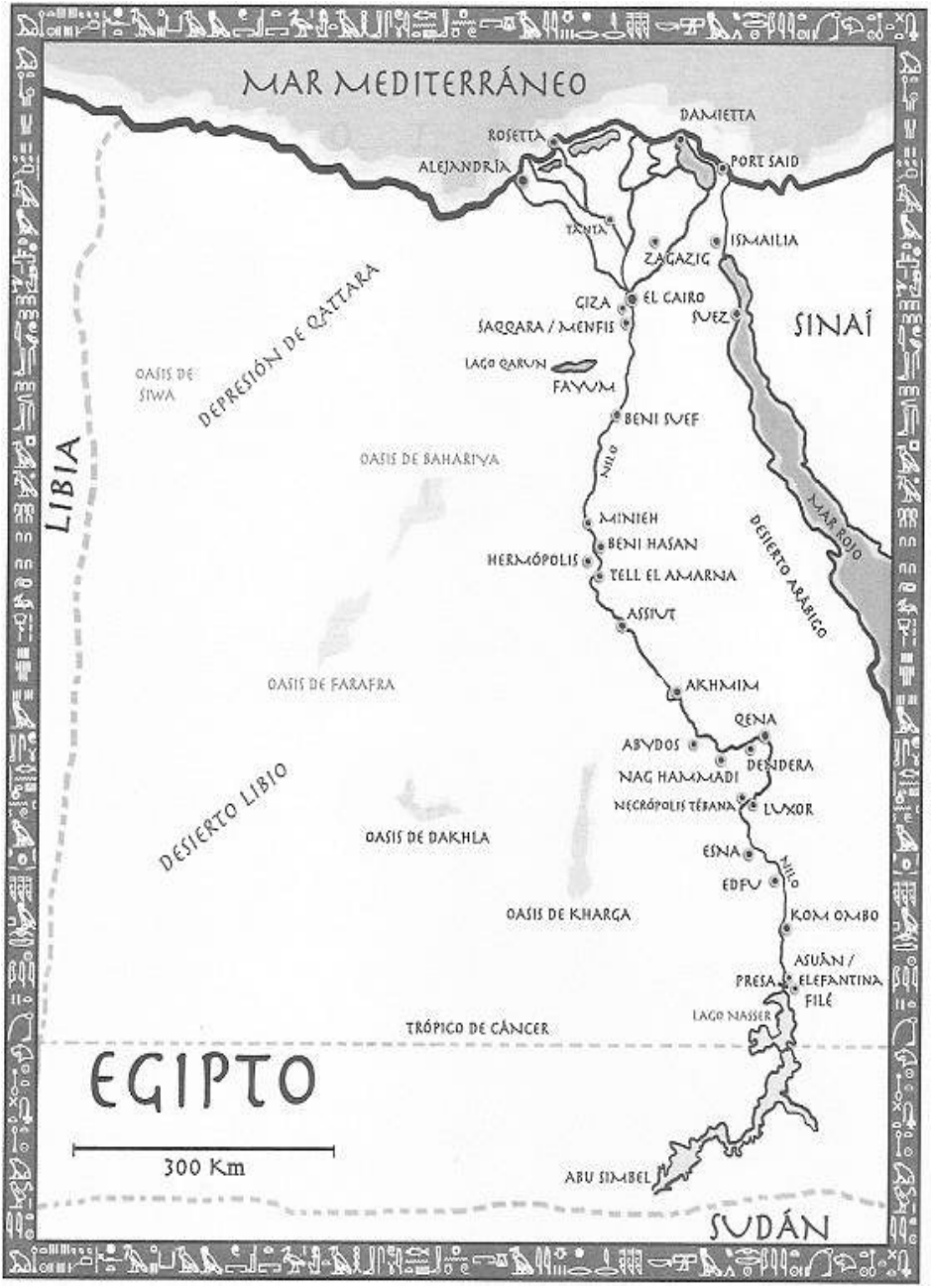
342 333: segunda ocupación persa (a veces se la denomina Dinastía XXXI)

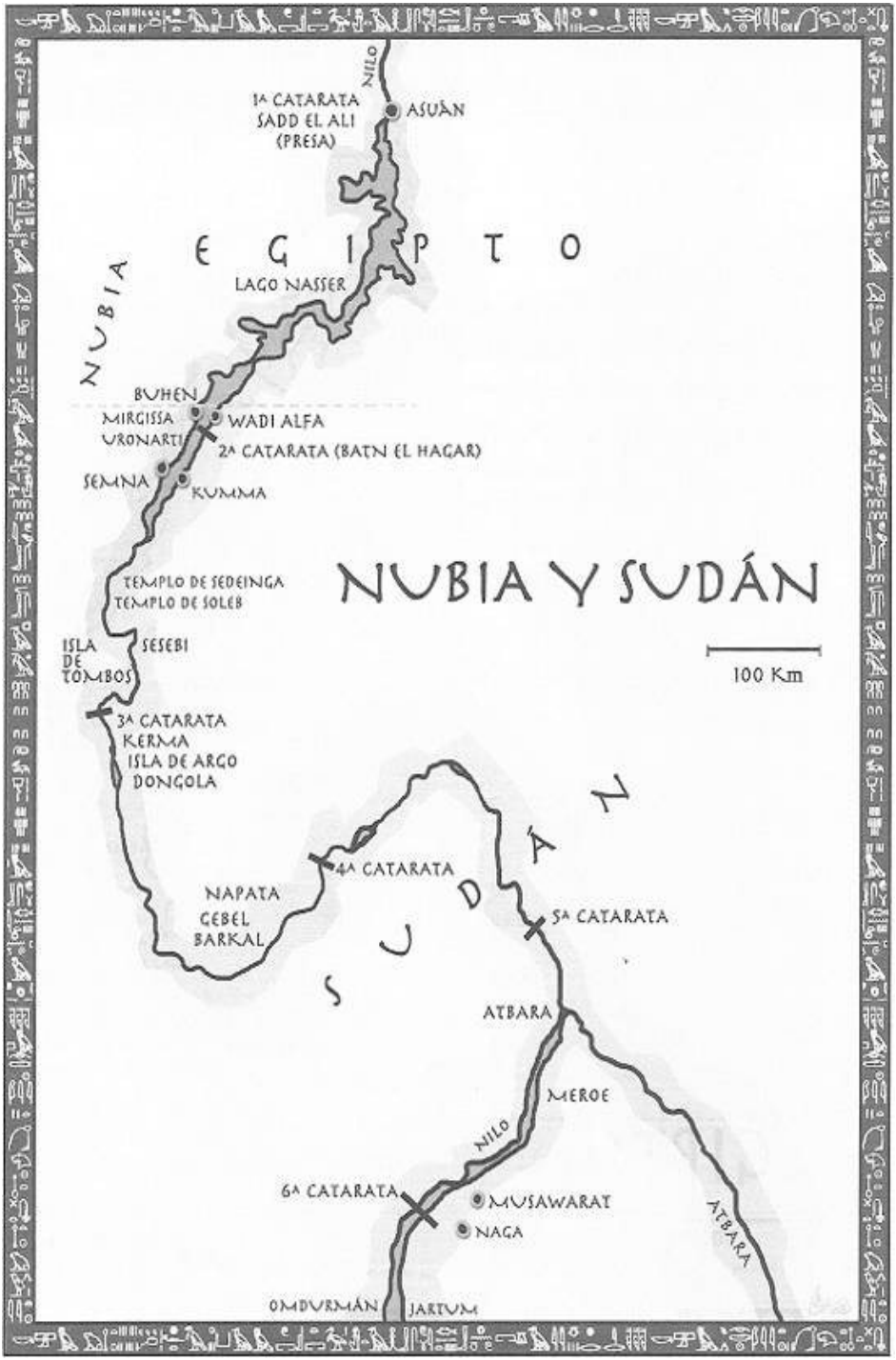
333-30-reino de los Tolomeos.

30 a. C.-395 d. C.: Egipto, provincia romana.

395-639: Egipto bizantino y copto.

639: invasión árabe.


MAR MEDITERRÁNEO
DAMIETTA
ROSETTA
ALEJANDRÍA
PORT SAID
TANTA
ISMAILIA
ZAGAZIG
GIZA
EL CAIRO
SUEZ
SAQQARA / MENFIS
SINAÍ
LAGO QARUN
FAYUM
OASIS DE SIWA
DEPRESIÓN DE QATTARA
BENI SUEF
LIBIA
OASIS DE BAHARIYA
NILO
MINIEH
MAR ROJO
BENI HASAN
DESIERTO ARÁBIGO
HERMÓPOLIS
TELL EL AMARNA
ASSIUT
OASIS DE FARAFRA
AKHMIM
QENA
ABYDOS
DENDERA
NAG HAMMADI
NECRÓPOLIS TÉBANA
LUXOR
DESIERTO LIBIO
OASIS DE DAKHLA
ESNA
NILO
EDFU
OASIS DE KHARGA
KOM OMBO
ASUÁN /
PRESA
ELEFANTINA
FILÉ
LAGO NASSER
TRÓPICO DE CÁNCER
EGIPTO
300 Km
ABU SIMBEL
SUDÁN


NILO
1ª CATARATA
SADD EL ALI
(PRESA)
ASUÀN
NUBIA
EGIPTO
LAGO NASSER
BUHEN
MIRGISSA
URONARTI
WADI ALFA
2ª CATARATA (BATN EL HAGAR)
SEMNA
KUMMA
NUBIA Y SUDÁN
TEMPLO DE SEDEINGA
TEMPLO DE SOLEB
ISLA
DE
TOMBOS
SESEBI
100 Km
3ª CATARATA
KERMA
ISLA DE ARGO
DONGOLA
4ª CATARATA
NAPATA
GEBEL
BARKAL
SUDÁN
5ª CATARATA
ATBARA
MEROE
NILO
6ª CATARATA
MUSAWARAT
NAGA
ATBARA
OMDURMÁN
JARTUM

Notas

[1] Como se puede ver en un extra de *Le Nouvel Observateur*, nº 47, 2002, «La sabiduría hoy»: «Presentarse como sabio no sería hoy más que una postura, o una ilusión narcisista y elitista» (A. Boyer, p. 70); «Detestable sabiduría» (E. Roudinesco, p. 88); «Ya no necesitamos esta palabra que huele a cerrado, la tradición» (J. Gayón, p. 95); «Todas nuestras modas intelectuales han repudiado deliberadamente, pacientemente, concienzudamente, la sabiduría» (R. Girard, p. 22). Tales constataciones hacen incluso más necesaria una historia de los sabios de Egipto. <<

[2] Véase H. Brunner, *Die Weisheitsbücher der Ägypter. Lehren für das Leben*, Munich 1991; C. Jacq, *La sagesse vivante de l'Egypte ancienne*, París, 1998; P. Vernus, *Sagesses de l'Egypte pharaonique*, París, 2001; J. Quagebeur, *«Les saints égyptiens préchrétiens», Orientalia Lovaniensia Periódica*, Lovaina, 8, 1977, pp. 129-143. <<

[3] *Dyaisu*. <<

[4] Véase M. Lichtheim, *Maat in Egyptian Autobiographies and Related Studies*, Friburgo, 1992, p. 95. <<

[5] La palabra «faraón» deriva del egipcio *per aʿa*, «el gran templo». <<

[6] Véase J. C. Moreno García, *Etudes sur l'administration, le pouvoir et l'idéologie en Egypte, de l'Ancien au Moyen Empire*, Lieja, 1997, p. 95. <<

[7] Véase J. Assmann, *Maât, l'Égypte pharaonique et l'idée de justice sociale*, Fuveau, 1999; M. Karenga, *Maat, the Moral Ideal in Ancient Egypt*, Nueva York y Londres, 2004; B. Menu, *Maât, l'ordre juste du monde*, París, 2005. <<

[8] F. Daumas, *La vie dans l'Egypte ancienne*, París, 1968, p. 11. <<

[9] H. Frankfort, *La royauté et les dieux*, Paris, 1951, p. 7. [Hay traducción en español. Véase Bibliografía general. *(N. del T.*.) <<

[10] J. Vàndier, *Le papyrus Jumilhac*, Paris, s. f., p. 130. <<

[11] Otra interpretación es «aquél que viene de la región de la plenitud» *(Annales du Service des Antiquités de l'Égypte*, 66.1987, p. 125 y ss.). <<

[12] Véase J.-P. Lauer, *Studies Simpson*, 1996, p. 493 y ss. <<

[13] Este pedestal de estatua se conserva en el museo de El Cairo (JE 49889). El significado de algunos de los títulos de Imhotep sigue siendo oscuro. <<

[14] Véase *Etudes Lauer*, 1997, p. 351 y ss. <<

[15] Se conocen siete pequeñas pirámides escalonadas, que datan todas ellas de la III Dinastía, del Egipto Medio hasta Elefantina, la gran ciudad del sur. Su función sigue siendo enigmática: ¿símbolos del poder real, modelos reducidos de arquitectura, evocaciones del montículo primordial surgido del océano de energía en el momento de la creación? <<

[16] O bien el superior de los sacerdotes de Imhotep divinizado. <<

[17] Lo acompaña, por primera vez, su madre Jeredu-aj, y su esposa, Renpet-neferet, «el buen año». Su padre se llamaba Ka-nefer, «el poder de creación realizado a la perfección». Por una inscripción de Deir el-Bahari, Imhotep habría nacido

en Menfis el l6 del tercer mes de la estación *shemu* (el verano), es decir, aproximadamente el 6 de junio. <<

[18] Véase el capítulo 17. <<

[19] Véase E. Varga, *Bulletin de la Société Française d'Égyptologie*, 131,1994, pp. 29 y 31. <<

[20] También llamado Snéferu. *(N. del T.)* <<

[21] El término *nefer*, perfección, significa igualmente «el bien, lo bueno, lo bello, la perfecta realización». Maestro de Maat, a Snefru se lo califica asimismo como «aquél que existe perpetuamente en perfección» (*unen-neferu*), a saber, el epíteto principal de Osiris, «el ser perpetuamente regenerado». <<

[22] Véase I. E. S. Edwards, en *Chief of Seers. Studies Aldred*, 1997, pp. 88-96. <<

[23] Las tres grandes pirámides de Snefru corresponden aproximadamente a un volumen de 3.682.500 metros cúbicos, y la gran pirámide de Keops, a 2.600.000 metros cúbicos. <<

[24] Hacia 2589-2566 a. C. <<

[25] No parece que Hordyedef haya sido faraón, aun cuando su nombre está inscrito en el interior de un cartucho en un *graffito* de Widi Hammimet. Una estela llamada «falsa puerta», conservada en el Museum of Fine Arts de Boston (29-2-37) muestra a Hordyedef cuando respira una flor de loto, acto ritual que solía ser realizado sobre todo por sacerdotisas. El texto indica: «Que la voz salga para él en plena fiesta, cada día». <<

[26] Una mastaba doble (G 7210-7220), para él y para su esposa, fue excavada por Reisner entre 1902 y 1939. Por des-

gracia, al estar muy degradada, proporcionó pocas indicaciones sobre Hordyedef, «jefe de todos los trabajos del rey». <<

[27] Llamado, poco afortunadamente, *Libro de los muertos*. <<

[28] *Libro de los muertos*, capítulo 137 A. <<

[29] *Libro de los muertos* capítulo 64. <<

[30] *Libro de los muertos*, capítulo 148. <<

[31] *Libro de los muertos*, capítulo 30 B. <<

[32] También se escribe Meresânj. *(N. del T.)* <<

[33] Esculturas etruscas en terracota, procedentes de un templo de Mater Matuta (Museo Etrusco, Roma) prolongan el simbolismo egipcio. Vemos, en efecto, una comunidad de siete sacerdotisas de diferentes tamaños, que representan a los siete grados. <<

[34] Hacia 2414-2375 a. C. <<

[35] Texto y traducción: C. Jacq, *Les Maximes de Ptah-Hotep. L'enseignement d'un sage en temps des pyramides*, 2004. <<

[36] Hacia 2375-2345 a. C. <<

[37] Para la veneración póstuma de Unas, véase H. Altenmüller, *Studien zur altägypten Kultur* 1, 1974, 1-18. <<

[38] La pirámide, que mide 43 metros de altura y 57 de lado, se llama *Nefer-sut*, «la Belleza de los lugares». <<

[39] El término *aj* significa tanto «luminoso» como «útil». <<

[40] La palabra *mer*, «pirámide», significa también «canal» y «amor». <<

[41] Hacia 2345-2333 a. C. <<

[42] También llamado Ipuwer. Sus *Profecías* se han titulado a veces *Admoniciones. (N. del T.)* <<

[43] Para J. F. Quack, la *Enseñanza a Merikare* dataría del comienzo de la XII Dinastía, más que del período heracleopolitano. <<

[44] Hacia el 2060-2020 a. C. <<

[45] En egipcio, *Waset*, la «ciudad del cetro poderoso». <<

[46] Véase capítulo 8. <<

[47] Hacia 1878-1842 a. C. según una de las hipótesis, pues la duración del reinado (entre diecinueve y treinta y nueve años) sigue siendo objeto de discusión. <<

[48] O bien «el segundo [hermano] de Osiris». Los otros cuatro nombres de Sesostris eran «Divino de transformación», «El que se transforma», «Divino de nacimientos», «la potencia creadora de la luz divina aparece». <<

[49] Que reunió en un único héroe a Sesostris I y Sesostris III. <<

[50] Amenemhat significa «Amón está por delante». Los otros nombres del rey eran «Grande en manifestaciones [*bau*]», «Expandido de vida», «Aquél que toma la herencia de las Dos Tierras», «Aquél que está ligado a la Regla [*Maat*] de la luz divina [*Ra*]». <<

[51] 1842-1797 a. C. <<

[52] Estas estatuas se han descubierto en Tanis. <<

[53] Véase G. Posener, *L'Enseignement loyaliste, Sagesse égyptienne du Moyen Empire*, París, 1976. <<

[54] El Bahr Yúsuf. <<

[55] Véase E. Bresciani, *Egitto e Vicino Oriente*, 9,1986, pp. 49-58. <<

[56] 34 metros por 39 metros. <<

[57] De 1785 a 1570 a. C. <<

[58] Hemos narrado su Aventura en *La Reine Liberté* <<

[59] 1551-1524 a. C. <<

[60] 1524-1518 a. C. <<

[61] *Men-set* <<

[62] 1524-1528 a. C. <<

[63] 1518-1504 a. C. (fechas hipotéticas). <<

[64] Era «Divina adoradora de Amón», «Esposa del dios» y «La que ve a Horus y a Set», es decir, Faraón que reunía y apaciguaba en su ser simbólico a los dos hermanos enemigos. <<

[65] Por el contrario, ningún rey varón podía reinar sin gran esposa real, ya que Faraón es fundamentalmente una pareja que reúne a las dos polaridades principales de la creación. <<

[66] Los otros tres nombres eran «Rica en poder creador» (*useret-hekau*), «Verde por sus años» (*wadyet-remput*) y «Divina de apariciones» (*neteret-ja'u*). <<

[67] 1498-1483 a. C. La tradición le atribuye veintiún años y nueve meses de reinado, haciendo remontar su inicio a la época de la regencia. <<

[68] Véase *Revue d'Égyptologie* 40,1989, p. 190. <<

[69] *Urkunden* IV, 363, p. 8. <<

[70] Inscripción del Speos Artemidos. Véase J. Assmann, *Maât, l'Egypte pharaonique et l'idée de justice sociale*, Fuveau, 1999, p. 124. Es difícil no ver aquí una de las fuentes del tema cristiano de la transubstanciación. <<

[71] Senenmut fue asimismo el preceptor de la hija de Hatshepsut, Neferure. Se le dedicaron estatuas-cubos, una especie de piedras cúbicas de las que surgen las cabezas del pre-

ceptor y de su alumno, simbolizando el despertar de la conciencia que nace de un material purificado. Amigo único, iniciado en los secretos de Amón, maestro de todas las obras de Faraón, Senenmut se hizo excavar dos tumbas. El techo de una de ellas está decorado con notables representaciones astronómicas (Deir el-Bahari nº 353). Está muy discretamente representado en Deir el-Bahari, cuyo constructor fue, probablemente, pues no estaba destinado a ser visto, deseando únicamente asociarse en secreto al culto de su soberana. Véase P. F. Dormán, *The Monuments of Senenmout*, Londres-Nueva York, 1988, y *The Tombs of Senenmut*, San Antonio, 1991. <<

[72] Tenía 14 codos de altura (7,20 metros) y 30 codos de largo (15 metros). <<

[73] P. Lacau y H. Chevrier, *Une chapelle d'Hatchepsout à Karnak*, El Cairo, 1977. <<

[74] Dos a comienzos del reinado, y otros dos al final. Sólo queda uno en pie, y la punta del segundo yace en el ángulo noroeste del lago sagrado. <<

[75] Una de las designaciones más corrientes del faraón es *hem*, «el servidor» o «sirviente». <<

[75b] El símbolo de *imy-ut* <<

[76] Los admirables relieves pintados que narran esta aventura están hoy casi borrados. <<

[77] El martilleo de las marcas de ciertos nombres de Hatshepsut sigue siendo un enigma. La efigie y los títulos de la reina-faraón siguen estando visibles en lugares de fácil acceso, ¡pero están borrados en lugares retirados y poco accesibles! En Deir el-Bahari, su templo de los millones de años, su *ka* está intacto, garantizando su vida eterna. Hablar del odio

y de la venganza de Tutmosis III hacia Hatshepsut es inexacto. Es probable, por otro lado, que la mayoría de los martilleos hayan sido ejecutados en la época de Ramsés II, por razones todavía oscuras. <<

[78] KV nº 20. <<

[79] Hacia 1504-1450 a. C. <<

[80] La elección del animal, el toro (*ka*), marca la predilección por la energía creadora que alimenta las grandes obras. <<

[81] *Dyeser-ja'u*. Como Hatshepsut, Tutmosis III se refiere a su glorioso antepasado.

el faraón Zóser, «el Sagrado» por excelencia. <<

[82] *Men-jeper-Ra*. <<

[83] Véase *Bulletin de la Société d'Egyptologie de Geneve*, 1, p. 9. <<

[84] Véase E. Teeter, *The Presentation of Maat*, Chicago, 1997, p. 7. <<

[85] Véase L. Habachi, *Mélanges Mokhtar* I, El Cairo, 1985, p, 349 y ss. <<

[86] Véase P. Vernus, «Un décret de Touthmosis III relatif à la santé publique», *Orientalia* 48, 1979, pp. 176-184. <<

[87] Edificó monumentos en el Delta, en Heliópolis, en Abydos (véase *KMT* 8/4, 1997, p. 48 y ss.), en Dahshur, en Medamud, en Erment, en Tod, en Karnak, en Esna, en El-Kab, en Edfu, en Kom Ombo, en Elefantina y en Nubia. <<

[88] *Dyeser-ajet*, «el sagrado de resplandor». <<

[89] Véase N. Beaux, *Le cabinet de curiosités de Tutmosis III*, Lovaina, 1990. <<

[90] Véase C. Traunecker, «Le Château de l'Or de Thoutmosis III et les magasins nord du temple d'Amon», *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, 11, 1989, pp. 89-111. <<

[91] Véase P. Barguet, *Le temple d'Amon-Rê à Karnak*, El Cairo, 1962, pp. 157-217 y 283-299. <<

[92] J.-M. Kruchten, *Les Annales de prêtres de Karnak (XXI^e^.-XXIII^e^ dynasties) et autres textes contemporaines relatifs à l'initiation des prêtres d'Amon*, Lovaina, 1989. A lo largo de un período de unos doscientos años se cuentan sólo ochenta iniciaciones. <<

[93] KV nº 34. <<

[94] Algunos elementos del libro aparecen en la cámara funeraria de Tutmosis I. <<

[95] Amenhotep II (1453-1419 a. C.) y Tutmosis IV (1419-1386 a. C.). <<

[96] 1386-1349 a. C. Recordemos que el nombre concreto es Amenhotep, «Amón está en plenitud», y no Amenofis. <<

[97] Probablemente murió en el año 34 de Amenhotep III. <<

[98] Horus-Jentijeti, encargado de la protección de las entidades divinas. <<

[99] La fiesta-*sed*. <<

[100] Véase J.-C. Hugonot, *Le jardín dans l'Égypte ancienne*, Frankfurt 1989, p. 73 y ss. <<

[101] En el lugar de Qurnat Murrai. <<

[102] Nótese, por otro lado, que su soberano se beneficiaba del mismo proceso. Véase S. Bickel, «Aspects et fonetions de

la déification d'Amenhotep III», *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 102, 2002, pp. 63-90. <<

[103] Bajo el nombre de Itit. Se le atribuyó asimismo Apis como padre y Seshat como madre. <<

[104] 570-1293 a. C. Se ignora bajo qué rey vivió Ani. <<

[105] Que era el escriba Jonsu-Hotep. <<

[106] A pesar del artículo de C. Kuentz *(Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* 17, 1920, pp. 121-190), la mayor parte de los autores continúan traduciendo, de manera inexacta, el término *ajet* por «horizonte», cuando es «el lugar de la luz». <<

[107] Las talatat. <<

[108] M. Gabolde, *Akhténaton*, p. 43. <<

[109] En *Néfertiti et Akhénaton, le couple solaire*, intentamos, tanto en el campo de los hechos históricos como en el de las ideas de Akenatón, establecer lo que sabemos realmente. <<

[110] En ciertas escenas de la vida cotidiana de Amarna, ¡*todos* los personajes están representados con las mismas características físicas! Teniendo en cuenta que el conjunto de la población no está afectado por el mismo mal, debemos llegar a la conclusión de que nos hallamos en presencia de criterios artísticos relacionados con Atón, marcando un deseo de originalidad y una ruptura con el admirable estilo de los reinos anteriores. <<

[111] El «pequeño himno a Atón» estaba grabado en cinco tumbas de Amarna y el «gran himno» en la de Ay. <<

[112] Según la parte superior de un altar hallado en una casa de Amarna (Museo de El Cairo, 13255), parece ser que un particular podía celebrar un culto a los cartuchos de Atón. <<

[113] *Ur mau*, traducido también por «el más grande de los que ven» o «aquél que ve al Grande (Dios)». <<

[114] Temática aplicada también a Amón, «el Uno que es único y cuyos brazos son numerosos» (Papiro Boulaq 17). <<

[115] *De l'Afrique à l'Orient*, París, 2005, p. 132. <<

[116] Sin aportar pruebas convincentes, ciertos egiptólogos no dudan en afirmar que Tutankamón era el hijo de Akenatón y Nefertiti. <<

[117] 1334-1325 a. C. <<

[118] Horemheb significa «Horus en fiesta». Según sus otros nombres, es también «el Amado de Amón», «el Elegido de Ra» y «Sagradas son las mutaciones de la luz divina (Ra)». Vemos el equilibrio deseado entre la divinidad mayor, Ra, y «el dios oculto», Amón, que forman juntos la entidad Amón-Ra, secreto y transmisión de la luz creadora. Los ramésidas continuarán aplicando este simbolismo: por ello a veces se estima que Horemheb, último faraón de la XVIII Dinastía, fue también el fundador de la XIX. Reinó de 1321 a 1293 a. C. <<

[119] KV 57. <<

[120] 1293-1291 a. C. <<

[121] Hacia 1291-1278. <<

[122] Su título lo situaba como sucesor de Tutmosis III y de Amenhotep III. Heredero y símbolo de Ra, la luz divina, Seti I era el encargado de reafirmar la regla. «Toro poderoso que aparece en Tebas», se relacionaba con el *ka* de sus antepasados y debía alimentar a las Dos Tierras. Amado de Ptah, le iba a tocar un destino de constructor. <<

[123] El animal de Set no ha sido identificado. Se parece vagamente a un okapi; quizá no haga referencia a ninguna

criatura real. <<

[124] Amón, Re-Horakty, Ptah, Osiris, Horus y el *ka* de Seti I convertido en antepasado. Así se representan los tres grandes centros espirituales, Heliópolis (Re-Horakty), Mentís (Ptah) y Tebas (Amón), a los que se añade la tríada osiriana. <<

[125] Conocido por el nombre de templo de Gurna. <<

[126] KV 17. <<

[127] Hacia 1279-1212 a. C. <<

[128] Véase *Journal of Egyptian Archaeology* 61, 1975, p. 125. <<

[129] Para su «deificación», véase L. Habachi, *Features of the Deification of Ramesses II*, Glückstadt, 1969. <<

[130] Simbolizan a la pareja primordial, Shu, el aire luminoso, y Tefnut, el fuego creador. <<

[131] Algunos consideran que esta tumba es la más bella de las creadas por los artesanos egipcios. Restaurada gracias a los fondos de la Fundación Getty, de Los Angeles, hoy es accesible sólo a un pequeño número de visitantes durante pocos minutos. <<

[132] Los *saju*, lo que transforma en *anj*, «ser luminoso». <<

[133] El término *Kha* se utiliza para la aparición del sol naciente en el oriente. <<

[134] El dios que permite «deslizarse» en los espacios subterráneos y esperar la eternidad osiriana. <<

[135] Se denomina así al monumento funerario del faraón Shepseskaf (IV Dinastía, hacia 2504-2500 a. C.). Tiene la forma de un gigantesco sarcófago y las dos piezas que lo com-

ponen recuerdan el interior de las pirámides de Kefrén y Micerino. <<

[136] Setne deriva de *sem, setem*, «el sacerdote *sem*», encargado de realizar el ritual de apertura de la boca, función que ocupó con frecuencia el hijo de Ramsés; y Jamois es una simple adaptación fonética de su nombre. <<

[137] 1070 a. C. <<

[138] Era la hija del faraón Psusenes I (1040-993 a. C.). Su sarcófago de madera, con el rostro grabado y en pan de oro, fue hallado en 1875, en los escondrijos de Deir el-Bahari. <<

[139] Nosotros hemos escrito una narración novelada en Le *Pharaon noir*. <<

[140] También llamada Amenardis. *(N. del T.)* <<

[141] Estas capillas habían sido construidas en la colina de Dyeme, donde reposaban los dioses primordiales, devueltos a la luz con ocasión de determinados rituales. <<

[142] Algunos historiadores tratan, hoy, de minimizar este salvajismo. <<

[143] Sarcófago nº 32 del British Museum. <<

[144] La ciudad de Tot. Jemenu, «la ciudad del Ocho (la ogdóada creadora)», cuyo nombre árabe es Ashmunein. <<

[145] También llamada Nehem Auit *(N. del T.)* <<

[146] La traducción de los textos de la tumba de Petosiris es de Gustave Lefebvre. <<

[147] Según la terminología griega, fue *lesônes*, «procurador de Tot», cargo para el que era elegido anualmente. <<

[148] *Anj, udya, sneb*, traducidas con frecuencia por «Vida, salud, fuerza». <<

[149] Suponemos que el autor se refiere a integristas musulmanes, relativamente activos en Egipto en los últimos años. *(N. del T.)* <<

[150] También escrito Anjsheshonqy. *(N. del T.)* <<

[151] El reverendo padre Festugiére, especialista en el hermetismo, luchó durante largo tiempo, con una obstinada mala fe, para negar toda inspiración egipcia en los escritos herméticos. Hoy se acepta precisamente lo contrario. <<

[152] *Asclepios*, 24. <<

[153] El *heka* de los antiguos egipcios. <<

[154] Uno de los discípulos de Hermes, Tolomeo, constataba: «Yo sé que he nacido mortal, criatura de un día. Pero cuando trazo en mi espíritu las espirales sinuosas de las estrellas, mis pies ya no tocan el suelo, yo festejo con Zeus, lleno de ambrosía, alimentado como lo están los propios dioses». <<

[155] Véase C. Jacq, *Le message des constructeurs de cathédrales*, capítulo 1. <<

[156] O Sobek-neferu. <<

ÍNDICE

Los Sabios del antiguo Egipto	2
Introducción OTRA HISTORIA DEL ANTIGUO EGIPTO	4
I IMHOTEP	7
II SNEFRU	16
III HORDYEDEF	22
IV MERESANJ	26
V PTAH-HOTEP	30
VI UNAS	36
VII ISI DE EDFU	42
VIII HEKA-IB	46
IX IPU-UR	50
X JETI	55
XI MENTUHOTEP II	60
XII SESOSTRIS III	66
XIII AMENEMHAT III	72
XIV AHMOSE-NEFERTARI	76
XV HATSHEPSUT	81
XVI TUTMOSIS III	95
XVII AMENHOTEP, HIJO DE HAPU	104
XVIII ANI	111
XIX AKENATÓN	116
XX HOREMHEB	128

XXI SETI I 135
XXII NEFERTARI 144
XXIII KHAEMWASET 152
XXIV AMENEMOPE 158
XXV PIANJI 164
XXVI ANJNES-NEFERIBRA 169
XXVII PETOSIRIS 176
XXVIII ANK-SESONQUI 187
Conclusión EL CAMINO DE LOS SABIOS: DE IMHOTEP A HERMES TRIMEGISTO 192
Bibliografía general 198
Dinastías y faraones 200
Mapas 210
Notas 212